

TRADICIONES Y LEYENDAS MEXICANAS

RECOGIDAS POR RUBEN M. CAMPOS

LA REINA XOCHITL

No hay tradición mexicana que esté más viva que la de la reina Xóchitl. Desde la antigua escritura en papel de maguey viene rindiéndosele culto. La pintura se ha apoderado de la bella tradición, y la virgen morena se ve en un cuadro de las galerías de Bellas Artes ofrendando su xoma rebosante de octli al rey tolteca. No hay símbolo más grato para los antiguos mexicanos. Era el jugo de los agaves, que ofrendaba la tierra como un elíxir a los naturales para contentarlos de la falta de otros jugos como el vino y la cerveza, que ya por aquellos tiempos se consumían en los países europeos.

La tradición dice que la princesa Xóchitl se hallaba paseando en un campo donde abundaban los magueyes, cuando notó que una familia de tejones salía de un maguey en el que habían hecho una horadación los roedores. No se retiraban definitivamente, sino que volvían y daban muestras de regocijo relamiéndose. Acercóse la joven y vió que de la horadación destilaba un licor blanquecino; lo probó con el dedo y vió que era dulce y agradable. Entonces trajo un utensilio de barro y lo llenó de aquel jugo, lo llevó a su casa, diólo a beber a su padre Papantzin el cual lo encontró también agradable; guardaron el tal jugo para el día siguiente y vieron que había fermentado y que bebido producía una tenue embriaguez. Entonces cortaron el cogollo de un maguey e hicieron una oquedad para que allí se reuniera el jugo destilado de la planta, y cuando tuvieron la convicción de que aquel jugo embriagaba, y además mezclado el jugo fuerte con el jugo suave era muy agradable, decidieron que Xóchitl fuera a presentar aquel hallazgo al rey Tecpancaltzin, quien quedó complacido luego que bebió el octli, y prendado de la hermosura de Xóchitl la pidió en casamiento a su padre Papantzin y la hizo su esposa.

Tal es origen de la bebida que hoy llamamos pulque o neutle y que entre los antiguos toltecas fué llamada octli como hemos dicho. Durante mil años ha sido la bebida del pueblo mexicano, que siempre la ha encontrado grata, y que si se bebiera el mismo día que es extraída del maguey sería una bebida refrigerante y dulce. Fermentada en grandes cantidades pronto entra en descomposición y es desagradable al olfato y al gusto; pero en forma de tlachique dulce es verdaderamente sabrosa.

La reina Xóchitl y el rey Tecpancaltzin vivieron muchos años y murieron trágicamente, ella a manos de Coanacoxtzin y él a manos de Xalixcatl-Xiutenancaltzin, señores aliados de Xalisco, al disgregarse el reino de Tollan tras la toma de Tultitlán, y desaparecer fundido en las nuevas tribus que hicieron irrupción e integraron el futuro Imperio Azteca.

EL HEROE TLAXCALTECA XICOTENCATL

El general más famoso de la República de Tlaxcala ha tenido la mala suerte de que se le juzgue como un aliado de los conquistadores españoles; pero esta creencia es un error, pues Xicoténcatl fué un enemigo de la invasión extranjera y luchó con todas sus fuerzas para contenerla. Cuando el ejército de Hernán Cortés franqueó la muralla que defendía a la indómita República, desguarnecida porque los otomíes la habían abandonado, Hernán Cortés se irguió sobre su caballo y exclamó: "¡Soldados, adelante, la Cruz es nuestra bandera y con este signo venceremos!" Los españoles y sus aliados cempoaltecas avanzaron resueltos; y mientras Cortés esperaba el regreso de los embajadores que había enviado al Senado de la República proponiendo una alianza contra los aztecas, y que los jefes cempoaltecas le habían aconsejado, viendo que no volvían, determinó ir a Tlaxcala a todo trance. De pronto vieron una avanzada de tlaxcaltecas armados que quisieron huir y que siendo alcanzados por los caballos hicieron frente a los españoles.

Los embajadores de Cortés, acompañados de dos embajadores tlaxcaltecas, volvieron para manifestar la desaprobación del Senado de Tlaxcala por el encuentro efectuado, y la noticia de que serían bien recibidos en la ciudad. Los españoles se pusieron en marcha; pero apenas habían avanzado cuando dos cempoaltecas anunciaron a Cortés que el general Xicoténcatl esperaba con un poderoso ejército a los españoles. Siguieron adelante y a poco apareció el ejército tlaxcalteca; y como se negaran a parlamentar los tlaxcaltecas con los invasores, Cortés gritó: "¡Santiago y a ellos!" y el combate se hizo general; pero los tlaxcaltecas simulaban retirarse hasta llegar a un desfiladero que imposibilitaba la

maniobra de la artillería y la caballería, y Cortés vió asombrado que otro innumerable ejército de tlaxcaltecas se extendía a su vista, y un águila de oro con las alas abiertas era la enseña de la República. Sonaron los huéhuetls, se escucharon alaridos de guerra y un joven general se adelantó con una escolta que llevaba en alto la enseña de Titcala, una garza sobre una roca, que era la casa de que procedía Xicoténcatl. El historiador Riva Palacio describe así al general tlaxcalteca: “De formas hercúleas, de andar majestuoso, semblante agradable, sus ojos negros y brillantes parecían penetrar, en los momentos de meditación del caudillo, los oscuros misterios del porvenir, y sobre su frente ancha y despejada no se hubiera atrevido a cruzar nunca un pensamiento de traición, como un pájaro nocturno no se atreve nunca a cruzar por un cielo sereno y alumbrado por la luz del día. Xicoténcatl era un hermoso tipo; su elevado pecho estaba cubierto por una ajustada y gruesa cota de algodón sobre la que brillaba una rica coraza de escamas de oro y plata; defendía su cabeza un casco que remedaba la cabeza de una águila cubierta de oro y salpicada de piedras preciosas, y sobre el cual ondeaba un soberbio penacho de plumas rojas y amarillas; una tunicela de algodón bordada de leves plumas, también rojas y amarillas, descendía hasta cerca de la rodilla: en sus nervudos brazos mostraba ricos brazales, y sobre sus robustas espaldas descansaba un pequeño manto, formado también de un tejido de exquisitas plumas. Llevaba en la mano derecha una pesada maza de madera erizada de puntas de iztli, y en el brazo izquierdo un escudo en el que estaban pintadas como divisa las armas de la casa de Titcala, y del cual pendía un rico penacho de plumas”.

El combate duró todo el día, y Xicoténcatl, que había perdido ocho de sus capitanes, se retiró para reanudar la batalla al día siguiente. Cortés recogió sus heridos y subió al cerro de Tzompatchtépetl, donde durmió; y al amanecer envió nuevos embajadores proponiendo un armisticio a Xicoténcatl, quien se rehusó y amenazó atacar los cuarteles de los españoles, por lo cual Cortés tuvo que ir en busca de los tlaxcaltecas. El 5 de septiembre de 1519 se decidió la suerte de la República, con otra batalla que duró todo el día, pero a pesar de la bravura de los tlaxcaltecas, la superioridad de las armas de fuego triunfó de las flechas, y la defección de un cacique que huyó llevándose diez mil combatientes, dió la victoria a los españoles. El Senado de Tlaxcala, desalentado, oyó el consejo de los sacerdotes, de que los invasores debían ser atacados de noche, puesto que eran hijos del Sol; Xicoténcatl rehizo su ejército y fué a atacar los cuarteles de los españoles; pero Cortés velaba, y cuando los tlaxcaltecas estuvieron cerca, los cañones y los arcabuces diéronle otra vez la victoria dejando el campo, como el día anterior, sembrado de cadáveres.

Los españoles entraron en Tlaxcala, y al ver que el Senado culpaba al jo-

ven caudillo de la derrota y lo destituía, Hernán Cortés, que estimó el valor de su adversario vencido interpuso su valimiento, y Xicotencátl fué restituído en su rango de general. La República de Tlaxcala hizo alianza con Hernán Cortés para llevar la guerra al Imperio Azteca, de cuya capital habían sido echados los españoles en la Noche Triste, y un poderoso ejército de españoles y tlaxcaltecas se puso en marcha; pero al llegar a Texcoco, Xicotencátl, que odiaba la alianza celebrada y se indignaba al ver el mal trato que los españoles daban a sus aliados, desapareció del campamento una noche; mas habiendo sido aprehendido, fué juzgado sumariamente y condenado por los españoles a morir "por haber abandonado sus banderas dando mal ejemplo a los fieles tlaxcaltecas", y al amanecer fué ahorcado en la ciudad de Texcoco el héroe de la independencia de la República de Tlaxcala, ante el silencio de los soldados españoles que lo contemplaban con admiración.

LAS HAZAÑAS DEL REY CUITLAHUAC

Generalmente se sabe que el rey Cuitláhuac, penúltimo de los reyes de Anáhuac, murió en 1520 después de un breve reinado, víctima de las viruelas, enfermedad desconocida en México antes y traída por un soldado de Pánfilo de Narváez; pero la personalidad de este héroe azteca es muy interesante, aunque su acción haya sido breve.

Cuitláhuac era hermano de Moctezuma Xocoyotzin, pues los dos fueron hijos de Atzayácatl. Desde muy joven se distinguió en las guerras que hizo Moctezuma a los reinos de Atlixco, Mixtecapan y Tehuantepec, y a la llegada de los españoles era Señor de Ixtapalapa. Cuando Cortés audazmente redujo a prisión a Moctezuma, Cuitláhuac fué de los magnates que formaban al rey caído una apariencia de corte, y hallábase a su lado cuando el pueblo se alzó contra el ejército español por la matanza de nobles mexicanos ordenada por Pedro de Alvarado. Reducidos los españoles y atacados en sus propios cuarteles hubieran sucumbido, si Cortés no hubiera vuelto oportunamente con el resto de su ejército, reforzado con el ejército de Narváez, que había sido vencido por él en Cempoala.

Al ver que los españoles habían agotado sus víveres y que el pueblo se los rehusaba con fiereza, Cortés mandó altivamente a Moctezuma que diera orden a los magistrados de la ciudad para que abrieran los mercados, y para que fueran cumplidas esas órdenes dejó libres a varios de los señores que acompañaban al emperador prisionero. Uno de esos señores fué Cuitláhuac, que viéndose libre, en vez de diligenciar la apertura de los mercados fué a ponerse a la

cabeza del pueblo para defender a su patria y vengar la muerte de Moctezuma. Asumiendo por este hecho el rango de tlacochcácatl o jefe supremo del ejército, prosiguió y activó la guerra contra los españoles, quienes a pesar de su valor y de la actividad de Cortés y de sus capitanes, fueron forzados antes de una semana a abandonar Tenochtitlán en la horrorosa jornada que la historia ha recogido con el nombre de la Noche Triste. Cuando Cortés más tarde escribió a Carlos V las causas que lo habían obligado a invadir Ixtapalapa, exaltaba a Cuitláhuac diciendo que "había sido el principal que les había hecho la guerra y echado fuera de la ciudad".

Al quedar Tenochtitlán libre de sus dominadores, Cuitláhuac fué proclamado solemnemente Rey de México, e investido de la suprema autoridad dedicó toda su actividad a armar un ejército capaz de proseguir la guerra, hasta librar al país de Anáhuac de los invasores. La permanencia de los españoles en Tenochtitlán había agotado el tesoro del Estado y de sus templos; habíanse consumido las armas arrojadas, dardos y flechas, que eran las únicas que usaban los mexicanos; Cortés había sublevado a los amigos e insolentado a los enemigos de los aztecas; había segado la flor de la milicia y de la nobleza; el odio entre los que habían favorecido a los españoles y los que acababan de expulsarlos preparaba mayores estragos que los sufridos por el Imperio Azteca, y la ciudad hallábase arruinada y debatiéndose entre las llamas de la guerra civil. La muerte violenta de Moctezuma y de sus hijos solamente amortiguó y dió una tregua a las luchas intestinas.

Entonces Cuitláhuac dedicó toda su energía a restablecer la concordia y a reparar los desastres sufridos. Los templos y las casas fueron reedificados; las murallas y las fortalezas se consolidaron; muchos emisarios fueron enviados a las provincias del imperio para exaltarlas a la defensa común, enviando socorros a unas, prometiendo a todos franquicias y exenciones en premio de los servicios que prestaran, y ordenando la muerte de los españoles dondequiera que se hallaran. Una embajada fué a Tlaxcala para brindarle la paz y proponerle una alianza ofensiva y defensiva, y más aún, el libre comercio con México, sin el cual los tlaxcaltecas estaban sujetos a muchas privaciones.

Esta alianza, que hubiera sido la ruina infalible de los españoles, no pudo celebrarse porque el viejo senador Mexicatzin se opuso derrotando la opinión del joven Xicotécatl, por lo cual se desecharon las proposiciones de la embajada mexicana y Xicotécatl quedó vencido. Hallábase Cuitláhuac en estas múltiples luchas cuando lo sorprendió la muerte en la flor de la edad, víctima de la peste que hacía estragos entre los aztecas. Murió el 25 de noviembre de 1520.

LOS RITOS NUPCIALES DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

La tradición ha guardado las ceremonias de los antiguos mexicanos cuando se casaban, y por ellas sabemos que al llegar un hijo a la mayor edad de veinte años, sus padres le buscaban una esposa, consultando antes a los adivinos, los cuales según el día del nacimiento de los novios deducían si podían o no ser felices. Si según los signos astrológicos la alianza iba a ser desgraciada, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra que tuviera también la edad núbil de 18 años.

Si era feliz el pronóstico, unas mujeres llamadas cihuatlauqui o solicitantes, las de más respeto de la familia del novio, iban a media noche con un regalo para los padres de la muchacha, y la pedían en casamiento con frases humildes. La petición era desechada infaliblemente, aunque fuese un casamiento ventajoso y del agrado de los padres. Después de varios días volvían las mismas mujeres a insistir, exponiendo las cualidades del joven, la dote que podía dar a la doncella, e informándose de lo que ella poseía. Los padres contestaban que era necesario consultar la voluntad de su hija y la opinión de los parientes. Las mujeres no volvían y los padres enviaban a otras de su familia con la respuesta. Si era favorable se señalaba el día de la boda, y los padres de la doncella la exhortaban a la fidelidad y obediencia a su marido, la llevaban con gran acompañamiento y música a casa del suegro, y si era noble la llevaban en una litera hasta la puerta de la casa, donde era recibida por cuatro doncellas que llevaban luces en las manos y precedían al novio y a los suegros. Al encontrarse el novio y la novia se incensaban mutuamente. El novio cogía de la mano a la novia y la llevaba a la sala destinada a la boda; parábanse sobre una fina estera que estaba en medio de la pieza, y junto al fuego que ardía; un sacerdote anudaba una punta del huepilli de la doncella con una punta del tilmatli del joven, y este nudo era el contrato matrimonial. Daban los novios siete vueltas en torno del fuego, volvían a la estera, ofrecían copal a los dioses y se cambiaban algunos regalos. Luego seguía el banquete; los esposos comían en la estera sirviéndose uno a otro y los convidados en rueda aparte. Después salían a bailar al patio dejando a los esposos en la estancia durante cuatro días; y no salían sino a media noche para hacer oblación a sus deidades. Estos días estaban en oración y ayuno, sin tocarse, durmiendo cada uno en una estera nueva de palma cubierta con lienzos pequeños, y sobre ellos unas plumas y una piedra preciosa llamada chalchihuitl. En los cuatro ángulos ponían cañas verdes. A la cuarta noche se unían en matrimonio, creyendo que si lo hacían antes, les traería la infelicidad. A la mañana siguiente, es decir, el quinto día,

se reunían los convidados, quienes se adornaban la cabeza con plumas blancas y las manos y los pies, con plumas rojas. Se regalaban trajes a los convidados, y las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares eran presentados a los dioses.

En algunas ciudades del imperio mexicano había detalles complementarios. En Izcatlán el que quería casarse iba a los sacerdotes del templo, quienes delante de los dioses le cortaban algunos cabellos y mostrándolos al pueblo decían: "éste quiere casarse"; luego lo bajaban y lo hacían tomar la primera mujer libre que encontraba, como si fuese la que le destinaban los dioses; por lo cual la que no lo quería por marido evitaba no pasar frente al templo para que no la obligaran; pero siempre había alguna que aceptaba ser su mujer. Entre los otomíes, si en la noche de bodas hallaba el marido en su mujer algo que le desagradase, podía repudiarla al día siguiente; pero si se mostraba contento ya no le era permitido dejarla, y ratificado así el matrimonio los esposos se retiraban a hacer penitencia por sus antiguos yerros. Entre los mixtecas además de anudar los trajes de los esposos, se cortaban parte de las cabellos y el novio llevaba en hombros a la novia. La poligamia era permitida en el imperio mexicano, y los reyes y los señores tenían gran número de mujeres.

LA TRADICION DEL HULE Y EL JUEGO DE PELOTA

Pocas personas habrá que sepan que el hule, la materia elástica y fuerte que tantos usos industriales tiene hoy, tan útil que el inventor Edison buscaba con afán la fabricación de hule artificial cuando lo sorprendió la muerte, es de origen mexicano.

Cuenta la tradición que los muchachos indios de la región tropical de la costa de sotavento del Golfo de México, al ver una vez una planta llamada guayule, un arbusto que apenas tiene un metro de altura, ocurrióseles cortarle unas hojas y masticarlas; y notaron que al escupir la fibra, la pulpa que les quedaba en la boca iba haciéndose flexible y elástica, y mientras más la masticaba más sólida y compacta se volvía, sin perder su elasticidad. Después los indios juntaban las pequeñas bolitas, las hervían y las pegaban unas con otras hasta obtener una bola grande, unida, que enfriada se tornaba sólida; y botándola contra el suelo vieron que rebotaba, y cuanto más fuertemente la azotaban contra el suelo, más alto rebotaba. Llamaron a la substancia *ulli* y discurrieron, ya que tenían la pelota, organizar el rebote, medir la fuerza del golpe, darle una dirección al enviarla de un indio a otro, el cual la devolvía; inventaron hacerla pasar por la horadación hecha en un disco de piedra; y no contentos con lanzarla ágilmente con la diestra, lanzáronla con la cadera al correr y cazarla,

o con el codo, o con el pie. El juego de la pelota estaba descubierto. Y cuando vinieron los conquistadores, los indios tenían frontones, muros en los que estaba empotrado el disco de canto para que por su horadación pasara la pelota, y el piso estaba maqueado y pintado de rojo con sangre de venado; los pelotaris, divididos en dos bandos o cada pelotari jugando por su cuenta eran jóvenes atletas que iban casi desnudos, con una defensa de piel dura para devolver la pelota con la cadera o con el codo o con el pie, así como las palmas de las manos cuando tenían que recibir y devolver la pelota en retaches en que perdía el jugador cuando no la recibía y cuando no podía devolverla a su vez; por lo cual eran los indios ágiles en carreras apresuradas, en saltos increíbles para cazar la pelota de *ulli* en lo alto, y en escorzos y barridas por el suelo para cortar un rebote contra el muro del frontón y enviar la pelota justamente por el ojo del disco de piedra, lo cual constituía un triunfo.

Los españoles quedaron asombrados de aquel juego que había de ser, corriendo los siglos, el orgullo de los pelotaris vascos, que tienen hoy el récord mundial en el juego de la pelota.

EL ORIGEN DEL CHICLE

En las tierras bajas que descienden al Golfo de México desde las altiplanicies, y en muchas otras regiones de nuestras tierras calientes, hay verdaderos bosques del árbol llamado chicozapote, de la familia exclusivamente mexicana de las sapotáceas, que es el árbol que produce el delicioso fruto llamado *chico*, y la preciosa resina elástica y solidificada que llamamos hoy *chicle*.

Antiguamente los indios la llamaban *tzíquete* o *chíquete*, después se llamó *chitle*, y por corrupción de lenguaje o por comodidad en trocar la sílaba lingüodental *tle* por la sílaba lingüopaladial *cle*, vino a ser *chicle* el producto que hoy es mundial. Los indios notaron que de una pequeña grieta del tronco, o al hacer una incisión, brotaba una goma muy espesa, como la del mezquite; pero aquélla tenía un sabor agradable, y al chuparla en la boca sintieron que se consolidaba y se endurecía, se tornaba elástica y flexible hasta hacer y deshacer la porción que se tenía en la boca, estirándola, partiéndola en pedazos y volviéndola a unir, sin que perdiera su elasticidad y su virtud de cohesión.

El *chicle* estaba descubierto. Y su influencia en los usos y costumbres había de ser tal, que hace algunos años las autoridades norteamericanas buscaron algo, el *chicle*, para que sustituyera el uso y la costumbre que había degenerado en vicio, puesto que el vicio es el relajamiento de un hábito, de mascar tabaco. El resultado ha sido tal, que la antigua costumbre de mascar tabaco, tan

funesta para la salud y tan desagradable para la cultura, ha desaparecido casi completamente y ha sido sustituida por la de mascar chicle, que si no es precisamente recomendable puesto que convierte al mascador de chicle en un rumiante, es menos nociva y menos repulsiva que la otra. Hoy se hace chicle mezclado con todos los sabores, de preferencia mieles extractadas de frutas y flores; pero la materia prima, la resina del chicozapote solidificada y convertida en gruesos bloques color crema, sigue siendo explotada en gran escala en nuestras tierras calientes, que están pobladas de bosques de chicozapote a tal punto, que sus frutos dulcísimos alimentan a los cerdos por su abundancia, ya que no pueden ser conducidos a los mercados; y los árboles mueren jóvenes, desgarrados por innumerables incisiones de las que destila su savia, para dar el chicle a todos los países del mundo.

En México hay otro chicle que se mastica en los Estados del interior de la República y que procede de los panales construidos en lo alto de los árboles por unas abejas negras que viven en enjambres como la *apis ática*; el panal está al aire libre y tiene la forma esférica del tamaño de una sandía. Cuando se considera que ha llegado a su plenitud se pone una brazada de leña verde debajo, sobre el suelo, y se le prende fuego para que el humo suba directamente hacia el panal; las abejas no pueden sufrir el humo y súbitamente se agitan, salen del panal y se agrupan, para emigrar en enjambre, en busca de otro árbol propicio en cuyas ramas se posan mientras principian a trabajar en la construcción de otro panal. Una vez que se ha extraído la miel cristalina que se halla en el interior que se ha desgajado para exprimir las pencas, el residuo que queda es la substancia llamada "chicle negro" que tiene un leve aroma agradable, por lo cual se masca con agrado, pues aunque no es tan flexible como el otro chicle, que puede estirarse en largas hebras y volver a unirse, tiene la flexibilidad necesaria para no romperse la pasta que se trae en la boca y que es muy suave y grata de mascar.

LA MAGIA PARA ENAMORAR DESDE EL TIEMPO DE LOS AZTECAS

Es curioso anotar las fórmulas de la magia establecida desde los antiguos mexicanos y que todavía hoy se conservan por tradición, tanto en los hombres como en las mujeres. Antiguamente había brujos de solemnidad que proporcionaban amuletos y oraciones para seducir, tanto una mujer a un hombre como un hombre a una mujer; y estas supersticiones perduran aún, porque el

sentimiento del amor se renueva constantemente, y el ansia de poseer a una persona aunque sea contra su voluntad, es tan antiguo como el mundo.

Poco ha quedado escrito de las indagaciones hechas por los primeros historiadores nuestros que desdeñaban las prácticas supersticiosas populares, especialmente las amatorias, pues creían que con no hacer caso de ellas se extinguirían pronto. Hay un "Tratado de supersticiones y costumbres gentilicias que hoy viven entre los indios naturales de la nueva España", por el Br. Hernando Ruiz de Alarcón, en que consignó algunas notas acerca de las prácticas de magia amorosa entre los antiguos mexicanos, y por él sabemos que para ganarse la voluntad de una persona, había una oración en lengua mexicana que decía poco más o menos: "En la cristalina montaña donde se parten las voluntades busco una mujer y le canto amorosas canciones, rendido del cuidado que me dan sus amores. Invoco en mi ayuda a la diosa Xochiquetzal, ceñida por dos culebras y que trae sus cabellos cogidos en una cinta. Este cuidado amoroso me hace llorar desde ayer y antier, lo que me tiene afligido y anheloso. Pienso verdaderamente que es diosa, extremadamente hermosa, y no he de alcanzarla mañana ni otro día, sino hoy, porque en persona soy quien ordena y manda. Soy el joven guerrero que resplandezco como el sol y tengo la hermosura de la aurora, y no soy yo por ventura un cualquiera nacido entre las yerbas, sino en lecho florido y transparente". El encanto parecía residir exclusivamente en las palabras que eran la expresión del deseo del enamorado, y tal vez en la invocación de Xochiquetzal, la diosa del amor y de las flores.

Otro encanto para hacerse amar de una persona cuyo corazón ya pertenecía a otra, consistía en tomar los granos de maíz que nacen en la raíz de una mazorca y que tienen los vértices contrarios al nacimiento y al revés de los demás granos, pues a esta contrariedad atribuían el efecto contrario en la inclinación y en la voluntad en cuanto al amor y al odio. A estos granos de maíz aplicaban unas palabras que a su juicio, conjurando los granos, les daba fuerza y virtud para conseguir el trocambio que deseaban. Este encanto o hechizo inspirado en un concepto homeopático, era llamado por ellos "Pahtecatl yollocuepeatzin", que quiere decir: "medicina truecacorazones".

Todavía hay mujeres en ciertas regiones como el Estado de Morelos, que son expertas en magia amorosa y tienen fórmulas para que la esposa abandonada obligue al hombre inconstante a volver a su lado. Se acuesta a la mujer en el suelo de la habitación, se encienden a sus dos lados las velas funerarias como si estuviese muerta, se espera a que se consuman y entonces se reza la oración del credo cristiano, y al terminar después de repetirlo tres veces, la mujer grita el nombre del infiel y dice la siguiente invocación: "Anima de Tulimeca, tú que te encuentras en Roma y yo aquí, quiero que me traigas a Fulano y que

venga arrepentido de todos los males que me ha causado con su desvío". Esta ceremonia se repetirá nueve noches seguidas para que no falle el resultado.

Una práctica curiosa de las supersticiones populares, muy generalizada en el pueblo, es la que se usa para que una mujer aspire a gobernar al amante o al marido a su capricho y rendir su voluntad, y consiste en medirlo cuando esté dormido con una cinta que se guarda enrollada dentro de un escapulario de San Antonio, escapulario del cual no ha de separarse el hombre ni un momento, por supuesto sin que lo sepa, pues si lo sabe se pierde el encanto.

LOS COLORES DE LAS PINTURAS AZTECAS

Como la tradición de los colores que empleaban los aztecas en sus pinturas se va perdiendo, es conveniente consignar este pasaje del historiador Clavijero sobre la extracción de dichos colores.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas, y con flores de muchas plantas, y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra chimaltízatl, que después de calcinada se parece mucho al yeso fino, o de la tierra mineral tizatlalli, que después de amasada como el barro, y reducida a bolas, es semejantísima a la substancia llamada comúnmente en Europa, blanco de España. Hacían el negro de otra tierra mineral y fétida, a la que por esta razón daban el nombre de tlalohxicac o del hollín del ócotl, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí, y el celeste, con la flor del matlalxíhuatl y del xihquilitzáhuac, que es la planta del añil, aunque el modo de prepararla entonces se diferenciaba mucho del moderno. Ponían las hojas de la planta una a una en vasijas de agua caliente, o más bien tibia, y después de haberlas meneado mucho con una pala, pasaban el agua teñida a unas orzas o peroles, donde la dejaban reposar hasta que se precipitaban al fondo las partículas sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco a poco. Este sedimento se secaba al sol, y después se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese.

Tenían los mexicanos otra planta del mismo nombre de la que sacaban el azul, pero de inferior calidad.

Para el rojo se servían de la semilla de achiote, que los franceses llamaban rocou, cocida en agua, y para el morado y el púrpura, de la cochinilla.

El amarillo se hacía con tecozáhuil, o sea ocre, y con el xochipalli, planta cuyas hojas se parecen a las de la artemisa. Las hermosas flores de esta misma

planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Después de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa que llamaban tlalxócotl, la cocían al fuego en vasijas de tierra, sacaban por destilación el alumbre puro, blanco y diáfano, y antes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo más cómodamente en el mercado. Para dar más consistencia a los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del tzauhtli, o con el excelente aceite de la chían (chía).

También obtenían un color amarillo de oro bellissimo, poniendo a hervir una liana trepadora llamada zacataxcal, que asciende a los árboles formando una madeja de hebras amarilláceas. Poniendo a hervir en esa infusión el objeto o el lienzo que se quiere pintar de amarillo, ya no se despinta nunca. Los cascarones para las fiestas de carnaval eran hervidos en zacataxcal y quedaban color de oro.

LA MALINCHE, LLAMADA DESPUES DOÑA MARINA

Las tradiciones que sirvieron a los historiadores para delinear la personalidad de esta mujer extraordinaria, que fué la mediadora entre Hernán Cortés y los aztecas, nos proporcionan curiosos detalles que vamos a consignar.

En la crónica de Gomara aparece con el nombre de Malintzin Tenépatl, éste como nombre gentilicio y Malintzin o Malinalli como nombre del día de su nacimiento, porque los mexicanos, según Motolinia, daban a los niños el nombre del día en que nacían y después les añadían otro nombre. Una tradición dice que era de Jalisco, otra dice que era de Xaltipan (Acayucan), y otra que era de Huilotlán, provincia de Jalacingo. Pero la tradición más vulgarizada dice que nació esta célebre y hermosa india en el pueblo de Painala, de la provincia de Coatzacoalcos, y fué hija de un cacique. Su madre enviudó y casó por segunda vez con un noble del que tuvo un hijo, y para que éste fuera único heredero, hicieron desaparecer a la niña, dándola secretamente a unos indios xicalancas que a su vez la vendieron a otros de Tabasco, y fué así como se encontraba la Malinche en Tabasco al arribo de Hernán Cortés.

Los tabasqueños recibieron como amigos a los españoles y viendo que no traían mujeres les obsequiaron veinte esclavas entre las que sobresalía por su hermosura la Malintzin, cuyo origen novelesco la llevó a la condición de esclava, y hecho el reparto de ellas tocóle en suerte a Alonso Hernández Portocarrero.

Fué bautizada con el nombre de Marina y desde luego se vió que

era muy útil, pues además del idioma regional hablaba el idioma mexicano, lo cual fué descubierto al ver que la Malinche hablaba con los emisarios de Moctezuma en su lengua nativa, pues el idioma maya lo había aprendido durante su estancia en Tabasco. Pronto aprendió bien la Malinche la lengua castellana, y según Bernal Díaz éste fué el principio verdadero de la Conquista, pues la Malinche cooperó tan poderosamente que sin ella hubieran sido mayores los obstáculos que se vencieron. Cuando Portocarrero fué comisionado para llevar a España con Francisco de Montejo los regalos de Cortés a Carlos V, doña Marina se quedó con Hernán Cortés, sirviendo de intérprete "Malinche la lengua", como dicen los antiguos historiadores, entre los mexicanos y el Conquistador, con quien tuvo amores de los que nació un hijo que se llamó Martín Cortés.

Doña Marina fué compañera fiel de Cortés durante toda la Conquista y le siguió a todas partes, pues siempre se le veía a su lado desafiando los mayores peligros, porque tenía un carácter varonil y un gran valor. En Cholula le prestó un gran servicio, pues ella le advirtió la conjuración de los cholultecas, por lo cual el Conquistador pudo librarse y castigar duramente a los conjurados; convenció a Moctezuma para que abandonara su religión sangrienta, al menos aparentemente; influyó mucho para que Cortés no cometiera crueldades en varias ocasiones; hacía refrenar los impulsos crueles de los españoles y les proporcionaba aliados, convenciendo a los caciques de los señoríos para que se sometieran sin efusión de sangre.

En la expedición a las Hibueras sirvió de mediadora entre indios y españoles, pues Hernán Cortés la llevó consigo; y en el pueblo de Oztotipac, cerca de Orizaba, la casó con el hidalgo Juan de Jaramillo. En Orizaba una tradición afirma que en las afueras de la ciudad, donde hoy está el cementerio, hay una gran piedra llamada del Gigante, que sirvió de mesa el día de las bodas de doña Marina con Jaramillo, y los escudos que tiene esculpidos representan los platos del festín.

Cuando Cortés pasó por Coatzacoalcos reunió a los caciques de la comarca, entre los que se hallaban los familiares de doña Marina, los cuales temían que se vengara; pero ella los tranquilizó, los perdonó, los obsequió espléndidamente, y les dijo que Dios le había hecho una gran merced al hacerla cristiana y darle un hijo de su amo y señor, como siempre llamaba a Hernán Cortés, y en ser casada con un caballero como era su esposo Juan de Jaramillo.

Después de la Conquista ya casi no vuelve a hablarse de doña Marina, y solamente sabemos que Cortés la dió en dote, cuando la casó con Jaramillo, los pueblos de Oluta y Tetiquipape en Coatzacoalcos y el pueblo de Xilotepec en México. En 1528 les dió a ella y a su esposo un terreno cerca de Chapultepec, una huerta que había sido de Moctezuma, un solar en la calzada de San Cosme y una casa que habitaron en la antigua calle de Medinas que hoy se llama de la República de Cuba.

LA PRINCESA ERENDIRA

Entre las tradiciones de Michoacán, la más hermosa es sin duda la de la Princesa Eréndira, que floreció en todo el esplendor de su belleza por los años en que fué conquistado nuestro país por los españoles. Aun hoy todavía hay en el Estado de Michoacán ejemplares humanos de *guaris*, mujeres, verdaderamente bellas, con esa belleza fascinadora de las mujeres de una raza cuyo origen es desconocido, pero que se distinguen de las mujeres indias de otras regiones mexicanas.

Eréndira, que quiere decir *risueña*, era hija del viejo Timas, uno de los dignatarios del Rey de Tzintzuntzan, y su posición y su hermosura le daban un gran ascendiente en su país por lo cual pudo distinguirse en la conquista de Michoacán, y su nombre pudo llegar hasta nosotros merced a la relación escrita por uno de los conquistadores. Una noche que se celebró en el templo de Xaratanga, la luna, una fiesta en honor de la diosa, fué sacrificado en vez de los prisioneros de guerra, abriéndole el pecho para arrancarle el corazón, un lebrel abandonado por el conquistador Montaña, que fué a Michoacán en una embajada enviada por Hernán Cortés al rey tarasco; y como el lebrel al ser tendido con el pecho hacia arriba, aullara lúgubrememente al ver a la luna llena, el pueblo se dispersó tomando aquel lamento del perro como un presagio fúnebre.

El Rey Tzintzicha quería enviar a Coyoacán varios nobles como emisarios de paz a ofrecer su amistad a Hernán Cortés; pero Timas se opuso, logró vencer al Rey para que se preparase a la guerra, y convocara al ejército, para lo cual se enviaron mensajeros a dondequiera, y se encendieron luminarias en las montañas del reino tarasco. Eréndira recorría los campamentos de jóvenes congregados, con otras princesas y su hermosura y su talento natural, unidos a una voluntad fuerte, la hicieron destacarse y llegó a ser la figura central de la defensa del reino tarasco. Nanumá, el jefe de las huestes estaba enamorado de Eréndira; pero la Princesa lo desdeñaba por su carácter vacilante, porque no tenía el entusiasmo del guerrero que pone toda su energía en su alta misión. Tal vacilación no pasó inadvertida para Eréndira, la que una vez lo increpó diciéndole: "Sólo una cosa falta a tus soldados" —¿Cuál?— "El jefe que los ha de conducir al combate".

Hernán Cortés esperó en vano la visita del Rey Tzintzicha que había prometido a Montaña ir en persona a Coyoacán, y organizó una expedición al mando de Cristóbal de Olid. En Taximaroa tuvo lugar el encuentro del ejército de Olid con el ejército de Nanumá que perdió la batalla porque los jefes

estaban en una orgía y solamente pelearon los soldados. Timas aconsejó al Rey la defensa nacional, y Eréndira fué la principal organizadora de ella. El Rey envió al guerrero Ecuángari a celebrar una entrevista con Olid, quien al ver al ejército aliado de los españoles y los mexicanos, volvió para decir al Rey que Olid no venía en son de guerra, sino en busca de oro, y el Rey quiso aprestarse a la defensa por consejo de Timas; pero los que lo rodeaban dijéronle que Timas lo traicionaba; quería su muerte en una defensa inútil, y le aconsejaron que se escondiera.

Olid entró triunfante en Tzintzuntzan por la entrega que le hizo Ecuángari de la ciudad. Solamente Timas y un puñado de valientes resistieron en el templo del Sol hasta que fueron exterminados todos, menos Timas que pudo escapar.

Antes que la evangelización, empezó al punto la obra de rapiña, pues fué exigido urgentemente entregar lo que se pudo reunir, en 40 arcas llenas de mitras, rodela y brazaletes de oro puro que pertenecían a la corona de Tzintzuntzan, y fueron saqueadas todas las casas de los nobles. Otro grupo de guerreros se hizo fuerte en Pátzcuaro y contra él fué Olid, después de lograr que el Rey oculto compareciera, y para ganar a los guerreros rebeldes sin efusión de sangre, combinó la entrevista en el lugar que hoy ocupa la capilla del Cristo, donde Cristóbal de Olid se apeó de su caballo y tendió sus brazos a Tzintzicha; pero el Rey puso una rodilla en tierra en señal de sumisión. Este acto fué presenciado por Eréndira desde lo alto de una colina, y levantó la mano dirigiéndola a Tzintzicha como una maldición. Olid llevóse consigo al Rey a Tzintzuntzan, donde le puso guardias como a su prisionero y le exigió le entregara todo el oro que hubiera. El Rey pudo reunir en barras 80 cargas de oro y plata, y al ver aquella riqueza Olid exigió más, y entonces se mandaron registrar las islas y litorales del lago, y pudo reunir la fabulosa cantidad de 300 cargas de oro y plata.

El Rey Caltzontzin, como llamaban los españoles a Tzintzicha, fué llevado ante Cortés a Coyoacán y mientras, Nanumá, que ya era valido de Cristóbal de Olid, sorprendió a Timas y a los suyos, en su campamento, les hizo matar y se apoderó de Eréndira repartiendo las demás doncellas a sus capitanes. Pero Eréndira saltó ágilmente sobre un caballo blanco que su padre había apresado a los españoles y huyó velozmente derribando a Nanumá en tierra.

La evangelización comenzó a la llegada de los misioneros y tocó a Fray Martín de Jesús, joven franciscano, ir a Michoacán con el Rey Tzintzicha Tangajoan, Caltzontzin, ya bautizado con el nombre de Francisco, y en la primera prédica del fraile que nadie entendía en español, surgió Eréndira, de entre la multitud, y tradujo en tarasco el pensamiento de la religión de amor que

había adivinado, y por una extraña suerte los dos jóvenes quedaron enamorados uno del otro. La virtud del sacerdote luchaba contra aquella pasión, se aisló, se enclaustró por miedo de ver a Eréndira y de sucumbir, y por último partió de Tzintzuntzan para huir de ella. Pero la joven siguió sus huellas, y en un bosque, fué el encuentro de aquellos dos seres que nacieron para amarse castamente.

Eréndira recibió las aguas del bautismo en el lado de Sirahuen, y un día que Fray Martín celebró la primera misa en la isla de Apúpato, el 19 de octubre de 1525, al regresar a Tzintzuntzan en una canoa fué sorprendido por una tempestad. Eréndira le salvó la vida bogando con su remo; y a punto de ser suya, el fraile oró fervorosamente y la pureza quedó intacta. Y cuando Fray Martín de Jesús murió, Eréndira exhumó su cuerpo lo ungió de bálsamos preciosos para conservarlo, y todas las noches lo cubría de flores y de luciérnagas para que apareciera como dormido en una constelación de piedras preciosas.

LA PRINCESA INCHATIRO

La tradición ha recogido el nombre de una de las princesas de Tzintzuntzan, la Princesa Inchátiro, nombre que quiere decir "el crepúsculo vespertino", en la que operó su primer milagro Fray Juan de San Miguel, llamado el Apóstol de Michoacán.

Cuenta la tradición que habiendo huído la familia real de Tzintzuntzan al saber la invasión de los conquistadores refugióse en la ciudad de Erongarícuaro de donde iba un día antes de la salida del sol la Princesa Inchátiro por la floresta de Zinziro a inquirir noticias de su prometido el Príncipe Tacamba, jefe de los guerreros de Coyoacán que empuñaron las armas contra los conquistadores, cuando notó que un hombre de mirada siniestra la seguía. Quiso retroceder, pero se vió cercada por un centenar de guerreros indios desconocidos que le impedían el paso, y desatinada corrió por entre las espadañas de la orilla del lago Pátzcuaro y saltó en una pequeña chalupa cuyo remo empuñó bogando rumbo a la isla de Jarácuaro. Pero el esquife se detuvo en una corriente y comenzó a girar sin avanzar, y entonces vió espantada que en una piragua tripulada por cuatro remeros la seguía el guerrero siniestro, que era el cacique rebelde Turí-Achá, el señor negro; y cuando éste iba a apoderarse de su víctima, ella saltó al agua y se sumergió en el lago, y tras ella se precipitó Turí-Achá, viéndose las dos sombras al través de las ondas diáfanas hasta que se perdieron de vista.

Poco después apareció el feroz bribón nadando con su presa desmayada y la depositó en el césped; y las mujeres de Jarácuaro huyeron espantadas; pero pronto volvieron trayendo al anciano Petámati, gran sacerdote de los tarascos, el único que podía conjurar al asta-ray en bien del pueblo, el anciano esperó que apareciera para invocarlo a que enviara sus poderosos rayos para devolver la vida a la Princesa que parecía muerta. Pero el conjuro fué inútil, y en vano el sol bañó el rostro lívido y el cuerpo helado de la joven ante las miradas ávidas de contemplar el prodigio de los espectadores. Turí-Achá blasfemó despechado, Petámuti dejó caer sus manos impotentes mientras que los guamanchecha entonaban la salmodia de las doncellas; cuando de pronto oyóse un himno cantado en el más puro idioma tarasco, el *Cántico de las criaturas* de San Francisco de Asís, y apareció ante los ojos asombrados un hombre de majestuosa estatura y pálido semblante, de mirada austera en sus dulces y apacibles ojos, vestido con un traje talar gris y descalzo y con la cabeza descubierta al sol, seguido de multitud de pajarillos que gorjeaban armoniosamente, volando de rama en rama.

—Vamos, vamos en nombre del Señor, dijo el extranjero al ver el grupo en torno de Inchátiro, y llegando hasta el cuerpo yerto colocó sobre su pecho un crucifijo de marfil, se postró de rodillas a Sampico, y del fondo de su alma invocó a Dios. Un soplo divino de esperanza y de alegría inundó todos los pechos cuando Inchátiro exhaló un débil suspiro al latir su corazón vuelto a la vida, y dos lágrimas desprendiéronse de sus ojos, que se abrieron a la luz del día.

Aquel desconocido era Fray Juan de San Miguel, quien según un antiguo cronista llegó a México el año de 1528, y según el Padre La Rea fué uno de los primeros misioneros, después de los doce religiosos que trajo Fray Martín de Valencia. La noticia de la vuelta a la vida de la Princesa Inchátiro se difundió por todo Michoacán y el santo varón fué tenido como un enviado de Dios y obedecido ciegamente, siendo por tanto el elemento mejor que pudieron emplear los conquistadores para la cristianización del vasto reino tarasco.

LO QUE ERA EL MERCADO DE TLALTELOLCO

Tenemos una vaga idea de lo que era el Mercado de Tlaltelolco, en tiempos de los antiguos mexicanos; pero nada mejor para formarnos una idea completa de la capacidad del mercado mayor de la gran Tenochtitlán, que una descripción que de ella hace Hernán Cortés en una de sus cartas de relación que escribió al Emperador Carlos V, maravillado de lo que veía. Dice el Conquistador:

“Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuos mercados y tanto de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces Salamanca, tan cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimiento como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuelas, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes, cernícalos, y de algunas de éstas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabeza, y pico y uñas. Vende conejos, liebres, venados y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calles de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precios. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asientos y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas, y cardos tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejantes a las de España. Venden miel de cañas de maíz que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y éstas maguey (metl) que es muy mejor que arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilado de algodón de todos colores en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantos se puedan hallar en España y de tan excelentes matices cuanto pueden ver. Venden cuero de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores, venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor todo lo de las otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallina y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; ven-

den tortillas de huevo hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas cualidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no los expreso.

Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucho orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena cosa como audiencia (el tecpanécatl) donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen y mandan castigar a los delincuentes”.

LA CONSAGRACION DEL TEMPLO MAYOR DE TENOCHTITLAN

Cuando la tradición de un hecho remoto ha sido recogida por los antiguos historiadores, hay que darle la veracidad de un hecho consumado, porque quien lo consignó primero, procuró allegar todos los datos posibles que le sirvieran de documentación para fundar su aserto. Uno de estos hechos es la consagración del gran teocalli de Tenochtitlán, mandado construir por el Emperador Tizoc y concluido por el Emperador Ahuizotl. Según los cómputos hechos por esos historiadores, la fecha para solemnizar la consagración fué el 19 de febrero de 1487. Hiciéronse los preparativos con mucha anticipación. Ahuizotl se puso en campaña para reunir el mayor número de prisioneros, pues la solemnidad de la celebración de un acontecimiento entre los antiguos mexicanos se medía por la cantidad de víctimas humanas sacrificadas durante las fiestas. Los señorías de los tziuhcoacas y los techpanecas, del Reino de Xalisco, dieron las primicias de los millares de prisioneros que debían sacrificarse; después siguieron los tzapotecas, reino que ocupaba un gran territorio de lo que hoy es Oaxaca; y por último dió su contingente el Reino Tepaneca, vecino de la capital del Imperio Azteca, todos ellos vencidos en la guerra.

Concluidas las obras del templo, los prisioneros, que habían sido cuidadosamente guardados y nutridos, fueron conducidos a la ciudad de Tenochtitlán; y una vez fijado el día de la celebración de la festividad sangrienta, Ahuizotl envió embajadores a todos los reyes y señores, amigos y enemigos, para invitarlos a que asistieran a las fiestas, enviando a los enemigos sus salvoconductos para el viaje y el regreso, a fin de que su vida y la de las personas de su séquito

fueran respetadas. Para hacer más solemne el extraordinario sacrificio de las víctimas humanas, oficiaron de sacrificadores el Emperador Ahuitzotl, los reyes de Texcoco y Tlacopan y el Cihuacoatl, alto dignatario mexicano, cada uno auxiliado por cuatro sacerdotes de primera jerarquía.

Los prisioneros destinados al sacrificio, dicen algunos historiadores, fueron colocados en una fila que comenzaba, según el historiador Tezozómoc, en el lugar llamado Cuyonacazco, de la que hoy es calzada de Guadalupe; la segunda fila empezaba en el lugar llamado Mazazincanalco, de la calzada de Tacuba, y la tercera fila empezaba en Acachinanco, rematando todas en el Templo Mayor, que abarcaba un perímetro comprendido en lo que hoy es la plaza mayor hasta la calle de Cordobanes, hoy Donceles, y desde el Arzobispado que está en la primera calle de la Moneda hasta el Empedradillo, donde está hoy el Monte de Piedad. El historiador Torquemada hace mención de dos filas de prisioneros, una que comenzaba en Malchitlapilco, en lo que hoy es calzada de San Antonio Abad, y otra que comenzaba en lo que fué después la Candelaria de los Patos y que terminaban en el atrio del Templo Mayor.

“Espantable habría sido la fiesta, dice el historiador Alamán, con sólo consumir las víctimas que formaban las hileras, pero no habría correspondido a la solemnidad que demandaba lo singular del caso. El sacrificio duró cuatro días consecutivos, desde la salida hasta la puesta del sol, y si damos crédito a Tezozómoc se hacían simultáneamente en otros “quince” templos de la ciudad. Ixtlilxóchitl hace subir a 80 000 el número de víctimas humanas inmoladas en esta ocasión. Torquemada lo reduce a 72 344 y otros, citados por Clavijero, a 64 060; mas los anales jeroglíficos, conservados en los códices Vaticano y Telleriano, que hacen una especial conmemoración de este suceso, sólo dan en sus símbolos aritméticos, el uno, la cantidad de 20 000 y el otro de 19 600, pudiéndose explicar esta diferencia por un descuido del copiante, que olvidó estampar en el segundo el símbolo numérico llamado “centzuntli”, cuyo valor es de 400. El intérprete del Códice Telleriano se ha equivocado fijando el número en 4 000 porque no computó el símbolo del “Xiquipilli”, que vale 8 000 y que allí se ve duplicado.”

LOS PERROS AZTECAS Y EL ORIGEN DE LOS PERROS DE HOY

Cuando vemos hoy las ciudades y los pueblos mexicanos llenos de perros de todas las razas, podríamos creer que tales perros han sido de esta tierra desde tiempos inmemoriales. Pero no son perros nacidos aquí como los habitantes de los antiguos tiempos. Los perros nahuas eran semejantes a los perros

Europeos, aunque con peculiaridades distintas. El xolotzcuintli era del tamaño de un perro de pastor, tenía los colmillos agudos como los lobos, la cola larga, el cuello fuerte y las orejas rectas; carecía de pelo y sólo en el hocico tenía cerdas retorcidas como bigotes; su piel era suave y de color ceniciento con manchas negras y amarillas, y servía para cuidar las casas, llevar pequeños fardos e ir de compañía con sus dueños. El itzcuintepotzotli era más pequeño que el anterior, de mirada dulce y orejas largas; tenía una joroba inmediatamente después del cuello que era corto; su color era blanco, negro o leonado; servía de manjar en las mesas ricas y se le mataba en las exequias de los muertos para que los acompañaran al cruzar el río Chihuanahuapan en el reino de Mictlante-cutli, señor del Infierno según la mitología nahua. El tepeitzcuintli o perro del monte era pequeño como el moderno spitz y muy fiero, pues atacaba a los animales de mayor tamaño que el suyo; su pelo era largo y también su cola; era de color negro, con la cabeza, el cuello y el pecho blancos, y por su fiereza se le dedicaba a cazar animales pequeños como ardillas, tuzas, conejos y cacomixtles. Ninguno de estos tres perros ladraban sino solamente aullaban, y se cuenta que los perros europeos traídos por los conquistadores enseñaron a ladrar a los perros nahuas.

El primer perro europeo vino con la expedición de Juan de Grijalva en 1518; era una perra de raza de lebre, y quedó en nuestro territorio abandonada, o porque se internó en el bosque persiguiendo los venados o por otra causa que le impidió estar presente cuando los soldados embarcaron de regreso. La lebrela vivió algún tiempo de los conejos y otros animales que cazaba; y al desembarcar Hernán Cortés y ordenársele al jefe de la armada que reconociese la costa, encontráronse a la perra muy gorda, la que al ver a los españoles se puso a hacerles halagos y se metió con ellos en la nave. Esta lebrela está al lado de Cortés en el Lienzo de Tlaxcala.

Los conquistadores trajeron perros de presa que azuzaban para que mordieran y despedazaran a los indios cuando era muy crecido su número, y entonces los perros les servían de aliados. Pronto los perros se multiplicaron cruzándose con las perras que también trajeron los españoles, y en 1581 el Ayuntamiento de México ordenó que todas las personas que tuviesen perros grandes que pudiesen hacer daño, los amarraran en sus casas sin dejarlos salir a la calle bajo pena de diez pesos de multa, y se les matasen los perros que fueran cogidos en la calle. El cronista Fray Antonio Remenzal cuenta que en el valle de Almolonga los leones (pumas) abundaban y destruían los ganados, por lo que se ofrecía premio a los que los matasen, y no sólo el ganado mayor padeció sino que el ganado lanar y porcino también, por los perros bravos que servían en la guerra y se comían hatos enteros de ovejas y cerdos, hasta que las autoridades

mandaran que cada dueño tuviese atados sus perros, bajo graves penas al que no lo hiciera.

Actualmente, como decimos al principio, hay en nuestro país toda clase de perros: daneses, galgos, lebreles, de San Bernardo, terranovas, mastines, dogos, collis, spitz y multitud de productos de cruzamientos. Pero una raza especial de perros mexicanos es la de los perros chihuahuenses, perros de las praderas, pequeñitos y finísimos, que viven en agujeros en las llanuras del Norte y huyen al aproximarse las gentes; pero los perritos que son cogidos por sorpresa suelen vivir en las casas cuando se les trata con muchos cuidados, y tiemblan constantemente aunque la temperatura sea tibia.

Como nota curiosa diremos que durante la inundación de México en la época colonial, que todavía es recordada, el agua subió a una gran altura indicada en el monumento que se halla hoy al lado occidental de la catedral; los habitantes huyeron de la capital y los perros se refugiaron en la parte más alta de la ciudad, que era en donde hoy empieza la 2ª avenida de Guatemala que se cruza con la avenida de la República Argentina, y a ese lugar por muchos años se le llamó "La isla de los perros".

LAS PARTICULARIDADES DEL COLIBRI

Un pájaro de nuestra fauna ornitológica, el colibrí, sufre una curiosa interrupción en su vida, año por año. Hay regiones de nuestro país en que se ve una multitud de esos pajarillos que pasan como exhalación en todas direcciones, o se les ve cintilando en el viento para libar el cáliz de las flores. Esto dura todo el verano y se prolonga hasta el otoño; pero un día, al sentir el frío del invierno, todos los colibríes desaparecen y no se les vuelve a ver sino hasta las primeras lluvias del siguiente año, es decir hasta la primavera, por lo cual se ha creído que emigran a otras tierras en busca del calor. Pero no hay tal. El pajarillo tiene anualmente un sopor, como otros seres vivientes, particularidad tan notable, que cuando vinieron los españoles anotáronla entre sus cosas curiosas de la fauna mexicana.

El Padre Sahagún dice del colibrí: "Hay unas avecitas en esta tierra que son muy pequeñitas, que más parecen moscardones que aves: hay muchas maneras de ellas, tienen el pico chiquito, negro y delgadito, así como aguja; hacen su nido en los arbustos, allí ponen sus huevos, los empollan y sacan sus pollos, no ponen más de dos huevos; comen y mantiénnense del rocío de las flores como las abejas: son muy ligeros, vuelan como saeta, son de color pardillo, renuévanse cada año; en el tiempo de invierno cuélganse de los árboles por el pico; allí colgados

se secan y se les cae la pluma. Cuando el árbol torna a reverdecer, ellos vuelven a revivir, y tórnales a nacer la pluma, y cuando comienza a tronar para llover, entonces despiertan, vuelan, y resucitan: son medicinales para las bubas comiéndolos, y el que los come nunca los tendrá, pero hace estéril al que los come. Hay unas de estas avecitas que se llaman quetzalvitzile, tienen las gargantas muy coloradas, y los codillos de las colas bermejos, el pecho verde, las alas y la cola, y se parecen a los finos quetzales. Otras de estas avecitas son todas azules, de un azul muy fino, y es claro a manera de turquesa resplandeciente. Hay otros verdes claros a manera de yerba: otros hay que son de color morado, y juntamente colorados y mezclados con pardo: hay otros que son resplandecientes como brasa: otros que son leonados como amarillos: otros que son larguillos, unos de ellos son cenicientos, otros son negros; los cenicientos tienen una raya negra por los ojos, y los negros tienen una raya blanca. Hay otros que tienen la garganta colorada y resplandeciente como una brasa, son cenicientos en el cuerpo, y la corona de la cabeza y la garganta, resplandeciente como una brasa. Hay otros que son redondillos, cenicientos con unas motas blancas”.

El Padre Clavijero dice del colibrí: “El huitzitzilin es aquel maravilloso pajarillo, tan encomiado por todos los que han escrito sobre las cosas de América, por su pequeñez y ligereza, por la singular hermosura de sus plumas, por la corta dosis de alimento con que vive, y por el largo sueño en que vive sepultado durante el invierno. Este sueño, o por mejor decir, esta inmovilidad, ocasionada por el entorpecimiento de sus miembros se ha hecho constar jurídicamente muchas veces, para convencer la incredulidad de algunos europeos, hija sin duda de la ignorancia; pues que el mismo fenómeno se nota en Europa en los murciélagos, en las golondrinas, y en otros animales que tienen fría la sangre, aunque en ninguno dura tanto como en el huitzitzilin, el cual en algunos países se conserva privado de todo movimiento desde octubre hasta abril.

El colibrí era llamado por los indios huitzitzilin y de otras varias maneras, según el color del plumaje del pajarito: iztachuitzitzilin, colibrí blanco; tenachuitzilin, colibrí como tuna colorada: tezacozhuitzitzilin, colibrí de collar amarillo; xiuhuitzitzilin, colibrí verdoso: cochiohuitzitzilin, colibrí de diversos colores y quetzalhuitzilin, colibrí de hermoso color, que es azul. En los tiempos modernos se le da los nombres de pájaro-mosca, chupamirto, picafior, chuparro y otros. La tradición dice que llevando un huitzitzilin al pecho, en un saquito, servía de talismán para ser afortunado en el amor.

EL ORIGEN DE LAS MONEDAS MEXICANAS

Solamente por tradición sabemos cuáles fueron las primeras monedas que se acuñaron en México; pues antes de la acuñación los conquistadores usaban el sistema monetario de España en aquella época, y de una manera imaginaria, puede decirse, porque no trayendo monedas efectivas para las transacciones mercantiles o de otra índole, tuvieron que valerse del medio práctico de pesar en oro y plata la equivalencia de las monedas, y de esta manera de pesar se originó el nombre del peso mexicano. El peso, una vez reconocido como parte integrante de una moneda de mayor valor, tuvo también una subdivisión netamente mexicana, fijada la ley de oro para el peso mexicano de plata. Esta subdivisión era de ocho tomines; el tomín valía dos reales y el real valía seis granos; pero en 1537 el primer virrey don Antonio de Mendoza autorizó la acuñación de monedas de plata que fueron la unidad de un peso dividido en monedas de cuatro reales, tres reales, dos reales, un real y medio real. En los últimos años coloniales y durante todo el siglo XIX hubo también una pequeña moneda de plata llamada una cuartillita y que valía tres centavos. En 1542 el Virrey autorizó la acuñación de piezas de cobre que valían dos y cuatro maravedís, pero fueron retirados de la circulación porque no agradaron.

Las monedas españolas a que nos referimos eran el doblón que valía cuatro pesos tres reales, y uno y medio granos; el castellano que valía dos pesos siete reales seis granos; el ducado 2 pesos 2 reales; la dobla 2 pesos 11 granos, el escudo 2 pesos 4 granos. Como moneda fraccionaria ha quedado el nombre de la blanca que valía 3 granos y el maravedí que era la trigésima cuarta parte del real de vellón español, que equivalía a un vigésimo de duro. Todas estas monedas como hemos dicho, fueron imaginarias en la Nueva España, donde no circularon sino las monedas acuñadas cuya unidad era el peso.

Por lo que respecta a la forma de las monedas coloniales, aun pueden verse una que otra en algún museo, y por ellas podemos ver que había monedas macuquinas de forma y peso desiguales, acuñadas a martillo con una cruz, dos castillos y dos leones en el anverso, y en el reverso el nombre del rey español. De 1732 a 1771 hubo monedas llamadas columnarias, que tenían forma circular y en una cara las armas españolas entre las columnas de Hércules, con el lema de *Plus ultra*. De 1772 a 1821 se acuñaron monedas de busto que llevaban en una cara la efigie del rey.

Como dato curioso agregamos que desde 1547 hasta 1821, año en que se consumó la Independencia mexicana, se acuñaron en la Nueva España mone-

das por valor de \$ 2,151,581, 962 de las cuales fueron \$ 68,778,411 de oro, \$ 2,082,260,658 de plata y \$ 542,893 de cobre; suma fabulosa que solamente pudo producir México, el país más productor de oro y plata durante los tres siglos de la dominación española.

Durante la guerra de Independencia, Morelos acuñó monedas de cobre en el Sur, con valor nominal de un peso; y al triunfo de la República las monedas coloniales siguieron circulando hasta que el cuño nacional sustituyó al cuño español, pero conservando la subdivisión de un peso (100 cs.), en un tostón (50 cts.), una peseta (25 cts.), un real (12 cts.), medio real (6 cts.), y una cuartillita (3 cts.) en monedas de plata. La moneda de cobre de un centavo era del tamaño de la moneda de 5 centavos de hoy. En los Estados donde había casa de moneda se acuñaban monedas de plata y de cobre, y en algunas se acuñó durante varios años una moneda que valía centavo y medio y se llamaba tlaco.

Las antiguas onzas de oro valían 16 pesos, y cuando el oro subió valieron 32 pesos. En 1917 se acuñaron monedas de oro de 20 pesos llamadas Aztecas y monedas de oro de 10, de 5 y de 2.50 llamadas un Hidalgo, un medio Hidalgo y un cuarto de Hidalgo. En 1921 se acuñaron monedas de oro de 50 pesos llamadas Centenarios. Los pesos de plata acuñados hasta la revolución de 1914 eran del tamaño de las monedas de plata de 2 pesos que se acuñaron en 1921 llamadas también Centenarios, esto es, del doble tamaño de los actuales pesos. También hubo Centenarios de plata del valor de un peso, que eran de igual tamaño de las monedas de 2 pesos. En la época de Maximiliano se acuñaron onzas de oro y pesos fuertes de plata con su efigie de perfil y con el águila coronada. Todas las monedas mexicanas han llevado consignada su ley de oro.

En el período presidencial del General Manuel González la aparición de las monedas de níquel de 1, 2 y 5 centavos causó un motín y fueron suprimidas. A la implantación del sistema decimal desaparecieron las pesetas, los reales y los medios de plata y fueron sustituidos por monedas de plata de 20 y 10 centavos. Las monedas de cobre de 20 y 10 centavos circularon pocos años y acaban de ser retiradas, y las monedas de níquel de 5 centavos han desaparecido también, quedando las monedas de cobre de 5, 2 y 1 centavo para facilitar las pequeñas transacciones.

Todas las monedas mexicanas tienen troquelado el escudo de las armas nacionales: una águila sobre un nopal devorando una serpiente.

LAS AGUAS POTABLES DE PATZCUARO

Cuenta la tradición que después de fundada la ciudad de Pátzcuaro, que no era ciertamente la hermosa ciudad que hoy conocemos, sino una congregación de habitantes tarascos que con su cultura inicial ya habían trazado calles y plazas, encontrábase en el balcón de su casa, que era la primera morada española construída sobre cimientos de piedra y elevada siguiendo los lineamientos de la arquitectura colonial, el muy reverendo padre don Vasco de Quiroga, que como es bien sabido había sido agraciado con el nombramiento de obispo, siendo oidor y soldado conquistador de Michoacán. Hallábase el buen sacerdote, modelo de conquistadores, absorto en sus pensamientos, cuando al dirigir la vista hacia determinado punto que se hallaba enfrente de su casa, notó que las golondrinas y otras aves del cielo bajaban raudamente a un lugar determinado, permanecían allí un instante, y volvían a ascender por el espacio.

Encantado a la vista de este suceso, insignificante para otro que no tuviera la perspicacia del hombre a quien por algo había hecho obispo el Papa por medio de una bula, veía que los pájaros volvían durante todo el día y se sucedían unos a otros.

Picado por la curiosidad volvió a asomarse al día siguiente muy temprano, y vió la misma peregrinación de seres alados que se repetía constantemente. No pudo contener su curiosidad, y para cerciorarse de la causa que motivaba esta afluencia ornitológica, bajó de sus habitaciones, salió a la calle, atravesó la distancia que lo separaba del punto en cuestión, se asomó a una abra del terreno que lindaba con la montaña, y descubrió admirado y contento que allí brotaba un manantial de purísimas aguas potables; y dando gracias a Dios por aquel bien inestimable, volvió a comunicar personalmente la buena nueva a sus compañeros en armas y subalternos en jerarquía; pues aquel hallazgo dotaba a la población del agua necesaria, evitando a los habitantes el trabajo de acarrear el agua desde la laguna, ya que la ciudad de Pátzcuaro está colocada a una altura considerable sobre el nivel del lago y un poco menos que la ciudad de México sobre el nivel del mar.

PANSPERATA, EL AMOR ENTRE LOS TARASCOS

Una de las leyendas más simpáticas que han quedado de la época de la Conquista, en el reino de Michoacán, es la de la Reina Ileri, bella india purépe-

cha que era inaccesible al amor y que acabó siendo vencida por ese sentimiento innato del corazón humano, el amor, en tarasco *pánsperata*, al cual no hay nadie que pueda resistir.

Ileri era hermana del Príncipe Tacamba que había desaparecido en los bosques de Uruapan, preso en los brazos de la Princesa Inchátiro, y por tanto los indios de Tacámbaro reconocieron como su Reina a la Princesa Ileri. A la sazón había obtenido la encomienda de los pueblos de Tacámbaro y Turícato con sus pertenencias entre las que se hallaba el cacicazgo de Guapácuaro, el Capitán don Cristóbal de Oñate, quien cierto día que se dirigió a Chupio, residencia de la Princesa Ileri, cubierto de brillante armadura y seguido de una escolta de jinetes; Oñate quedó prendado de la hermosura de Ileri y de su mirada serena y fría, y como era un apuesto caballero sintióse herido con el desdén de la mirada de la joven; pero disimulando su despecho la invitó a que se hiciera cristiana y fuera al altar a la ciudad. Ileri negóse a acceder a lo que se le pedía, y el altivo Capitán le dijo que él era encomendero de aquella región y que a ella no le correspondía más que obedecer, dándole tres días de plazo para que se presentara en la encomienda de Tacámbaro y conminándola de que si vencido el plazo no era cumplida su orden, volvería a Chupio para conducirla él mismo.

Pámpzpeti, señor de Guapácuaro, que estaba enamorado de la Princesa, había presenciado la escena, oculto en el bosque y había visto llorar a Ileri después que le fueron traducidas las palabras del español; pero no se presentó ante ella, pues aunque le había declarado su amor no había podido obtener ni una esperanza.

Pasaron los tres días sin que Ileri obedeciera, aunque no cesaba de llorar, y don Cristóbal de Oñate y los suyos decidieron ir por la Princesa. El español llegó a la residencia rústica de Ileri y le ordenó que le siguiera; pero como no respondió y solamente lloraba, Oñate furioso acercó su caballo y alargó los brazos para apoderarse de ella y llevarla en ancas. En este momento se oyó un alarido terrible y cien guerreros purépechas aparecieron por todas partes cercando a los españoles, quienes se defendieron empuñando sus espadas y la lucha cuerpo a cuerpo fué feroz; pero herido Oñate por una flecha, los suyos lo recogieron y huyeron abandonando la empresa vencidos.

Pámpzpeti no dijo nada a la Princesa; sólo la miró profundamente y se alejó con sus guerreros silencioso y triste, porque en los ojos de ella no vio más que gratitud y no amor. Mientras se curaba el Capitán Oñate no tenía otro pensamiento que la joven se hiciera cristiana por convicción o a fuerza, para contarla en el número de sus esclavas, pues los españoles no tocaban una idólatra, lo que tenían por un pecado mortal. Fray Juan Bautista, el misionero

amado de los indios, fué informado de los sucesos; y afligido de que Ileri no quisiera recibir el bautismo fué un día a la alberca de Chupio, donde Ileri vagaba absorta en sus pensamientos. Al ver de pronto al fraile intensamente pálido, de semblante demacrado y ojos hundidos en los que había una luz misteriosa, quedóse atónita, y sonriendo por primera vez, como vencida por la fuerza magnética de aquella mirada dulce y triste, exclamó sin vacilar:

—“Vamos, Padre, te seguiré a donde me lleves”.

Al día siguiente repicaban las campanas de Tacámbaro porque la Princesa Ileri, Reina de aquella región, iba a recibir el bautismo y el velo de las guanánchechas, que eran las vírgenes consagradas al culto de la Virgen María. El Capitán Oñate se reía del candor de Fray Juan Bautista y solamente esperaba que Ileri fuera bautizada para llevársela. Todo estaba dispuesto para la ceremonia, cuando un grupo de guerreros purépechas apareció en el templo, y al ver Ileri al guerrero Pámpzpeti que iba al frente de ellos, cayó desmayada. Pámpzpeti la levantó y la cargó en sus brazos, saliendo del recinto protegido por sus indios, y se perdió en el bosque sin que volviera a saberse nada de los dos.

Algunos años después, el misionero Fray Juan Bautista vuelto a Michoacán, porque en el convento de la ciudad de México a donde fué llamado por el provincial se entristecía y enfermaba lejos de sus indios, recibió en su residencia de Huetamo una tarde a un indio que pedía confesión para un enfermo que se hallaba a punto de morir en Zirándaro. El misionero se dispuso a ir, a pesar de que los vecinos le decían que no debía hacerlo porque iba de noche y el río estaba crecido; pero el fraile, decidido a ir, emprendió el viaje y al llegar al río encontró un puente por el que pasó con su guía y al llegar a la otra orilla el puente se deshizo. A media noche el misionero entró en una choza, y dentro de ella encontró sobre un canchali de caoba a un hombre moribundo, pero de mirada torva, y en la cabecera del lecho una mujer joven todavía que no apartaba sus ojos del enfermo y sollozaba de dolor. El misionero clavó su mirada profunda en los dos y dió un grito de alegría, porque había reconocido a Pámpzpeti y a Ileri. Sin vacilar, fué y trajo una jícara de agua, y uniendo las cabezas de los dos los bautizó y en seguida enlazó sus manos y los unió con los lazos del matrimonio en artículo de muerte, y dió al moribundo la absolución.

Ileri, con la mirada en el cielo, vió que la ziranda gigantesca que había a la entrada de la choza se desgajaba y dejaba entrar el esplendor de la luna; oyó que una música divina llegaba a sus oídos y vió que “en medio de las cuatro estrellas de la constelación del Sur, aparecía la imagen de Pámpzperata, iluminando al mundo con su antorcha inextinguible y abriendo para ella y para Pámpzpeti las puertas del Empíreo”.

El fraile salió de la cabaña y avanzó por la orilla del río donde encontró

una balsa negra que se movía sobre las olas; subió en ella llevando un crucifijo en la mano, y bogó río abajo orando fervorosamente: y cuando llegó a la otra orilla, la balsa se deshizo y los caimanes que la habían formado desaparecieron en el río.

LAS MUJERES QUE VINIERON CON LOS CONQUISTADORES

Siempre que se habla de la fusión de las dos razas, española y mexicana, se citan los amores de Hernán Cortés y la india Malintzi, llamada La Malinche y después del bautismo Doña Marina. Pero además del ejemplo del Conquistador sabemos que muchos de sus compañeros entablaron relaciones amorosas con las indias, casándose algunos de ellos cuando la india escogida era de origen noble, y conservándolas otros como amantes. Pero la tradición ha guardado los nombres de las pocas mujeres que vinieron con los conquistadores y que fundaron el rango de los criollos, o sea de los españoles nacidos en América, mientras de las uniones de españoles y de indias surgía la casta de los mestizos que después se propagó y fué la mayoría de la nacionalidad mexicana. Los nombres de las mujeres españolas que vinieron con la expedición de Hernán Cortés son: Beatriz Hernández, María de Vera, Elvira Hernández y su hija Beatriz, Isabel Rodrigo, Catarina Márquez, Beatriz y Francisca Ordaz. Con Pánfilo de Narváez vinieron María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco, Beatriz Palacios y Juana Martín. El alias de La Parda que tenía Beatriz Palacios, indica que probablemente era hija del cruzamiento de un español con una negra.

Después de la Conquista muchos capitanes y soldados españoles continuaron uniéndose con las indias, legal o ilícitamente, por lo que los misioneros impusieron penas muy severas para esta última unión. Consumada la conquista fueron llegando familias de la Península, y ya no faltaron mujeres para efectuar las uniones, aunque sí empezaron a suscitarse disturbios por las mujeres cuyos maridos continuaban teniendo relaciones con las indias. El primer escándalo que hizo relajar la disciplina colonial fué la muerte trágica de doña Catalina Juárez, la Marcaida, estrangulada por su esposo Hernán Cortés en Coyoacán, acontecimiento que nadie ignoró, aunque fuera propagado en voz baja, por el respeto y el temor que infundía la personalidad del Conquistador, al que nadie podía imputar nada sin hacerse acreedor a un castigo. Establecido el virreinato arribaron más familias y más mujeres, pues en una invasión constante de colonos no podía esperarse solamente el arribo de damas distinguidas, sino de mujeres cuya conducta semejábase a la de los conquis-

tadores con quienes venían, y por tanto las aventuras galantes y los escándalos originados por ellas o a causa de ellas se sucedían constantemente. Las intrigas amorosas y los lances provocados por el amor de una mujer, los dramas de pasión y de liviandad, tuvieron lugar tanto dentro como fuera de la corte virreinal. Las fiestas dadas por los virreyes y correspondidas por los nobles que los rodeaban, han quedado consignadas como una cadena de aventuras galantes, pues los gentileshombres y los aventureros venían en busca de placer y de oro, de poder y de honores, y la vida fácil y alegre que llevaban en la Colonia rebasó los límites de la galantería y alcanzó un grado extraordinario de disipación.

COMO SE PROPAGARON LOS CABALLOS EN MEXICO

En el antiguo país de Anáhuac no había ni caballos ni asnos ni mulos, que son el producto híbrido del asno semental y de la yegua, ni ganado vacuno ni ganado lanar, y por tanto es curioso consignar la tradición de cómo fueron propagados los caballos que hoy pueblan toda la extensión de nuestro país. Los primeros caballos que hubo en México fueron traídos por Hernán Cortés y los conquistadores en 1519; esos caballos eran dieciséis y Bernal Díaz del Castillo hace de ellos este resumen pintoresco:

“Capitán Cortés, un caballo castaño zaíno, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.—Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila una yegua alazana muy buena, de juego y de carrera, y desde que llegamos a la Nueva España, el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza.—Alonso Hernández Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lajas de oro (de que ha hablado Bernal Díaz).—Juan Velázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.—Cristóbal de Olid, un caballo castaño oscuro, harto bueno.—Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazán tostado: no fué bueno para cosa de guerra.—Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.—Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo: no fué bueno.—Diego de Ordaz, una yegua rucia machorra, pasadera, aunque corría poco.—Gonzalo Domínguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño oscuro muy bueno y gran corredor.—Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño que corría muy bien.—Morón, vecino de Bayamo, un caballo overo labrado de las manos, y era bien revuelto.—Baena, vecino de la Trinidad, un caballo overo, algo sobre morcillo; no salió bueno para cosa ninguna.—Lares, el muy buen jinete,

un caballo muy bueno de color castaño algo claro y buen corredor.—Ortiz el músico y un Bartolomé García, que solía tener minas, un muy buen caballo oscuro que decían el Arriero; éste fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.—Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trajo navío suyo y la yegua y un negro, y cazabe, y tocino, porque en aquella sazón no se podían hallar caballos ni negros, si no era a peso de oro, y a esta causa no pasaron más caballos”.

Los caballos de los conquistadores fueron utilísimos para infundir pavor en los indios, y los conquistadores cuidaban de ellos mucho al percatarse de tan preciosa alianza. Cuando fueron desembarcados de los buques, los caballos estaban muy torpes por la inacción, pero al ver el efecto que la presencia del primer caballo desembarcado causó en los indígenas, Cortés declaró que él personalmente mandaría a los jinetes, que fueron Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Alonso Hernández Puertocarrero, Juan de Escalante, Francisco de Montejo, Juan Velázquez de León, Francisco de Morla, Gonzalo Domínguez, Pedro González de Trujillo, Morón el del Bayamo y Lares llamado el Buen Jinete. Como Alonso de Avila no tenía caballo, pues era dueño con Francisco de Montejo de un caballo alazán, Cortés hizo que se le diera para la primera expedición un caballo llamado el Arriero, perteneciente a Ortiz el músico y a Bartolomé García, que no sabían montar. Entre los trece hombres montados que formaban la caballería, los jinetes que poseían buenos caballos eran Cortés en su zaíno, Pedro de Alvarado en la yegua alazana, que era de carrera; Alonso Hernández Puertocarrero en la rucia que después le compró Cortés, Juan Velázquez de León en la Rabona, Francisco de Morla en su castaño corredor, Gonzalo Domínguez, Pedro González de Trujillo y Lares en sus castaños; y Morón en su overo labrado. Para asustar a los indios pusieron cascabeles en los cinchos de los caballos, y se ordenó a los jinetes que no se detuvieran para lancear, sino que pasaran corriendo con la lanza apuntada a los rostros de los indios.

Hay una anécdota curiosa, y es que estando reunidos los principales conquistadores en espera de los enviados calachinis que viniesen a tratar de la sumisión, Cortés, que era de genio alegre, dijo a los suyos:

—“¿Sabéis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra y asimismo las lombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean y es que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro día en el navío, y atarla han aquí a donde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz el músico, que es muy rijoso, y después que haya tomado olor de la yegua la llevarán y llevarán el caballo, hasta que

vengan delante de mí los caciques y estemos hablando, para que no los oigan relinchar ni los vean. Y ceben un tiro, el mayor, con una buena pelota y bien cargado de pólvora, y ponerlo han enfrente del aposento”.

Cuando llegaron los enviados haciendo cortesías y sahumando a los conquistadores, Cortés con aire adusto les dijo que mucho les había reiterado la paz, y que por no haberla aceptado merecían la muerte ellos y su pueblo; pero que siendo él vasallo de un gran rey, el Emperador Carlos V, que los envió a favorecer y ayudar a los naturales de aquellas tierras para su real servicio, no podrían hacer más que atenderlos solícitos mientras se condujesen con lealtad y sumisión. Luego les dijo que sus cañones estaban airados y al decir esto un artillero puso fuego a la lombarda, la cual dió “tan buen trueno como era menester, e iba la pelota zumbando por los montes, que como era mediodía y hacía gran calma, llevaba gran ruido”. Los calachinis se espantaron y Cortés los tranquilizó diciéndoles que ya había ordenado que la lombarda se aquietara y no les hiciese daño. Después trajo el caballo, que relinchaba y miraba con ojos encendidos a la yegua, con lo que el espanto de los indios renació; pero Cortés fuése hacia donde estaba el caballo, lo acarició, mandó que se lo llevarsen, volvióse hacia los indios y les dijo que ya le había quitado el enojo explicándole la buena intención de paz que los españoles traían.

COMO MURIO EL CAPITAN PEDRO DE ALVARADO

El conquistador Pedro de Alvarado aparece una vez en nuestra historia en un punto culminante de su vida pública, cuando dió el famoso salto en una de las acequias de Tenochtitlán, huyendo de los aztecas en la célebre Noche Triste. Pero la tradición ha conservado los rasgos sobresalientes de su vida, interesante desde todos aspectos, y se sabe por ella que el famoso lugarteniente de Hernán Cortés vino en 1518 con la expedición de Juan de Grijalva, quien lo escogió para que llevara al Gobernador de Cuba Diego Velázquez la relación de sus descubrimientos, pues costeó la península de Yucatán descubierta por Francisco Hernández de Córdoba y dió su nombre al río Grijalva en Tabasco, y el de Alvarado a la rada en que desemboca el río Papaloapan; y después de recorrer un extenso litoral llegó hasta Ulúa el día de San Juan. Estas noticias determinaron la expedición de Hernán Cortés a la conquista de México.

En el viaje triunfal de Hernán Cortés a la República de Tlaxcala, aparece Pedro de Alvarado como el principal de los capitanes de Hernán Cortés, y recibe como dádiva a la hija del viejo senador Xicoténcatl, bautizada con el nombre de Doña Luisa, pues según la costumbre del país los nobles tlaxcalte-

cas dieron sus hijas a sus huéspedes los jefes del pequeño ejército español. Los tlaxcaltecas dieron a Alvarado el nombre de Tonatiuh, el Sol, y así fué conocido después. Con este nombre fué famoso por sus crueldades y por su sed de oro, la que lo impulsó, después de coadyuvar a la prisión del Emperador Moctezuma, a ordenar la horrible matanza de mexicanos en el atrio del Templo Mayor. Esto determinó la sublevación del pueblo de Tenochtitlán que estuvo a punto de hacer hundir la conquista en las lagunas de Anáhuac, donde Tonatiuh se distinguió en el asalto del gran teocalli de Tlaltelolco; pero puestos en fuga los españoles tuvieron que huir por la calzada de Tacuba guardándoles la espalda Pedro de Alvarado, que se batió desesperadamente hasta dar el famoso salto en el lugar en que está hoy la calle llamada Puente de Alvarado, para ir a descansar con Hernán Cortés al pie del ahuehuete de Popotla en la célebre Noche Triste.

Terminada la conquista, Pedro de Alvarado siguió su vida pública en servicio del Rey de España hasta llegar a ser Capitán General y Gobernador de Guatemala, después de numerosas peripecias en su vida de conquistador, en que tuvo que internarse a muy lejanas tierras. Encontrábase en ese puesto cuando el Virrey de México don Antonio de Mendoza lo mandó llamar para conferenciar acerca de la pacificación de la Nueva Galicia, empresa de la que quiso encargarse personalmente, desdeñando la ayuda de Cristóbal de Oñate, que se empeñaba en acompañarlo después de haber sido derrotado en Mixtón, por lo cual sabía lo aguerrido que eran aquellos indios, quienes esperaron resueltos a los españoles en Nochixtlán y en las barrancas de Mochichiltic. Cristóbal de Oñate, cuando vió partir a Pedro de Alvarado que había sido traído de Guatemala para ayudarlo a él en la empresa, dijo simplemente: "Dispongámonos al socorro que discurro necesario para los que nos lo han venido a dar".

Alvarado, al ver a los indios en sus posiciones, mandó dar el asalto sin reflexionar que eran inexpugnables; pero los indios empezaron a trepar por los desfiladeros casi verticales para hacer que los españoles subieran tras de ellos, y desde arriba comenzaron a rodar grandes peñascos que arrancaban y destruían inmensos árboles y cuantos obstáculos hallaban, barriendo a los españoles que se veían impotentes para conjurar aquel peligro. Entonces los indios se convirtieron en perseguidores y cayeron sobre el resto de los conquistadores para consumir la derrota. Alvarado, pie a tierra, trataba en vano de contener al enemigo, pues los suyos huían con el pánico de la derrota; y en aquella situación un soldado llamado Baltasar Montoya trepaba a caballo con gran dificultad por el muro del desfiladero, cuando el caballo tropezó y resbaló yéndose al abismo y cayendo sobre Pedro de Alvarado con todo su peso, dejándolo sin sentido y arrastrándolo en su caída. Pedro de Alvarado fué llevado mori-

bundo a Guadalajara, pero su fuerte naturaleza tardó diez días en ser vencida, hasta que el 4 de julio en 1541 expiró el famoso Tonatiuh.

Dos meses después de la trágica muerte de Pedro de Alvarado, su viuda doña Beatriz de la Cueva se hallaba acompañada de doce señoras principales de la ciudad de Santiago de Guatemala, cuando se sintió a las dos de la mañana un terrible terremoto que hizo desgajarse las montañas, y las damas perecieron al desplomarse un oratorio donde habían buscado refugio.

EL MATLATZAHUATL QUE MATO DOS MILLONES DE INDIOS

El acontecimiento más terrible que registra la época colonial es indudablemente el de la asoladora peste que se desarrolló en la Nueva España en la primavera de 1576, y que no terminó sino hasta fines de 1577. La tradición dice que el año anterior de 1575 se deslizaba sereno para los habitantes de México, cuando repentinamente una noche apareció en el cielo un gran cometa, lo cual para los antiguos mexicanos era un presagio de calamidades; y el sobresalto fué general cuando una mañana brillaron intempestivamente en el cielo tres soles idénticos, que seguían la misma órbita de nuestro sol, hasta la una de la tarde en que repentinamente desaparecieron dos soles y sólo quedó uno. Ese día memorable, el terror se desbordó de todos los pechos, pues tales fenómenos eran interpretados como anuncios de un cataclismo universal.

Sin una causa que explicara el fenómeno, al entrar la primavera de 1576 los naturales de Nueva España empezaron a ser atacados por un mal desconocido que consistía en una fiebre intensa, devoradora, que atacaba de tal suerte a los indios, que no toleraban ni el roce del vestido más ligero; y con un terrible dolor de cabeza, como si huyeran del fuego atroz que los devoraba, enloquecidos, salían aterrorizados de sus habitaciones y desnudos vagaban por los patios de las vecindades y por las calles, a los rayos del sol o al frío de la noche, sin poder ser auxiliados; y en una inquietud constante espiraban a los nueve días de padecimientos. El síntoma de muerte era una hemorragia incontenible por la nariz.

Nadie sabía analizar ese mal que pronto se transformó en una peste que atacaba familias enteras, vecindades enteras, ciudades enteras, con la particularidad de que solamente atacaba a los indios, pues los españoles eran inmunes al contagio. Los barrios que estaban fuera de la traza o centro de la ciudad, destinado exclusivamente a los españoles, ofrecían un aspecto que causaba ho-

rror, pues en las puertas de las casas, en las calles, en los patios, en las canoas, en los canales, en los campos y en los caminos había montones de cadáveres insepultos que propagaban la peste. Las casas y las vecindades pronto quedaban vacías, ya que familias enteras morían agrupadas, los hijos abrazados a los cadáveres de sus padres, las madres rodeadas de tres o cuatro cadáveres de niños, sus hijos, que buscaban hambrientos un apoyo y allí eran atacados por el terrible mal. Los moribundos hacían esfuerzos inauditos para ahuyentar a los perros, a los lobos y a los zopilotes que se arrojaban voraces sobre los cadáveres de seres queridos o sobre los moribundos mismos. El Virrey y el Arzobispo trataron primero de instalar hospitales, pero muy pronto la peste cundió tanto, que fueron inútiles los asilos por la cantidad de enfermos y porque no había quien los asistiera. Eran tantos los contagiados y los muertos, que apenas se podía conseguir gente para cavar constantemente sepulturas e impedir que los cadáveres se corrompieran al aire libre, y se dejaba a los contagiados correr su suerte porque no había ningún remedio que contuviera el mal.

El Arzobispo hizo un llamamiento a los superiores de las comunidades y de los conventos para encomendarles a los enfermos, y entonces se vió a los frailes dominicanos, jesuítas, agustinos, carmelitas y franciscanos derramarse por todos los barrios para llevar a los enfermos medicinas, alimentos, ropas y consuelos. Los frailes se multiplicaban curando con sus propias manos a los enfermos, oyendo sus confesiones y absolviéndolos; otros formaban montones de cadáveres recogidos en las calles y en las plazas, sacados de las casas y de los cuartos de las vecindades para darles sepultura; o prodigaban consuelos y esperanzas a los moribundos administrándoles el viático y la extremaunción, para que murieran millares de víctimas todos los días, al menos confortados con el perdón de sus pecados y la esperanza en otra vida.

Esta caridad ejemplar de los clérigos y frailes de la capital fué imitada prestamente por el clero de otras ciudades y por las familias de los españoles, y las damas principales andaban curando enfermos y socorriéndolos con ropas y alimentos en las chozas más humildes; y los curas de los pueblos recorrían largas distancias para socorrer de pueblo en pueblo a los apestados, ya con alimentos, ya con absoluciones. Más de un año duró la peste que alcanzó el tiempo de aguas de 1577, tan abundantes que inundaban campos y valles, pueblos y ciudades; y la suerte de los desgraciados supervivientes vino a ser lamentable en grado sumo por el hambre que se cernía sobre todo el país. Muchos de los frailes, entre ellos el rector de los jesuítas, sucumbieron a causa de las terribles fatigas, pues de día y de noche no descansaban, remando ellos mismos en las canoas para ir por los canales a socorrer enfermos o para llevar a las afueras de la ciudad montones de cadáveres y darles cristiana sepultura.

Repentinamente el matlatzáhuatl cesó al fin del año, dejando desiertas grandes ciudades y pequeños pueblos, cuya lóbreguez daba espanto; y hecho el recuento de los censos de la población, se vió que el número de muertos había excedido de dos millones de gentes.

EL ORIGEN DE LA VOZ GUANAJUATO

Extrañará sin duda a muchos de los habitantes de la región en que se halla la ciudad de Guanajuato, la estructura de este nombre que se diferencia de los nombres geográficos que rodean el rico núcleo de minerales, que fué en otro tiempo el abastecedor de España, cuando España era la primera nación de Europa, y del que durante 300 años salieron barras argentíferas y pesos acuñados en cantidad bastante para henchir el cuerno de la abundancia y regarlo sobre el orbe.

La tradición cuenta que los primeros indios que subieron sobre las crestas de las montañas guanajuatenses, vieron dos peñascos que sobresalían en una arista de la montaña y afectaban vagamente la forma de dos batracios, por lo cual, tomando aquel hallazgo como un símbolo, diéronse a esculpir los molitos cuidadosamente para perfeccionar la forma de dos ranas que poco a poco fueron adquiriendo la real apariencia de las dos enormes deidades que para los toltecas eran el símbolo de la resurrección de la vida, puesto que cada año al terminar la estación pluvial, las ranas aparentemente mueren y se desecan; y al volver la estación pluvial, poco a poco vuelven del sopor en que yacen, toman la frescura de la carne viva, sacuden su sueño, se desperezan, se mueven, y un bello día vuelven a cantar proclamando su resurrección. ¿Cuántos años duró la ciclópea tarea de dar vida a los enormes batracios esculpidos en pórfido indestructible, que pueden verse a lo lejos desde el pie de la montaña? Nadie lo sabe; pero hay que presumir que si los toltecas adoraban a la rana, fueron los toltecas quienes iniciaron por lo menos la ciclópea escultura, y dejaron a las razas que poblaron después la región, un monumento simbólico de la supervivencia de la vida después de la muerte.

En conmemoración a aquel prodigioso esfuerzo de una raza que sin conocer el cincel de hierro esculpió las dos deidades toltecas, el lugar que se fundó en el núcleo de minerales argentíferos fué llamado y se llamará hasta que desaparezca del haz de la tierra, Cuanaxuato, lugar de ranas, cuyo nombre se escribe actualmente: Guanajuato.

ORIGEN DE ALGUNAS PLANTAS UTILES

El trigo de nuestro país procede de tres semillas que un soldado de Hernán Cortés se encontró de casualidad en el fondo de un saco. Este soldado sembró las tres semillas en el pueblo de Tepeaca, y una vez que germinó y fructificó uno solo de los tres granos, Hernán Cortés dispuso que se sembrara trigo en el valle de Etna, habiendo logrado en pocos años cosecharlo en abundancia.

El café no se sembró en México sino hasta el año 1812, es decir, a principios del siglo pasado. En el año citado trajo las primeras plantas a la ciudad de Córdoba, de la provincia de Veracruz, don Juan Antonio Gómez de Guevara, de origen cántabro y quien con una paciencia y una perseverancia laudables, consiguió al fin que la planta del cafeto fructificara. Otro agricultor de la región, don Bernardo Herrera, siguió el ejemplo del señor Gómez y fué tan grande el éxito que coronó sus esfuerzos, que ya para el año 1826 había sembradas, en la región cordobesa y en otros puntos de México, quinientas mil plantas de cafeto.

Al propio don Juan Antonio Gómez de Guevara se le debe la introducción en México del mango de Manila.

La albahaca, planta muy olorosa y muy usada en el ornato casero, fué traída a México por el padre Fray Jordán de Piamonte en el siglo XVII, quien la sembró en Oaxaca, siendo llevada de allí la semilla a Chiapas.

El alcornoque fué traído a México en el año 1866 por don Manuel Rul.

El arroz, planta originaria de la India, fué traído de España por los conquistadores en el siglo XVI.

El azafrán fué introducido en la Nueva España por los alemanes Enrique y Alberto Goun en el año 1535.

A Hernán Cortés se debe la introducción y el cultivo de la caña de azúcar en la costa de Veracruz y en la tierra caliente del sur. Cristóbal Colón trajo la caña de azúcar de las Islas Canarias a Santo Domingo, y de allí fué llevada en 1511 a Cuba, de donde la trajo Hernán Cortés en 1519 para sembrarla en Tuxtla, Veracruz, sitio en que don Hernando instaló el primer trapiche que hubo en la Nueva España.

El mismo Cortés, según lo refiere Alamán, intentó cultivar en Coyoacán la caña de azúcar, pero no habiendo tenido resultado llevó el cultivo a sus propiedades de Cuernavaca y Cuautla, formando el ingenio de Tlaltenango.

En el siglo XVI fué traída a la Nueva España la coliflor, que procedía de Chipre. Esta planta, así como las hortalizas que procedían de España, como rábanos, lechugas, berzas, repollos, nabos, perejil, cilantro, yerbabuena, cebollas, borraja y espinacas, según un documento del archivo de Indias, ya para principios del siglo XVII se cultivaban en los principales poblados de la Nueva España.

El perejil fué introducido el año 1535 por los ya citados alemanes, Enrique y Alberto Goun, que lo dieron a conocer en los pasteles que fabricaban.

El árbol del Perú o del Pirú o Pirul que de estos tres modos se le llama en México, fué enviado por el Virrey don Antonio de Mendoza desde el Perú, de donde es originario. Allí se le llama "Molle" y los indios lo usan para hacer más fuerte la "Chicha".

El jengibre fué traído a Nueva España desde la India por Guido de Labasares, quien lo sembró en Cuernavaca, en la huerta de Bernardino del Castillo, siendo Virrey de México don Antonio de Mendoza.

Agregaremos, por último, que según refiere Bernal Díaz del Castillo, el primer ingenio que hubo en Nueva España fué mandado fundar por el propio Virrey Mendoza en un lugar situado a una legua de Orizaba, y que en 1549 el Adelantado de Yucatán, don Francisco de Montejo, ya había instalado un ingenio en Champotón.

LA SANJUANITA

Quien haya vivido en el interior de la República, recordará como en un sueño las romerías de peregrinos que se veían pasar por los caminos reales cuando todavía no se conocían las vías ferroviarias que hoy atraviesan el país. Iban los peregrinos en coches destartalados o en guayines de doble tiro para que pudieran pasar por los lugares pedregosos y bajar por los estrechos pasos al pie de las montañas. Por todas partes veíanse caravanas que viajaban a caballo, en burro, en mula o a pie, conduciendo estos últimos recuas de ganado lanar, vacuno o caprino; otros conducían piaras de cerdos haciendo las jornadas de noche y descansando de día a la sombra de los mezquites o en el lecho de algún arroyo pedregoso donde hubiera una poca de frescura. En grandes carros pasaba toda clase de mercancías, sarapes, piezas de manta, costales de harina, sillitas de montar, toda suerte de artefactos y víveres para ir a vendimiar en la famosa feria de San Juan de los Lagos.

Es tradicional la importancia de la feria de San Juan, donde se celebraban transacciones en grande escala durante los días de fiesta dedicados a la feria.

Partidas de juego, peleas de gallos, ruletas y carcamanes, toda clase de juegos de azar se daban cita en la pequeña ciudad blanca, pues el piso es de tiza y todos los alrededores de lomeríos blancos se veían poblados de infinidad de gentes, para las que no había lugar en los mesones y en las casas que estaban rebosantes de forasteros. Tiendas de campaña, techos formados con petates o con frazadas para proteger de la intemperie a los peregrinos, formaban aduares pintorescos en torno del santuario blasonado con el título de Basílica Lateranense, que encumbra sus dos torres al cielo y derrama sobre la pequeña ciudad la algarazara de sus campanas fundidas en bronce que tiene ley de oro. La basílica es magnífica, de una arquitectura sobria pero de buen gusto; tiene una capacidad bastante a contener millares de peregrinos para que todos gocen del objeto final, que es ver a la Sanjuanita milagrosa. No hay familia en un inmenso radio de la República que no deba a la Virgen de San Juan de los Lagos alguna merced que la creencia popular traduce por milagro; y así, cuando alguien se enferma de gravedad y la premura del alivio fustiga la piedad del paciente o del jefe de la familia o de alguna otra persona de las que rodean al enfermo, invoca a la Virgen de San Juan y le ofrece ir a verla en su santuario para darle las gracias y llevarle aunque sea un pequeño obsequio de gratitud. Esta "manda" hay que cumplirla religiosamente, según el credo religioso popular, y de aquí la infinidad de gentes que van a la feria de San Juan, año por año; y no solamente el pueblo, sino familias de comodidad toman sus coches y se van a San Juan protegidas por mozos armados a caballo, en previsión de un encuentro con bandidos de camino real, pues antaño esa región era frecuentada por foragidos.

Cumplido el voto las gentes volvían contentas, tan contentas como hoy, pues según informó la prensa en 1934, la feria de San Juan ha renacido con el esplendor de lejanos años. Pero la tradición que hizo nacer una divina confianza en la Virgen de San Juan, cuenta que hace unos 220 años San Juan de los Lagos era un lugarejo desparramado en una árida llanura caliza de la que surgían miserables chozas de adobes con techos de paja. En una de esas chozas era venerada una pequeña imagen de la Virgen María que estaba al cuidado de una pobre mujer llamada Ana Lucía la cual amaba a la virgencita con un amor entrañable, y como no podía vestirla ricamente, la adornaba con pobres vestidos que la regalaban las gentes rústicas. Cierta vez pasó por el lugarejo un juglar que se ganaba la vida arrojando un filoso puñal que iba a clavarse en el tronco de un árbol junto a la cabeza de su propia hija; y en uno de estos lances erró el golpe y el puñal fué a clavarse en el cuello de la jovencita que cayó en tierra exánime. Ana Lucía corrió y trajo a la Virgen a quien rogó fervorosamente volviera a la vida a la infeliz criatura; puso a la imagen en con-

tacto con el pecho de la yacente y entonces vieron todos asombrados que la jovencita volvía a la vida milagrosamente. El juglar en agradecimiento llevóse a Guadalajara la imagen, que estaba deteriorada en un estado lamentable, para restaurarla, y una noche se presentaron dos hermosos jóvenes y pidieron se les permitiera retocar la imagen, y se retiraron sin pedir nada por su trabajo. La imagen bizantina quedó maravillosamente bella y en la edad juvenil de quince años, en la que, según consta en el Fuero Juzgo, se le apareció el arcángel Gabriel en la escena de la Anunciación. A partir de aquel prodigio cuya fama se derramó por dondequiera, el Obispo don Leonel Gómez de Cervantes ordenó la construcción de un templo que tardó siete años en ser fabricado, para colocar la peregrina imagen retocada, y seis años después fué reconstruído por el Obispo don Juan Ruiz Colmenero. Ese templo es el que sirve hoy de parroquia en la ciudad.

Como la fama de los milagros que prodigaba la Virgen de San Juan de los Lagos seguía creciendo año por año, se proyectó levantar un suntuoso templo que pudiera contener la muchedumbre de visitantes que acudían de todas partes a pedir mercedes a la Virgen; y el 30 de noviembre de 1732 el Obispo don Nicolás Gómez de Cervantes puso la primera piedra del magnífico santuario que está intacto hasta hoy. Las maravillas que obraba en la humanidad doliente la intercesión de la Sanjuanita eran innumerables y de todas partes venían romerías a visitarla en su basílica, peregrinaciones que se suceden desde hace 200 años. El Gobierno Virreinal instruyó un expediente fundado para autorizar una feria que quedaría instituída, dejando libre de gravamen todo lo que entrase a la plaza de San Juan de los Lagos; y por cédula de 20 de noviembre de 1797 fechada en El Escorial, concedió el Rey Carlos IV a San Juan de los Lagos el privilegio de una feria por quince días consecutivos. Desde entonces la población creció notablemente; y donde ya desde antes se ostentaba una verdadera ciudad en torno de la basílica, comenzaron a circular inmensos caudales, y las construcciones de preciosas canteras surgieron en todas las calles, y multitud de hoteles y mesones no bastaban a albergar los millares de peregrinos y a los centenares de comerciantes forasteros, que tenían que acampar en las calles, en las plazas, en las afueras y en las lomas que rodean la ciudad.

Otra tradición cuenta que una niña que jugaba en una de las lomas que cercan a San Juan de los Lagos, hace muchísimos años, vió una mula echada con una caja de madera que cargaba; abrió la caja y apareció la pequeña imagen de la Sanjuanita tal como está hoy con su manto bizantino, su diadema de oro, sus manos en joyadas y sus pequeñas plantas puestas sobre el sol y la luna, sin que se supiera jamás de dónde vino ni quién la trajo. Avisadas las autoridades eclesiásticas vinieron por ella, la colocaron en el lugar de honor de la

pequeña iglesia, y desde el primer milagro que hizo aliviando a un enfermo incurable que se encomendó a ella, comenzó su popularidad que todavía hoy está viva en el alma del pueblo, y la pequeña iglesia se transformó en la suntuosa basílica que es una de las joyas del arte colonial en la arquitectura mexicana.

En mayo de 1892 quien escribe estas líneas tuvo ocasión de ir a San Juan de los Lagos invitado por un prominente vecino de la ciudad, y gracias a las consideraciones que a don Elpidio Muñoz se guardaban, pudo ver las riquezas acumuladas en la Basílica Lateranensis, privilegio que se lee en el frontispicio, y que fué concedido a la iglesia que guarda la imagen de la famosa Sanjuanita, nombre popular con que es llamada la Virgen de San Juan de los Lagos. La pequeña escultura bizantina tallada en madera está cubierta de una finísima capa pluvial de tisú de plata bordada de oro, e incrustada de piedras preciosas y rodeada de una aureola de rayos de oro, de pie sobre una media luna de plata que se levanta sobre una peana en forma de copa y que es un bloque de plata, y enjorada con preciados brillantes. En la sacristía se guardaban cuidadosamente los vasos sagrados que son de oro incrustados de piedras preciosas, así como la custodia de oro rodeada de brillantes en incrustaciones artísticamente hechas. Como el ritual romano prescribe un color distinto para los días de fiesta y para los días feriados y las domínicas, había un ornamento para cada uno de ellos, y así al color rojo correspondía una casulla de tisú de oro constelada de rubíes que formaban primorosos ramos de rosas; al color verde una casulla bordada de esmeraldas; al color morado una casulla bordada de amatistas, al color azul una casulla bordada de zafiros, al color negro una casulla bordada de diamantes negros, y al color blanco una casulla constelada de brillantes. La capa pluvial morada era una de las más ricas, por tener una gran cauda que lucía el abad mitrado cuando llevaba la custodia bajo el palio en las procesiones dentro de la basílica, rodeado de eclesiásticos revestidos de hábitos lujosamente ornamentados, en las fiestas solemnes que se celebraban en el santuario de San Juan de los Lagos. El sacerdote que mostraba el tesoro del templo a los visitantes, decía que en otro tiempo las riquezas de la basílica eran cuantiosas, pues los candelabros del altar mayor, la cruz alta y ciriales, turíbulos, acetres y demás implementos del culto, eran de plata maciza y hermosamente repujados.

LAS CACERIAS ENTRE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

Los mexicanos sabemos que en el camino de México a Querétaro hay una inmensa llanura llamada "El Cazadero"; pero nadie sabe por qué se llama así y sólo la tradición dice que el primer Virrey de México don Antonio de Men-

doza oyó platicar cómo cazaban los mexicanos, y llevado por la curiosidad hizo que se organizara una cacería para presenciar él mismo lo que le habían referido. La cacería se organizó en la llanura que está entre los pueblos de Jilotepec y San Juan del Río, país de los otomíes, a quienes se les indicó que lo hicieran como en otros tiempos. El Virrey fué con un gran séquito que se alojó en casas de madera que se habían construído ex profeso. Once mil otomíes hicieron un cerco de quince millas de circunferencia; prendieron fuego en varios puntos del bosque y en los zacatales de la llanura, y al mismo tiempo fueron acercándose, estrechando el círculo y haciendo un gran ruido con tambores, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido huyeron en sentido contrario y por tanto al centro de la llanura donde se tenían preparados los lazos; los ojeadores siguieron avanzando, y haciendo el mismo ruido estrecharon el círculo hasta hacerlo muy reducido; y entonces dispararon azagayas y flechas, y resultó tanta caza cobrada que maravillado el Virrey hizo que se diera libertad a una gran parte de los venados que se habían cogido, y no obstante fueron tantas las piezas que se cobraron, que parecería increíble el número si no hubieran sido testigos todos los de la corte del Virrey, pues se mataron más de seiscientas entre venados y cabras salvajes, más de cien coyotes e innumerables liebres, conejos, jabalíes, zorras, tejones y tlacuaches. Por eso se llama aquel lugar hasta hoy los Llanos del Cazadero.

Cuando querían cazar monos pequeños, hacían fuego en el bosque y ponían entre las brasas la piedra llamada cacalotetl, piedra del cuervo, que cuando está inflamada estalla haciendo un gran estrépito. Cubrían el fuego con tierra suelta y esparcían granos de maíz para atraer a las monas con sus hijos en brazos y mientras comían maíz estallaba la piedra, lo que las hacía huir desfavoridas dejando a sus pequeños; y los cazadores se apoderaban de ellos antes que volvieran las madres. Cazaban los patos, ánades y otras aves acuáticas dejando primero flotar en el agua cascos de calabaza vacíos, para que los patos se acostumbraran a verlos, y después iba el cazador con el agua hasta el cuello y el casco metido en la cabeza, por lo cual podía acercarse hasta los patos y cogélos por los pies para hacerlos prisioneros. Cogían vivas a las culebras abalanzándose sobre ellas; con una mano las cogían por el cuello y con la otra les cogían la boca. Para saber dónde estaban las fieras heridas observaban atentamente las gotas de sangre sobre la maleza o la hierba, para ver las huellas donde habían pasado.

Para las cacerías en pequeño servíanse de las flechas y de los dardos, de redes, de lazos, y de cerbatanas. Un lugar preferido para las cacerías era el bosque de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital y a donde podían ir millares de cazadores.

LA JURA DEL REY EN LA EPOCA COLONIAL

Entre las costumbres de la época colonial que se recuerdan por alguna circunstancia, debe quedar consignada la ceremonia de la Jura del Rey, que por real orden se celebraba en todas las poblaciones grandes y pequeñas de la Nueva España. He aquí cómo describe un autor la ceremonia de la Jura en Atlixco: “Llegada a su tiempo la Real Cédula a México, se comunicaba a todos los lugares de la Nueva España, siendo recibida con regocijo inusitado y señalándose el día para el acto oficial que siempre era con el oportuno retraso, para preparar debidamente todo lo necesario a tan solemnes ceremonias. El día fijado en las Casas de Cabildo reuníanse los Alcaldes Mayor y Ordinario, el Alférez Mayor, el Alguacil Mayor, Justicias, Escribanos y demás principales funcionarios de la Villa, y el Gobernador, Alcaldes, Regidores y Autoridades de la República de Indios de Santa María de Jesús Acapetlahuacán. Ya juntos subían al tablado que previamente se había levantado frente a las Casas Consistoriales y en el que se hallaba colocado el retrato del Rey que iba a jurarse, cubierto con una cortina y bajo elegante dosel de terciopelo, y en ambos lados las sillas destinadas a los funcionarios, quedando al centro el sillón del Alcalde Mayor. Pasaban en seguida a ocupar sus respectivos asientos, y el Alcalde Ordinario pedía permiso al Alcalde Mayor para ir por el Alférez que debía traer el Estandarte Real, acompañándolo el Ayuntamiento, vestidos todos con el mayor lujo y decencia posible. Traído el Estandarte Real, era colocado en un pedestal de plata frente al Alcalde Mayor, y la infantería se formaba en el Sur de la Plaza de Armas frente a los portales. Encontrándose en las cuatro esquinas de la Plaza tantos reyes de armas, el mismo Alcalde Mayor empuñaba el Pendón Real, daba algunos pasos fuera de su asiento hasta quedar sobre el término de la escalera del tablado, y tremolando gallardamente el estandarte, con pausado, sonoro y claro acento, y en medio de general atención del vecindario y de los forasteros comarcanos congregados, por tres veces decía:—“Castilla! Nueva España! Por la Católica Majestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe V, Rey de Castilla y de León, que Dios guarde muchos años! —“Amén” contestaban las autoridades y empleados con voz estentórea, y—“Viva el Rey! Viva el Rey!” gritaba a una sola voz el pueblo allí reunido. Simultáneamente se escuchaban descargas de las armas de fuego con los alegres repiques de todos los templos del lugar, arrojándose al populacho puñados de monedas y el Alférez Mayor publicaba la misma proclamación, tanto a la derecha como ha-

cia la izquierda del tablado, y para finalizar se descubría el retrato del nuevo Rey jurado, en medio de la mayor veneración y respeto de las autoridades y del pueblo”.

EL MISIONERO FRAY ANTONIO MARGIL DE JESUS

La tradición ha recogido los hechos de este hombre extraordinario cuya memoria es venerada en nuestro país por los bienes que derramó a su paso. Nacido en Valencia en 1657, estaba dotado de una inclinación natural para el sacerdocio, y a los 16 años tomó el hábito de franciscano en su país natal, donde empezó a servir en la propaganda de su religión, y en 1682 se alistó para venir a fundar en México un colegio de propaganda fide con otros franciscanos. El 6 de junio de 1683 llegó a Veracruz, de donde por disposición del Superior se vino a pie hasta la ciudad de Querétaro, a donde llegó el 13 de agosto trayendo por todo equipaje su bordón de peregrino, su breviario y un Santo Cristo, sin una moneda y esperando el sustento de la Providencia. Pasó de misionero a México y después a Yucatán, Veracruz, Campeche, Tabasco, Chiapas y luego a Guatemala, cuyo territorio recorrió para seguir con su misión en Honduras, Nicaragua y Costa Rica, internándose en las montañas de Talamanca, donde sufrió muchas privaciones y de donde volvió a Guatemala para apaciguar a los indios de Vera-Paz, y luego a los choles y manches, por los que fué tratado con tal crueldad, que lo amarraron a un árbol después de quitarle los hábitos para apalearlo y lo dejaron atado fuertemente a la intemperie. De allí fué salvado y pasó a misionar a los indios lacandones, llegando hasta Colón, de donde fué llamado al Colegio. Recorrió en esa travesía setecientas leguas, a pie como iba siempre y sin dinero, en el corto espacio de 40 días. Se le nombró Guardián, cargo que desempeñó con tal humildad y eficacia que sólo dormía tres horas, y terminada esta comisión volvió a Guatemala, en donde pudo apaciguar a los indios y siguió misionando hasta León de Nicaragua y Sevaco del Corregimiento.

Fué designado para fundar el colegio de Zacatecas, de donde pasó a Guadalajara y de allí a San Juan de los Lagos y a San Luis Potosí.

Vuelto a su colegio se le mandó a misionar “entre gentiles”, y entonces se internó por Mazapil, El Saltillo, Monterrey, Boca de Leones, Cadereyta, Guaxuco y San Juan Bautista de Coahuila, hasta orillas del río Salado, de donde volvió en misión de los nacodochis. Fué elegido Guardián y solicitado por el Presidente de la Orden en Guatemala, en 1716; pero el nombramiento de Prefecto de todas las misiones interrumpió su misión y no obstante su elevado puesto siguió dando ejemplo de humildad.

Vino a México para celebrar una entrevista con el Virrey y acordar los medios más a propósito para facilitar las misiones; y estando en la Capital predicó por orden superior un sermón en San Francisco con asistencia del Virrey, la Audiencia y la nobleza de México; y otro sermón en la cruz del atrio de la catedral sobre el relajamiento de las costumbres, especialmente en los paseos del canal de la Viga. Esta vez comenzó su sermón a las seis y todavía a las nueve predicaba mientras se llenaba de gente la inmensa plaza, y en la tarde continuó su predicación. Volvió a su colegio y pasó a Morelia a continuar misionando por todos los lugares que tocaba, visitando los conventos, consolando a los enfermos en los hospitales y llevando la resignación y el arrepentimiento a los criminales de los presidios. Las misiones de Fray Margil de Jesús duraron 40 años y en ese tiempo fundó tres Colegios Apostólicos, uno en Mérida, otro en Zacatecas y otro en Guatemala, de donde salieron multitud de misioneros. En Querétaro dirigió durante algunos años el convento de Santa Rosa y el convento de Santa Clara. En 1720 se le ordenó que fuera a México a curarse de viejos males adquiridos en sus peregrinaciones; en San Juan del Río se sintió más enfermo y en Calpulalpam se le declaró una pulmonía, porque había llovido y se le mojaron los pies, pues siempre andaba descalzo, lo que no impidió que dijera allí su última misa.

Desde Cuatlitlán se le montó en un caballo que sostenían dos hombres, uno a cada lado, pero no pudo soportar el paso de la cabalgadura y fué bajado y puesto en una camilla hasta llegar a México. Hizo una confesión general de sus "grandes culpas", como él decía, y murió con su crucifijo sobre el pecho el 7 de agosto de 1720. Su muerte fué un gran acontecimiento para toda la sociedad, que desfiló para ver su cadáver en medio de llantos y sollozos, en la capilla grande de San Francisco, donde fué expuesto y donde permaneció "su cuerpo con tanto calor, flexibilidad y suavidad cual si estuviese vivo", y así duró hasta ser inhumado, según lo confirmaron varios médicos. Su hábito, que era su mortaja, fué cambiado varias veces, pues cada uno de los que pasaban le cortaba un pedazo para llevarlo como recuerdo, y muchos no pudiendo llevarse un fragmento de su hábito, tocaban su cuerpo con objetos de devoción como rosarios o medallas. Las flores de que estaba cubierto su cuerpo eran renovadas constantemente, porque la multitud se las llevaba, y todos pedían al alma del venerable el remedio de sus males. Tal fué la vida mortal de este hombre extraordinario, cuya labor de misionero no tiene ejemplo que le haya superado.

EL ORIGEN DE LAS MISIONES DE LA BAJA CALIFORNIA

Vagamente tenemos una idea de lo que fueron las misiones en la Baja California; sabemos de algunos varones esforzados que acometieron la empresa de llevar la evangelización a los indios pobladores de aquel lejano girón de tierra mexicana; pero si podríamos puntualizar cómo se efectuaron aquellas misiones que fundaron la civilización en la Alta California que hoy es un floreciente Estado de la Unión Americana, no podríamos hacer lo mismo respecto de la Baja California que no tardará en ser, políticamente, un Estado de la Federación Mexicana y que ahora está formado por dos distritos: el Distrito Norte y el Distrito Sur.

La tradición ha guardado el nombre del primer misionero que efectuó un viaje de catequización de aquellos aborígenes indolentes que vivían en una poligamia patriarcal, nutridos por sus mujeres que eran las que iban a bajar pitahayas y otras frutas de aquella región en que moraban los guaicuras, los cochimíes, los pericúes, que vagaban errantes en pleno salvajismo, pero que afortunadamente eran de una índole pacífica y propia, por tanto, para recibir los rudimentos de la civilización. El Padre Kino, colonizador del Estado de Sonora, preparó la conquista de la península a la que un pirata inglés llamó Nueva Albión, y a la que Hernán Cortés había bautizado con el nombre de Cala-Fornax, nombre que se le ocurrió por la cala que encontró en una bahía y fornax por el calor extraordinario que se sentía en el litoral oeste, que después se llamó Mar Bermejo o Mar de Cortés, y que hoy es conocido por Golfo de California, nombre que ha recibido de las dos palabras que ocurriéronse al Conquistador.

Después de la expedición de Hernán Cortés se hicieron varios intentos de conquista sin resultado alguno, hasta que en 1697 los jesuitas organizaron una expedición que confiaron al Padre Salvatierra, quien se hizo a la vela el 10 de octubre de aquel año, llevando una flota compuesta de una galeota y un bastimento pequeño, equipado por nueve hombres de los cuales eran tres indios conocedores de aquellos mares, y un cabo y cinco soldados de distintas nacionalidades. Habrían navegado una media legua cuando se levantó un tifón que arrojó a la galeota a la playa, donde quedó encallada en la arena, pero gracias a la marea y al esfuerzo de aquellos hombres, logró quedar a flote y hacerse a la vela de nuevo, para llegar al tercer día a playas de California. El primer punto que tocaron fué el puerto de la Concepción, y después el puerto de San Bruno, donde habían estado antes el almirante Otondo y el Padre Kino; pero

no hallando de su agrado aquel lugar partieron para el puerto de San Dionisio, que está en un seno circundado de la tierra en forma de paréntesis cuyos dos cabos forman una boca de cinco leguas de ancho. Allí había agua dulce y verde vegetación. Siguieron costeando y desembarcaron en Loreto, donde fueron bien recibidos por unos cincuenta indios que vivían en aquella playa, los cuales se arrodillaron y besaron las imágenes de la Virgen y de Cristo. “El Padre Salvatierra los acarició con mucha afabilidad, dice el Padre Clavijero, valiéndose de las voces y frases que de aquella lengua había aprendido en los escritos del Padre Copart”. Exploraron aquel sitio y hallaron una fuente de agua dulce; desembarcaron los animales, las provisiones y todo lo que llevaban en la galeota, precedidos del Padre Salvatierra que llevaba los fardos a la espalda. Hicieron un campamento defendido por una trinchera que levantaron alrededor, y en el centro armaron un pabellón que había sido obsequiado por un caballero mexicano al misionero, e improvisaron en el fondo una capilla donde plantaron la Cruz. Llevaron después en procesión a la imagen de la Virgen de Loreto, de la galeota al pabellón, donde fué colocada el 25 de octubre, fecha en que tuvo lugar la ceremonia que antes había sido inútil en aquella tierra, de tomar posesión de California en nombre del Rey de España. Aquel campamento que nació recibió el nombre de Loreto, así como el puerto que llegó a ser después capital de la Península. Tal fué el principio de lo que podría llamarse la era de las misiones en la Baja California.

EL TUMULTO DE 1624 EN LA CIUDAD DE MEXICO

Pocos acontecimientos se habrán registrado en México como el famoso tumulto acaecido en la Capital el 15 de febrero de 1624, en que estalló la ira popular atizada por el Clero contra el Marqués de Gelves don Diego Carrillo de Mendoza, Virrey de la Nueva España, que era de un carácter inflexible y que sin embargo, se vió derrotado por su poderoso enemigo, pues el Clero gozaba de tales prerrogativas que trataba al representante del Rey de España de poder a poder.

Los antecedentes del tumulto fueron éstos: La desorganización de la Colonia había llegado a tal punto, que al tomar posesión de su cargo el Virrey quiso corregir de golpe las arbitrariedades y el despotismo de la autoridad eclesiástica; pero el Arzobispo don Juan Pérez de la Serna tenía gran prestigio entre los eclesiásticos y entre el pueblo y era tan testarudo como el Virrey, por lo cual quiso nulificar la popularidad que había adquirido con sus primeras reformas implantadas para arrebatarle el poder al Clero. El Virrey mandó romper

el dique del río de Cuauhtitlán y en diciembre creció la laguna de Texcoco y anegó la ciudad por completo. La carestía del maíz que llegó a valer cuarenta reales la carga siendo su precio normal doce reales, acabó de exaltar los ánimos, y el Clero se aprovechó de esta coyuntura otorgando su protección a un personaje a quien la justicia había encarcelado y que se fugó del convento de Santo Domingo, donde estaba recluso. Los jueces embargaron sus bienes, lo aprehendieron y lo encerraron en una celda bajo guardia de doce arcabuceros. El Arzobispo excolmugó a los arcabuceros y el Virrey ocurrió al delegado del Papa para que levantara la excomunión, pero éste no obedeció y el Virrey mandó llamar a un clérigo a quien tuvo sentado en la antesala desde las primeras horas de la mañana hasta las ocho de la noche, hora en que lo llamó para someterlo a un interrogatorio ordenándole que lo firmara, y como el fraile se negó, el Virrey ordenó a don Diego de Armenteros, su vasallo leal, que lo mandara encerrar en una bartolina de San Juan de Ulúa. Al día siguiente supo el Arzobispo lo sucedido y reunió a muchos prelados para discutir la manera de aniquilar al Virrey con las armas espirituales. Después de algunos días, al celebrarse en la catedral la fiesta de la Purísima el 8 de diciembre de 1623, un escribano penetró por entre los fieles, subió al altar mayor y notificó un auto del Virrey al Arzobispo; éste resistió, los fieles se alborotaron, el predicador suspendió su sermón y la misa acabó a toda prisa. El Arzobispo mandó tocar entredicho, mientras los alguaciles echaban a los clérigos del Arzobispado para embargar sus bienes. El Arzobispo se hizo conducir en una silla de manos a la Audiencia y dijo a los oidores que no se movería hasta tener justicia, y los oidores fueron a conferenciar con el Virrey, quien mandó decir al Arzobispo que volviera a su palacio, y si no lo hacía, tendría que pagar cuatro mil ducados de multa y salir desterrado. El Arzobispo contestó que no reconocía superioridad en el Virrey, ni volvería a su palacio, y entonces el Virrey mandó a Armenteros para que se apoderara de grado o por fuerza del Arzobispo y lo llevara a San Juan de Ulúa. El prelado fué notificado y metido en un coche, a pesar de sus protestas y sin dejarle desayunarse, y con una escolta fué puesto en camino en el acto.

La Audiencia atemorizada anuló el auto del Virrey, quien contestó poniendo incomunicados a los oidores, a los delatores y demás personal del Tribunal y envió un correo ordenando a Armenteros que envolviera al Arzobispo en un colchón o en un petate, puesto que decía que estaba enfermo, y aunque fuera como un fardo lo sacara de los límites del Arzobispado. Al llegar a San Juan Teotihuacán, Armenteros se descuidó y el Arzobispo logró escabullirse y entrar a la iglesia de San Francisco, donde se revistió de los hábitos pontificales, sacó la custodia y se paró de firme con ella en el altar mayor. Armenteros entró espada en mano para reaprehender al prisionero, pero al ver al Divinísimo ti-

tubeó, y arrodillándose pidió al prelado que guardase la custodia y que de buen grado le siguiese y no comprometiese sus deberes de soldado, que tenía que cumplir; pero el Arzobispo se mantuvo firme y no siguió adelante.

Entretanto llegó el 15 de febrero de 1624, día terrible en los anales de la Colonia; el provisor de la Mitra mandó suspender el toque de alba, cerrar todas las iglesias, y se propagó la noticia de que el Virrey estaba excomulgado. La gente se agolpó a leer la excomunión en la puerta de la catedral, y mientras las mujeres con gritos y lamentos pedían que se abrieran las puertas de los templos, la plebe empezó a gritar "¡Muera el hereje! ¡Muera el excomulgado!" y cogiendo piedras de las obras de la catedral en construcción se dirigió al palacio, mientras el Virrey a quien no dejaron salir armado contra los amotinados, subió a las azoteas de palacio con su guardia y mandó tocar con un clarín a rebato. Por toda la ciudad, que entonces era pequeña, se difundió la alarma, y las calles y las casas se vieron llenas de gentes que gritaban muera contra el Virrey. Las autoridades y muchos nobles fueron a suplicarle que levantara el destierro del Arzobispo y lo mandara regresar, con lo que todo eso cesaría. El Virrey accedió y el Inquisidor Mayor salió a contener al pueblo llevando el perdón para los amotinados y la orden de que volviera el Arzobispo. Pero como el pueblo continuó enfurecido apedreando el palacio y pidiendo que la Audiencia reasumiera el gobierno, el Virrey mandó hacer fuego contra los amotinados y más de cien cayeron muertos o heridos en la plaza mayor. El Marqués del Valle y el Marqués de Villa Mayor ofrecieron ir por el Arzobispo para notificarle su libertad y que volviera a calmar al pueblo. Corrieron a galope tendido y encontraron al Arzobispo que ya regresaba trayendo preso a Armenteros y a los arcabuceros. Cuando se supo la proximidad del Arzobispo una multitud de damas y caballeros salió a recibirlo con hachones encendidos hasta la Villa de Guadalupe, y a la media noche llegó a la capital donde todas las ventanas y los balcones estaban iluminados y abiertos, las campanas tocaban un repique a vuelo general, cohetes y bombas estallaban en los aires y el populacho gritaba vivas a la Religión y a los clérigos, mientras las puertas del palacio ardían quemadas por la plebe. El Marqués de Gelves mandó entonces enarbolar la bandera real contra la cual nadie se atrevió, y se suspendió el fuego de los arcabuces; pero un fraile entró a la catedral con un grupo de conjurados que sacaron una gran escalera, y el fraile subió al balcón principal del palacio con un crucifijo en la mano, por lo cual los soldados no se atrevieron a hacer fuego como mandaba el Virrey, y el fraile arrancó la bandera y se bajó con ella. Entonces el tumulto llegó a su apogeo; multitud de conjurados acaudillados por frailes o clérigos que en una mano tenían un arcabuz o una espada y en la otra un crucifijo, llevaron a las muchedumbres al asalto de palacio; con gruesas pie-

dras estrellaban las vidrieras y con fuertes vigas tomadas de la obra de la catedral echaban abajo las puertas quemadas. El Virrey defendía palmo a palmo la entrada, firme y resuelto; pero viendo que el clérigo Salazar había llevado el fuego a la prisión y conminaba a los presos para que se libertaran e ingresaran a los amotinados si no querían morir quemados, perdida toda esperanza de dominar la rebelión ya que la plebe entraba a saco robando alhajas y destrozando muebles; acompañado del Almirante Ceballos que le acompañó en toda la jornada se embozó en una capa y salió por la puerta excusada y atravesó tranquilamente por entre la multitud frenética para ir a refugiarse en el convento de San Francisco, de donde partió para España.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE

La fiesta popular mexicana por excelencia es el tradicional "Grito de Independencia" que todos los mexicanos celebran el 15 de Septiembre a las 11 de la noche, aunque historiógrafos rectificadores digan que el Grito de Independencia fué dado por el Cura Hidalgo el 16 de Septiembre al amanecer. El hecho es que hace cien años se conmemora ese momento solemne a las 11 de la noche, hora en que sale al balcón central del Palacio Nacional, el Presidente de la República y empuña la bandera tricolor para gritar: "¡Viva México! ¡Viva la Independencia! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria!" Cada vez que el Primer Magistrado de la Nación da con sonora voz uno de estos vivas, el pueblo contesta: "¡Viva...!" Y el grito unánime dado por cien mil voces repercute por todos los ámbitos de la gran plaza y por todos los ámbitos de la República, pues en cada ciudad y en cada pueblo la primera autoridad del lugar, en las capitales de los Estados el Gobernador y en las villas y villorrios el Presidente Municipal, hasta en las negociaciones rurales, en las haciendas y en las rancherías, el representante de la Autoridad, el representante de los intereses de la comunidad, el jefe de un destacamento rural o el Juez de Paz, todo aquel que se halla investido de un cargo de representación civil o militar, tiene el deber y lo cumple con orgullo, de dar el grito de libertad para conmemorar la noche en que fué resuelta la lucha por la Independencia de México.

Todos los mexicanos saben desde niños que la conspiración para dar el paso decisivo a la emancipación de la Colonia de Nueva España, que en otro tiempo se llamó Imperio Azteca, fué descubierta por las autoridades españolas que trataron de sofocar esa conspiración, y que al tener noticia de ello la Co-

rregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del Corregidor de Querétaro, que se hallaba entre los conjurados, envió prestamente aviso al Cura de Dolores don Miguel Hidalgo y Costilla, que era el alma de la conjuración, quien sin perder tiempo reunió a sus amigos comprometidos en la empresa, y antes de que fuera sofocado el movimiento hizo la declaración de guerra que nuestra historia llama el “Grito de Dolores”, y dejando su tranquila y obscura misión de eclesiástico, partió a la azarosa y turbulenta vida de insurgente, que tras una serie de triunfos y derrotas lo llevó a ser fusilado en Chihuahua el 1º de agosto de 1811.

No hay fiesta más popular para los mexicanos que “la Noche del Grito”, así conocida sin agregar más palabras, porque se sabe de sobra lo que significa ella sola. En la capital de la República es donde reina el mayor entusiasmo esa noche, por ser la más populosa ciudad y porque quien da el Grito es el Presidente de la República. Desde temprano, para conmemorar la proclamación de la Independencia, toda la ciudad se ha engalanado; los colores nacionales lucen dondequiera en banderas, gallardetes y cortinajes; levántanse arcos triunfales en las calles principales; la Catedral, el Palacio Nacional, el Palacio Municipal, las avenidas del centro de la ciudad resplandecen con infinidad de focos eléctricos que dibujan vivas a la Independencia, a Hidalgo, a Morelos y a los demás héroes; en la plaza principal se levantan tribunas de madera para que una muchedumbre de espectadores pueda presenciar la fiesta nocturna que empieza desde temprano y consiste, conforme a la costumbre tradicional, en grupos familiares o en grupos cívicos que transitan por las calles libremente llevando hachones encendidos, instrumentos musicales, botellas de coñac, para ir cantando, haciendo libaciones patrióticas a boca de botella y lanzando gritos a la Libertad que evidencian el alarde que se hace de ella ante la tolerancia de la policía. Hace apenas treinta años, cuando las opiniones políticas estaban adormecidas y una mano de hierro sofocaba los movimientos rebeldes, el entusiasmo bélico mal reprimido se desbordaba en mueras contra los “gachupines”, que a buena hora cerraban sus tiendas y atrancaban las puertas para que en los barrios lejanos no fuera a hacer irrupción la ola patriótica, no para saquear, sino para exigir que se le vendiera alcohol. En ciertos lugares lejanos del centro, la policía tenía que intervenir para cuidar el orden y disolver los grupos después del Grito, aunque algunos que no escandalizaban seguían paseando y cantando hasta el amanecer.

La alegría popular ofrecía un espectáculo pintoresco en las avenidas brillantes de luz y rebosantes de “un gentío inmenso”, como se dice en esta tierra; estaba permitido antaño, esa noche, llevar cohetones de luces que despedían suavemente a lo alto efímeras centellas de preciosos colores, o que eran

quemados en lo alto del brazo extendido para que despidieran una lluvia de oro durante su combustión; en el atrio de la Catedral estaban instalados los obuses que cargados de bombas repletas de luces de colores lanzaban al cenit disparos en los que se veía ascender hasta muy alto la bomba cuya espoleta incendiaba la pólvora y hacía desgajarse la granada, de la que caía una maravillosa cascada de luces multicolores que inundaba el cielo, y hacía que todos los rostros se volvieran hacia arriba para contemplar el prodigio. Las bandas de música tocaban constantemente, dos de ellas en el zócalo que se alternaban para no dejar de tocar, otras que recorrían las calles llevando una muchedumbre de paseadores que querían seguirlas, y que iban precedidas de una turba de chamacos que llevaban el compás como el director de la banda y coreaban los aires marciales que la música iba tocando.

El Alcalde de la ciudad, rígido y dictatorial de ordinario, esa noche dejaba amplia libertad a los habitantes trasnochadores para que corrieran la gran parranda libertaria, pero vigilándolos constantemente con multitud de policías que también participaban disimuladamente de los tragos de las botellas en los lugares poco iluminados y concurridos, pues eran gentes del pueblo que cuidaban el orden por azar, pero que tenían sus amistades y sus familiares con quienes esa noche se encontraban, lo que permitía guardar el orden en familia. Según la costumbre mexicana todo el mundo popular comía fruta, cacahuates, naranjas, limas, cañas de azúcar; en dondequiera había vendedores de toda clase de comestibles, viandas calientes y sápidas, buñuelos en miel, dulces populares y multitud de golosinas de las que se producen a montones en nuestro país. Tanto los niños como los adultos y las mujeres, iban provistos de cornetas y pitos, de máscaras, "espantasuegras", que son pitos elásticos que se estiran y se contraen al soplar; tamborcitos en que los chamacos en fila van redoblando seguidos de un batallón infantil que va marchando a tambor batiente; serpentinas que los muchachos y las muchachas se arrojan al cruzarse como lazos efímeros que los unen por un instante, y bolsas de papel llenas de confetti con que unos a otros se cubren de agasajos, como se les llama entre el pueblo, rodelitas de mil colores de las que todas las calles quedan tapizadas.

Cuando se acerca la hora del Grito las muchedumbres entran por todas las avenidas para colmar y desbordar la plaza de gente, pues nadie quiere quedarse sin oír o al menos ver al Presidente, aunque sea de lejos, tremolar la bandera cuando da los vivas que todo el pueblo contesta. Es un momento inolvidable para el que ha presenciado una vez el Grito: todas las banderas de que va provisto el pueblo ondean en el aire hasta donde alcanzan los brazos de la muchedumbre; los sombreros de todo el pueblo descubiertos son agitados en

la otra mano, saludando al representante del pueblo; los intervalos de uno a otro de los "vivas" son cubiertos por el formidable trueno de cien mil voces que contestan "¡viva!". . . . pero súbitamente el trueno calla, como si un alatazo de huracán se lo llevara, y la voz del Presidente vuelve a oírse tan clara como si un vitáfono la amplificara, y luego el tronar de cien mil voces vuelve a desencadenarse; y cuando los vivas han terminado, la muchedumbre comienza a dispersarse en grupos llamado "víttores", para recorrer las calles de la ciudad llevando por dondequiera la alegría desbordante del entusiasmo popular, y lanzando constantemente vivas a la Independencia, a Hidalgo, a los héroes insurgentes y a la Libertad.

LA FIESTA PATRIA DEL 16 DE SEPTIEMBRE

Ningún día es tan glorioso para los mexicanos como el 16 de Septiembre, día en que se celebra en todo nuestro país la primera jornada del puñado de insurgentes que del pueblo de Dolores, en el Estado de Guanajuato, surgió guiado por el párroco don Miguel Hidalgo para lanzarse a la Revolución de Independencia. La conmemoración no rememora nada de trágico ni de sangriento: el puñado de mexicanos o criollos, como se les llamaba entonces, salió de la casa de Hidalgo al amanecer como quien sale a una fiesta, bajo la égida de su caudillo guiador que era un hombre sencillo y alegre, de buen humor, que una vez decidido a arrostrar bajo su responsabilidad la gloriosa aventura cuya trascendencia no se ocultaba a su claro talento, después de unas cuantas frases vibrantes, dichas ante el grupo de gente que se había reunido al oír sonar la Campana de la Independencia, como se llama hoy y que es la que se halla sobre la puerta principal del Palacio Nacional, terminó con una frase de terrible humorismo: "¡Vamos a colgar gachupines!" que infundió entusiasmo e intrepidez temeraria en el corazón de los feligreses llamados por su pastor, e inmediatamente se pusieron en marcha ante el asombro de todo el pueblo levantado a esa hora, y entre los saludos de despedida de las muchachas asomadas a sus balcones, que agitaban sus pañuelos al paso del popular sacerdote con cariñosas palabras: "¡Adiós, curita! ¡Feliz viaje! ¡Buena fortuna!" (Histórico). Pues bien sabido es cuán amado era por todos sus feligreses el buen pastor, quien se dirigió con el grupo de insurgentes a tomar la ciudad de Guanajuato, cuyo Intendente Riaño, amigo personal suyo, se negó como leal español a rendir la Alhóndiga de Granaditas, la que fué tomada a sangre y fuego gracias a la intrepidez del barretero "Pípila", que se cubrió la espalda con una losa y prendió fuego

a la puerta del castillo regándolo con petróleo, iniciándose así la primera jornada sangrienta de la Revolución de Independencia.

Pero este día no se celebra sino la declaración de la guerra, el despertar de la Patria, el principio de la epopeya que iba a durar once años de lucha; y por tanto todos los aprestos de la gran ciudad que es nuestra capital, han sido hechos para que a las seis de la mañana los repiques de las campanas saluden a nuestra bandera tricolor izada en todos los edificios públicos, mientras las músicas de la guarnición de la plaza, que apenas han descansado un momento después de la celebración de la noche del "Grito de Dolores", lanzan al viento el sonoro Himno Nacional, en tanto que los tambores y los clarines despiertan a los hombres de armas acuartelados, y la población civil se echa a la calle para celebrar la fiesta triunfal en todos los ámbitos de la ciudad. Durante muchos años, hace más de medio siglo, la atracción de la fiesta patriótica era el desfile del ejército disciplinado y vestido de gala; por lo cual todos los cuerpos de las tres armas, Infantería, Caballería y Artillería, se dirigían a concentrarse en el Paseo de la Reforma para integrar el orden de la formación de la columna, y dar principio al desfile que entraba por la Plaza de la República, seguía por la Avenida Juárez, continuaba por San Francisco y Plateros, hoy Avenida Madero y circunvalaba la plaza principal para desfilas ante el Presidente de la República que rodeado del Cuerpo Diplomático, de sus ministros, de altos jefes militares y de su Estado Mayor, saludaba al Ejército desde el balcón central del Palacio Nacional.

El orden del vistoso desfile era el siguiente: abría la marcha una descubierta de caballería precedida de una banda montada que iba respondiendo al toque de un clarín en una armonización solemne y marcial; seguía en un caballo magnífico el General en Jefe de la División, invariablemente uno de los más prestigiados del Ejército que merecía ese honor, seguido de su clarín de órdenes también a caballo; luego venían dos batallones de Infantería llevando a la cabeza a sus generales de brigada, también montados en soberbios caballos; continuaba el cuerpo de Artillería Montada llevando sus cañones de los que halaban caballos enjaezados y custodiados por artilleros montados a ambos lados de los cañones; después de todo el equipo de Artillería con mulas cargadas de parque y carros cargados de granadas, seguían dos escuadrones de Caballería precedidos como los anteriores cuerpos, de brillantes generales con sus estados mayores; a continuación venían los cadetes del Colegio Militar pulcramente uniformados con flamantes uniformes, como los anteriores cuerpos; y por último cerraba la columna el cuerpo de Rurales, a cuyo frente por muchos años iba el General Ramírez, muy querido de todo el Ejército. Desde que aparecían los Rurales a lo lejos eran saludados con un aplauso interminable, pues a medida

que iban pasando, los aplausos se reanudaban sin que hubieran cesado los anteriores, por la brillante presentación de aquel cuerpo que se juzgaba modelo, con su caballada escogida de igual color en cada regimiento, pues cada regimiento iba montado en caballos negros, o en caballos blancos, o en caballos alazanes, todos iguales en magnífica estampa y en igual alzada, así como los charros eran igualados en estatura con sus sombreros galoneados, sus uniformes de gamuza baya y sus sillas de montar bien guarnecidas hasta los estribos relucientes.

El desfile de la columna de las tres armas duraba desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, generalmente, pues no era raro que desfilaran 50 000 hombres venidos de todos los ámbitos del país, para que estuvieran representadas todas las Zonas Militares en que está dividida la República. Los uniformes militares eran nuevos, pues ese día estrenaban su uniforme todos los soldados, desde el sombrero montado de los generales y el kepi de los jefes y oficiales hasta el chacó y las botas de los soldados. Los brillantes uniformes de los generales con sus sombreros montados adornados de plumas de avestruz, sus charreteras y sus dormanes constelados de condecoraciones, sus espadas al cinto y sus espuelas de plata, entusiasmaban a las multitudes que veían con interés los arreos de los jefes y oficiales, cubiertas las espaldas y las bocamangas de alamares, las armas resplandecientes. Cada vez que pasaba una bandera de las diversas Divisiones del Ejército era saludada respetuosamente, descubriéndose toda la multitud masculina; los pompones de plumas de los músicos que integraban las músicas militares hacían lucir vistosamente a las magníficas bandas militares que han sido celebradas en otros países cuando el Gobierno las ha mandado a las exposiciones universales. Los cuerpos que eran más aplaudidos eran el de Rurales del Ejército y el del Colegio Militar, cuyos cadetes que hacían estudios para la carrera militar, eran muy queridos y tenían sus familiares en la ciudad.

En toda la carrera desde el Paseo de la Reforma hasta el Palacio Nacional, había una doble fila de soldados y de policías para detener a las muchedumbres agolpadas en las aceras durante el larguísimo desfile; todos los balcones y las azoteas estaban rebosantes de espectadores; las campanas de la Catedral y de los templos centrales tocaban a vuelo constantemente; multitud de globos aerostáticos se elevaban sobre la ciudad; todas las avenidas de la Capital estaban empavesadas con la bandera tricolor mexicana y con las banderas de todas las naciones, y vistosos arcos triunfales se levantaban desde el Paseo de la Reforma hasta el punto en que se disgregaba la columna después de haber pasado frente al Palacio Nacional.

Por la tarde había funciones de circo al aire libre, en las plazuelas y en las

afueras de la ciudad, como los llanos de Anzures o los llanos de Balbuena, en donde había carreras de caballos y otros ejercicios hípicas, para que lucieran su habilidad los charros que en muchedumbre habían escoltado a la columna militar en el desfile. Por la noche toda la ciudad se iluminaba, como la noche anterior del Grito, y en la plaza principal se quemaban vistosos fuegos artificiales en torno del zócalo, que aun no habían asfaltado y que estaba cubierto de un vasto jardín cuyos árboles brillaban llenos de farolillos multicolores, lo mismo que el jardín cuyos altos árboles se elevaban en el atrio de la Catedral. Volvían a quemarse vistosos fuegos artificiales como la noche anterior, los llamados "castillos" que se encendían fugazmente revistiéndose de luces de mil colores que rehiletean en el aire, y cuando se cree que ya se han apagado se cubren de luces de abajo a arriba súbitamente, antes de extinguirse. La serenata dada en el gran quiosco que se elevaba en el centro del zócalo duraba hasta las diez de la noche, hora en que se retiraban las músicas militares; pero la iluminación duraba hasta la media noche.

LAS ESTATUAS COLOSALES DE LOS EMPERADORES AHUITZOTL E ITZCOHUATL

Las estatuas que sin exageración pueden llamarse colosales puesto que miden seis metros de altura, y que representan a dos de los más famosos emperadores de los antiguos mexicanos, no han tenido fortuna en su destino de decorar la capital del antiguo Imperio de Anáhuac, pues primero fueron erigidas a ambos lados de la entrada del Paseo de la Reforma, donde permanecieron diez años, y después fueron trasladadas a ambos lados de la calzada de Ixtapalapa, en el lugar donde estuvo el embarcadero del Paseo de la Viga y que hoy ha desaparecido.

A pesar de que el pueblo llamaba a estas dos estatuas colosales con el pintoresco nombre de los Indios Verdes, porque habían recibido una pátina de ese color sobre el bronce en que están fundidas, el aspecto que presentaban no era desagradable, sino más bien causaba asombro y entusiasmo a quien por primera vez las veía, ya que habían sido modeladas y después fundidas en bronce por un insigne escultor, don Alejandro Casarín, quien estudió en Europa durante la época de su destierro, pues fué deportado a Francia por haber sido uno de los defensores de la ciudad de Puebla durante el sitio del ejército francés en el año 1863.

La vida pintoresca del escultor Casarín merece ser recordada y consignada en estas páginas, ya que sus detalles son conocidos solamente por tradición,

y porque sus dos discutidas estatuas han sido causa de que se hayan ocupado de su personalidad distinguidos escritores en nuestra prensa diaria. Don Alejandro Casarín fué pintor y escultor a la vez; uno de sus cuadros de pintura más notables es el que representa a Hernán Cortés llevado por Moctezuma Xocoyotzin ante la imagen del dios Huitzilopochtli, cuya hórrida escultura en piedra, que recuerda a la Teoyamique del Museo Nacional de Arqueología, causa ostensiblemente pavor en el ánimo del Conquistador y de los españoles que lo acompañan, a pesar de que eran esforzados capitanes. Casarín dejó en la pasada generación honda huella por su destacada personalidad. Como todos los jóvenes de la época en que floreció, se alistó en el ejército republicano al ser invadido nuestro país por los ejércitos de Napoleón III; se encontró en la batalla del Cinco de Mayo cuando las tropas del General Laurencez tuvieron que retirarse ante el empuje de las fuerzas del General Zaragoza, quedando la victoria a favor de los republicanos. Después, cuando los franceses reforzados con otros numerosos ejércitos que envió Napoleón III pusieron sitio a la ciudad de Puebla, Casarín era Capitán en el ejército del General González Ortega, y se distinguió en la defensa del convento de Santa Inés mereciendo ser consignado en la orden del día, según asienta el General Troncoso en su diario del sitio de Puebla. Al caer la ciudad, en la que al faltar el parque los soldados habían inutilizado sus fusiles, los artilleros habían clavado sus cañones y los jefes y oficiales habían quebrado sus espadas, todo el personal de éstos fué invitado a dejar las armas bajo juramento para no seguir defendiendo a su patria, y como ninguno aceptara, todos fueron deportados a Francia, entre ellos al Capitán Casarín. En París gozaban de libertad bajo su palabra los militares mexicanos, y ninguno faltó a ella. En un baile de la Corte el oficial deportado, que pertenecía a una distinguida familia mexicana, que poseía maneras distinguidas y una educación exquisita, adunadas estas cualidades a una hermosa presencia varonil, fué invitado por medio de una esquila en cuyo rubro se leía: "A Monsieur Le Colonel Mexicain Alexandre Casarín". Casarín, que hablaba correctamente el francés y tenía una inventiva fácil y una imaginación peregrina, mandó hacerse un uniforme según un modelo de su propio diseño, y tanto llamó la atención y realzaba tan bien la presencia de quien lo portaba, que en un momento en que se halló a la vista de Napoleón III, el Emperador "preguntó quién era aquel caballero tan distinguido y elegante, y ordenó que se lo presentaran. Fué fama que esa charla, que algo se prolongó y en que no escasearon las sonrisas imperiales, causó más de un derrame de bilis en diplomáticos, chambelanes y cortesanos, y al proscrito le valió oportuno alivio en su situación tan precaria", según cuenta sabrosamente el escritor don Federico Gamboa.

Al volver a México al triunfo de la República, don Alejandro Casarín siguió su vida de artista construyendo villas de modernos estilos, pintando

cuadros y modelando esculturas, y en cierta ocasión recibió el encargo de modelar dos figuras simbólicas para ornamento de la ciudad, y el artista modeló y fundió en bronce las dos estatuas que es fama costaron 80 000 pesos y que representan a Ahuitzotl ya entrado en edad y a Itzcohuatl en la edad juvenil, que hoy decoran la entrada a la ciudad de México por la parte sur de las calzadas que comunican con la región poblada por millares de aborígenes, lo cual las hace simbólicas, pues les recuerdan el poderío de los antiguos mexicanos. Esas estatuas colosales, aun hoy son llamadas popularmente los Indios Verdes.

LA HAZAÑA DE "EL PÍPILA" EN GRANADITAS

La tradición ha guardado por muchos años el nombre de Juan Martínez, conocido popularmente desde 1810 con el apodo de "El Pípila", que quiere decir totol o guajolote hembra, y que se le aplicaba probablemente por su aspecto exterior de largo cuello y su andar desgarbado; el hecho es que el barretero, después de su hazaña, desapareció de la escena en la guerra de la Independencia, o porque perdió la vida en uno de tantos encuentros, o en alguna secreta venganza por su acción temeraria, o porque ningún historiador se ocupó de tan insignificante personalidad anónima, como es la de un barretero. El hecho es que la Musa popular ha recogido piadosamente los pormenores de la hazaña de "El Pípila", que pueden concretarse en unas cuantas líneas para consignar la heroica proeza que todavía hoy es el orgullo de los mineros guanajuatenses, y que se cantó en corridos del tiempo de la Insurgencia.

Juan Martínez "El Pípila" era un muchacho que fué barretero de la hacienda de beneficio de metales que aun hoy trabaja con el nombre de Mellado, y su labor consistía en extraer a golpes de zapapico las piedras del mineral, sin tregua ni descanso más que para dormir unas cuantas horas; y en tan ruda tarea su alma iba acumulando el odio a los esclavistas y a los capataces que obligaban a los infelices mineros a trabajar, quisieran o no quisieran, sin poder apenas respirar ni tomar aliento en aquella faena abrumadora. Por tanto, la noticia de la insurrección de Hidalgo en el pueblo de Dolores cayó como bomba en los minerales, y todos los barreteros tiraron las piquetas y abandonaron las labores para tomar parte en la lucha por la libertad, pues a ellos más que a nadie les convenía emanciparse y sacudir las cadenas oprobiosas de aquel trabajo de esclavos y de bestias.

En estas circunstancias presentóse Hidalgo con sus hordas ante la ciudad de Guanajuato, y después de los episodios que ha consignado la historia, puso

cercos al castillo de Granaditas, fortaleza inexpugnable que les era imposible tomar a los insurgentes, porque no poseían ningún medio de ataque capaz de forzar las puertas ni escalar los muros, y en estas condiciones caían a montones, acribillados por la metralla que desde las azoteas y por ventilas y almenas hacían llover los sitiados. En lo más terrible de aquel asedio, después que las fortificaciones de la ciudad habían sido deshechas y que sólo faltaba la toma del castillo para proclamar el triunfo definitivo de los insurgentes, codiciosos de las riquezas que guardaba la fortaleza en la que todos los habitantes ricos habían depositado sus tesoros acumulados, como en el lugar más seguro, de la ciudad argentífera. El 28 de septiembre de 1810, después de inútiles tentativas de asalto, don Miguel Hidalgo pedía a la multitud que buscara hachas y barras para derribar una de las puertas del sólido edificio; y todos le decían que era una tarea imposible porque era ir a una muerte segura; cuando salió de entre la multitud un muchacho, el barretero Juan Martínez "El Pípila", el cual después de decir "yo lo hago", se dirigió a la tienda que todavía existe cerca del castillo llamada "La Galarza" y que se encuentra en la esquina de la calle de Pocitos y de la subida a la calle del Terremoto. Allí se provió de unas rajadas de ocote, de aceite de abeto y de brea; luego salió, y de la acera de la calle arrancó con sus manos y ayudado de un puñal, una laja, losa de regulares dimensiones, y colocándola sobre sus espaldas, cubierto así desde la cabeza y con el cuerpo doblado, fué acercándose, llevando en una mano las rajadas de ocote encendidas y en la otra el bote de aceite inflamable y la brea. La lluvia de balas y metralla de los españoles que defendían el castillo cayó como una granizada sobre el heroico muchacho, que agazapado y cubriéndose lo mejor que podía, llegó hasta el muro después de abrirse paso por entre los asaltantes que se habían convertido en espectadores; y en la puerta de la alhóndiga que ve al cerro del Cuarto, derramó primero sobre un lugar de la madera el aceite y la brea y luego aplicó el ocote encendido, y esperó hasta que el fuego se comunicara a la madera lubricada, la cual empezó a arder inexorablemente. Viendo aquel éxito "El Pípila" se retiró andando siempre doblado y resguardándose cuidadosamente de la lluvia de metralla y balas; mientras que la multitud delirante de entusiasmo lanzaba estruendosos vivas y nutridos aplausos al barretero; solamente se esperó que la puerta ardiendo permitiera lanzarse al asalto al dejar abierta una brecha, y la chusma se precipitó lanzando alaridos de triunfo por el boquete abierto a tomar el castillo donde corrieron ríos de sangre, pues toda la guarnición fué pasada a cuchillo y la plebe se entregó al saqueo más desenfrenado, como primer cobro de los tesoros de que había sido despojada, enriqueciendo a los esclavistas con el trabajo de millares y millares de trabajadores de las minas durante tres siglos.

QUIEN FUE DOÑA MARIANA RODRIGUEZ DEL TORO DE LAZARIN

Hace pocos años fué quitada la placa de la calle cerrada de la Misericordia y puesta en su lugar otra con el nombre de Doña Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín. La Revolución ha venido a hacer justicia a esta mujer insigne que, al llegar a México el 8 de abril de 1811, por la noche, la noticia de la captura del libertador Hidalgo en Acatita de Baján así como de los jefes insurgentes que lo rodeaban, daba una recepción en su casa, porque su esposo era parcionero de la mina de la Valenciana, entonces en bonanza, y ella había llevado al matrimonio una respetable dote, por lo cual se reunía en su casa la juventud dorada de entonces. Los repiques de las campanas echadas a vuelo turbaron la alegría de la fiesta, y al saberse la causa todos quedaron atónitos y enmudecidos, y solamente doña Mariana alzó la voz para decir: “¿Qué es esto, señores, pues qué no hay otros hombres en la América que los generales que han caído prisioneros?” Avergonzados los jóvenes le preguntaron confusos qué debían hacer. “Liberar a los prisioneros, respondió.—¿Y cómo?—Muy sencillamente: cogiendo aquí al Virrey y ahorcándolo.

Este breve diálogo fué la base de una conspiración en la que todos quedaron comprometidos, procurándose armas y adeptos para ensanchar la conjuración. Doña Mariana salía en su coche por las tardes al Paseo Nuevo, donde el Virrey Venegas había hecho acampar las tropas de la guarnición desde que se supo el Grito de Independencia, temiendo que la ciudad fuese atacada. Dos capitanes de milicias, don Francisco Omaña y don Tomás Castillo, procuraban cada tarde pasearse acompañados de militares de distintos cuerpos, y luego que se presentaba la dama invitaban a sus acompañantes para ir a saludar a su cuñada, pues estaban casados con dos hermanas de ella. Los militares accedían con placer y la dama iba seduciéndolos y catequizándolos uno por uno con sus valiosas prendas personales, y quedaban comprometidos. La conspiración tomó un aspecto tan decidido que se señaló día para que cuando el Virrey se presentara a pasar lista en el campamento, lo cual hacía todas las tardes, a las tropas que le presentaran armas, a una señal convenida se apoderaran de su persona y proclamaran la Independencia. Todo iba bien en la conspiración; pero la víspera del día señalado don José María Gallardo, dueño de una carrocería de la calle cerrada de Jesús, temeroso de morir en la empresa sin confesión, fué a confesarse con el Padre Camargo, de la Merced, le reveló cuanto pasaba y el religioso, violando el sigilo, fué a denunciarlo ante el Virrey, quien mandó apre-

hender a Gallardo y cuando lo tuvo delante le dijo: "Insurgentón, pícaro, dispóngase usted a morir dentro de dos horas". Gallardo atemorizado descubrió los pormenores de la conspiración y los nombres de los conjurados.

Se aprehendió entonces a don Manuel Lazarín y a su esposa doña Mariana como los principales conjurados, y el Oidor don Manuel Bataller quería hacer un castigo ejemplar con la heroica patriota, la que se salvó gracias a que encerrada en un calabozo húmedo y frío, la delicada dama, habituada a todas las comodidades de la opulencia, contrajo una enfermedad y creyóse que estaba grávida, circunstancia que pesó en el ánimo de todos los que rodeaban al Virrey e hizo que Bataller se limitara a exigirle la delación de todos los conspiradores. Pero fué inútil a pesar de todos los medios que empleó el Oidor, pues la dama no reveló ningún nombre y Lazarín y su esposa continuaron presos y sus bienes fueron confiscados; por lo que llegaron a vivir en la prisión en el último grado de miseria hasta el año 1820, en que fueron puestos en libertad. La causa abierta a los conspiradores sólo fué seguida con todo rigor a la señora Rodríguez y a su esposo, porque según las delaciones del carroceros Gallardo, la conjuración tenía tales proporciones que se hallaban complicados los principales señores de la Corte, y era tan crecido el número de conjurados, entre los cuales había corporaciones enteras, que apenas instruído el proceso se comprendió que era imposible el castigo, por lo cual se sobreseyó la causa.

LA SANGRE DE MORELOS

Cuando el héroe don José María Morelos fué vencido y hecho prisionero en Texmalaca, el Auditor Bataller pidió que fuera fusilado por la espalda como traidor al Rey, y que se le amputara la cabeza para exponerla en una jaula de fierro en la Plaza de México, y su mano derecha para exhibirla en la Plaza de Oaxaca; pero el Virrey retardó la sentencia para ver si por salvar la vida de Morelos, se presentaban al indulto los insurgentes que andaban hostilizando en varias provincias. Mas al ver que no se presentaba ninguno, sino que por el contrario la captura de Morelos había encendido más la guerra, conforme al dictamen del Auditor se condenó al héroe a la pena de muerte; pero en atención a que el Arzobispo y una junta conciliar de todo el clero pidieron que fuera respetado su carácter sacerdotal, se dispuso que su ejecución se efectuara fuera de la Capital y se enterrara el cadáver inmediatamente sin amputarle ningún miembro.

El 21 de diciembre el General Concha intimó la sentencia a Morelos haciendo que se pusiera de rodillas, según el uso de los Tribunales, para oír la lec-

tura, y concluída ésta se le dijo que al tercer día sería fusilado, y se le dió papel por si quería escribir alguna retractación. Fueron llamados varios eclesiásticos para disponerlo a morir, aunque ya estaba dispuesto desde que tomó ejercicios, y se hizo circular y publicar una retractación apócrifa. Al día siguiente 22, a las seis de la mañana, Concha lo hizo subir a un coche con un sacerdote y un oficial, escoltado por la división de su mando, y partieron tomando el camino de la Villa de Guadalupe. Morelos iba recitando los salmos *Misere-re mei Deus* y *De profundis*, que sabía de memoria, y su fervor crecía al llegar a cada estación de las que hay en el trayecto, creyendo que en alguna de ellas iba a ser fusilado; y manifestaba su deseo de padecer en este mundo las penas del purgatorio, aunque confiaba en la misericordia de Dios, que sus pecados habían sido perdonados.

Al llegar a Guadalupe se detuvo el carruaje y Morelos se puso de rodillas con mucho trabajo por los grillos que cargaba en los pies, y dijo al sacerdote: "aquí me van a sacar: vamos a morir". Pero no era el lugar elegido por sus sacrificadores, y se le ofreció un frugal desayuno, continuando el viaje hasta San Cristóbal Ecatepec, donde se le alojó en un cuarto lleno de paja, en un viejo edificio en que se recibía a los virreyes cuando venían a la Capital. Allí tomó una taza de caldo, y habiendo hecho venir Concha al vicario del pueblo para que lo auxiliara, Morelos púsose a rezar con los dos sacerdotes los salmos penitenciales. Aun no terminaban cuando se oyeron los tambores que hacían formar la tropa y entró la escolta que debía conducirlo al patíbulo. Entonces se quitó el capote que llevaba, se vendó él mismo los ojos con un pañuelo blanco, dice un historiador, y atados los brazos con los portafusiles de dos soldados que lo conducían, arrastrando con dificultad los grillos, fué llevado al recinto interior del edificio, que forma una especie de parapeto, y habiendo oído que el oficial que mandaba la escolta, haciendo una señal en el suelo con la espada, dijo a los soldados "hínquenlo aquí", preguntó "¿aquí me he de hincar?" y habiéndole contestado el Padre Salazar "sí, aquí: haga usted de cuenta que aquí fué nuestra redención", se puso de rodillas y exclamó del fondo de su alma: "¡Señor, si he hecho bien, tú lo sabes; si he hecho mal, yo me acojo a tu infinita misericordia!" - Dióse la voz de fuego, y el hombre más extraordinario que había producido la revolución de Nueva España, cayó atravesado por la espalda por cuatro balas; pero moviéndose todavía y quejándose, se le dispararon otras cuatro, que acabaron de extinguir lo que le quedaba de vida.

El héroe cayó acribillado por las balas. Su cadáver fué recogido y piadosamente sepultado íntegro, sin que fuera decapitado como el de Hidalgo. Pero en el sitio donde cayó, dejó una copiosa cantidad de sangre que nadie recogió. Y la tradición cuenta que las aguas del lago de San Cristóbal subieron hasta el

lugar del suplicio, recogieron la sangre preciosa, y tornaron a bajar en una marea inexplicable, llevándose la sangre. Y desde entonces, en cada estación pluvial y durante muchos años, la superficie del lago se cubría de un manto de corpúsculos rojos en una maravillosa eflorescencia, que duró hasta que el lago desapareció como todos los lagos de Anáhuac.

LAS CABAÑUELAS

La tradición de las Cabañuelas es exclusivamente mexicana, pues no se sabe que en otro país latino o sajón se acostumbre llevar el cómputo del tiempo en la forma en que lo hace nuestro pueblo. Generalmente se observa una diversidad de climas al empezar cada año, y las gentes han adoptado para cada uno de los días del mes de enero, una reducción de los 12 meses en la forma siguiente:

El día 1o. de enero corresponde naturalmente al mes de enero, el día 2 corresponde a febrero, el día 3 a marzo, el día 4 a abril, el día 5 a mayo, el día 6 a junio, el día 7 a julio, el día 8 a agosto, el día 9 a septiembre, el día 10 a octubre, el día 11 a noviembre y el día 12 a diciembre.

De aquí sigue la enumeración de los meses contados al revés en la forma siguiente:

El día 13 corresponde a diciembre, el día 14 a noviembre, el día 15 a octubre, el día 16 a septiembre, el día 17 a agosto, el día 18 a julio, el día 19 a junio, el día 20 a mayo, el día 21 a abril, el día 22 a marzo, el día 23 a febrero, y el día 24 a enero. Restan 7 días del mes en los cuales la imaginación popular ha repartido los meses en la forma siguiente:

El día 25 corresponde a los meses de enero y febrero, 12 horas del día para cada uno; el día 26 a marzo y abril, el día 27 a mayo y junio, el día 28 a julio y agosto, el día 29 a septiembre y octubre, el día 30 a noviembre y diciembre. Resta un día, el 31, en el cual se resumen todos los meses tocándole una hora a cada uno, y contándolos primero de enero a diciembre y después de diciembre a enero, o sean 24 horas del día último del mes.

Los mayas de Yucatán cuentan las Cabañuelas, llamadas *Chac-chaac*, en la misma forma; a la sucesión de los meses de enero a diciembre le llaman *Xoc-kin*, y a la sucesión de meses de diciembre a enero *Ualak-xoe* o cuenta retrocediendo. Dicen que las Cabañuelas sirven para observar qué tal año ha de tenerse para la labranza y en qué meses habrá sol o lluvia, cuáles meses serán calurosos y en qué meses hará frío.

EL VENGADOR DESPUES DE MUERTO

Después de la gloriosa vida del General don Guadalupe Victoria, cuyo verdadero nombre era José Miguel Ramón Fernández y Félix, y que fué héroe de la Independencia y primer Presidente de la República, vinieron los años de decadencia; y aunque ocupó después altos puestos y conservó al servicio de la patria el rango de General del Ejército, fué decayendo su salud a causa de una cruel enfermedad que venía padeciendo de años atrás, al grado de que dormía en un colchón en el suelo porque sufría ataques epilépticos muy frecuentes. Esto pasaba en la hacienda del Jobo, propiedad suya, donde vivía con su esposa que era hija del rico labrador don José María Bretón y había quedado ciega.

Habiéndose agravado la salud del héroe, el General Santa Anna, Presidente de la República, ordenó que fuera trasladado a la fortaleza de Perote, a donde se le condujo en una litera, escoltado según su rango militar por una fuerza de Caballería. Fué alojado en el pabellón principal de la fortaleza y asistido por dos médicos militares y cuidado por dos capitanes que se turnaban. El General, a causa de sus dolencias, se agrió de carácter a tal grado, que no quiso confesarse con el cura de Perote porque era español, ni quiso beber catalán ni vino por ser de España. Hubo que llamar al cura don Gabriel Palacio, de Jalacingo, y casi inconsciente entró en la agonía y expiró sobre el pecho del capitán José Rafael Larrasilla, sin articular palabra, el 21 de marzo de 1843. A su esposa le fué dada la noticia hasta después de comer, en la mesa del General don José Durán, Jefe de la Fortaleza.

El General Victoria recomendó antes de morir que su corazón fuera llevado a Durango, su tierra natal; y el General don Alejandro García en 1862 cumplió el deseo del héroe; trasladó de Perote a Puebla los restos, y a Durango la noble entraña que había latido por la patria toda su vida. Pero las vísceras del General Victoria habían sido extraídas para embalsamar el cadáver y depositadas en un frasco de alcohol forrado de cinc, que quedó en la cripta que guardaba la urna, en la capilla de la fortaleza; y he aquí lo que escribe don José Rafael Larrasilla: "...Después de la invasión americana me visitó en San Martín Texmelucan, mi residencia, el mismo cirujano que embalsamó el cadáver del General Victoria, y me contó que los soldados americanos abrieron la fosa del General, y habiendo encontrado sobre su cadáver una caja de cinc en que fueron puestas sus menudencias, las que estaban en aguardiente catalán, vino y otros ingredientes, los invasores bebieron de aquel líquido y al día siguiente fueron conducidos al camposanto".

LA TRADICION VERACRUZANA DE MARIA ANDREA

Hasta hace poco tiempo la calle de la ciudad de Veracruz que hoy se llama de Zamora, se llamaba calle de María Andrea, en recuerdo de una mujer del pueblo que dejó tan hondo rastro en las tradiciones veracruzanas, que aun se recuerda, aunque haga ya un siglo, la historia de una obscura planchadora cuya vida fué verdaderamente ejemplar.

María Andrea era la muchacha más linda y más hermosa que haya habido entre las jarochas; alta, morena y gallarda, a sus perfecciones físicas unía un carácter esencialmente jarocho, pues su mirada era viva y franca, su lengua locuaz y alegre, su ingenio peregrino y su humor muy divertido. Era trabajadora y honrada a carta cabal, y en generosidad nadie la igualaba. Esta mujer tan extraordinariamente hermosa y linda fué amada por todos los veracruzanos de la época, pues su condición de muchacha pobre y huérfana hacía que fuera codiciada por los hombres, que creían ver en ella una presa fácil; y como a todo el mundo tratase con igual amabilidad y benevolencia, la asediaban codiciosos de su hermosura los mujeriegos más resueltos y pendencieros; pero ella se defendía con un gracejo natural y una voluntad tan firme, que todos los deseos y todas las audacias se estrellaron ante su abroquelada voluntad, y su conducta intachable, que por el número de los que la asediaban había causado con las envidias las murmuraciones, se impuso con la fuerza inmaculada de aquella criatura excepcional que quedó incólume de todas las acechanzas y de todos los peligros.

Una prueba terrible vino a hacer la consagración de María Andrea. En 1833 se abatió sobre el puerto de Veracruz la funesta epidemia del cólera morbus, y María Andrea, dejando su oficio de lavandera y planchadora con el que vivía honradamente, se multiplicó para atender a los atacados del pavoroso mal, velando enfermos, llevándoles medicinas y alimentos, dejando a unos restablecidos para ir a atender a otros en quienes el cólera había hecho presa, trayendo socorros y auxilios espirituales a los moribundos y enterrando a los muertos. Todo Veracruz estaba admirado de la resistencia de aquella joven que apenas contaba veinte años y ya había realizado una labor verdaderamente heroica, sin cansarse ni amedrentarse, hasta que a su vez cayó enferma y fué aislada y atendida por una buena mujer, que había sido su compañera de labores domésticas en la casa de una familia rica que abandonó Veracruz para ir a vivir a México, y las había dejado en el puerto de donde ellas no habían querido separarse. La mujer que atendió a María Andrea la llevó consigo a la casa del

Gobernador y allí siguió prestando sus servicios y siendo el encanto de todos los concurrentes y amistades del alto funcionario, quienes alababan la belleza y las cualidades de María Andrea que allí estaba al abrigo de eventualidades y se portaba con las virtudes y distinciones de una dama; y un oficial ayudante del Gobernador, joven distinguido y correctísimo, decidió casarse con ella después de ser correspondido, y estaba a punto de celebrarse el matrimonio cuando ocurrió la tragedia que, si hizo célebre el nombre de María Andrea vino a ser la causa de su desgracia.

Frente al puerto aparecieron los buques de una escuadra francesa que amenazaba a México, reclamando una alta suma por daños causados a súbditos franceses en nuestras revoluciones intestinas. En la casa del General Santa Anna, quien estaba en Manga de Clavo, había un movimiento constante de oficiales y jefes para aprestarse a la defensa y desafiar a la poderosa escuadra; las guardias se redoblaban y los clarines llamaban constantemente a la tropa y a la oficialidad. Vino el inevitable desembarco en la madrugada del 8 de diciembre, y en la vanguardia que se destacó para detener a los invasores al pisar tierra mexicana, iba el novio de María Andrea. Los primeros cañonazos fueron seguidos de nutridos fuegos de fusilería y las baterías contestaban el fuego de los buques de guerra. María Andrea tuvo un sobresalto y un cruel presentimiento, y sin medir el peligro a que se exponía salió a la calle, y al llegar a la esquina del Coliseo encontróse con una muchedumbre de zuavos, argelinos y franceses que cargaban bultos y cuanto podían saquear, y sobre el pavimento infinidad de cádaveres y moribundos que lanzaban ayes lastimeros, tanto mexicanos como extranjeros; María Andrea iba a retroceder huyendo de la chusma invasora, cuando sus ojos espantados vieron sobre el dintel de una puerta el cádaver de su novio, que en una mano tenía su espada y en la otra un revólver. La joven dió un grito de angustia cayendo desmayada al lado del único hombre que había amado, y de allí la levantó la soldadesca invasora llevándola a bordo de uno de los buques, deslumbrados todos los soldados ante la extraordinaria belleza de aquella muchacha que sus jefes comenzaron a disputarse. Ella volvió pronto de su desmayo con la frescura de la mañana, y cuando llegaban al muelle y la pusieron en la playa para hacer frente al General Santa Anna que había acudido haciendo fuego a los invasores y causándoles muchas bajas, María Andrea quiso huir al ver el desconcierto de sus raptos, y se debatía desesperadamente queriendo desprenderse de los hercúleos brazos que la sujetaban: pero todo su esfuerzo fué inútil, y sus gritos se perdían en el fragor de la pelea y entre las maldiciones y denuestos de los marinos que se veían obligados a retirarse y embarcarse. María Andrea fué el botín de guerra más hermoso de aquella muchedumbre que la embarcó en uno de los

buques, y no volvió a saberse más de ella. Todo Veracruz supo la triste suerte de la muchacha, y los hombres blasfemaban y las mujeres lloraban; y muchos años después las damas veracruzanas suspiraban amargamente cuando recordaban que la infeliz María Andrea había sido raptada vilmente y nadie había intentado rescatarla. Cerca de un siglo duró patente el tributo de la admiración popular, en una placa puesta para designar con el nombre de "Calle de María Andrea", la callejuela donde está el humilde "patio" de vecindad en que vivió María Andrea.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA PLAZA DEL VOLADOR

El vasto inmueble en que se ha decidido construir el Palacio de Justicia que dé albergue a todas las dependencias del ramo penal que hoy están esparcidas por varios rumbos de la ciudad, en tiempo de los aztecas fué un campo de juegos al que se dió después el nombre de Plaza del Volador porque en el centro había una percha altísima hecha de un pino gigantesco, de cuyo extremo colgaban cuatro cuerdas para que giraran en vuelo circular cuatro voladores, mientras otro permanecía de pie sobre la punta, juego al que llamaron "del volador" los historiadores de la Conquista. Ese terreno estaba anexo al palacio del Rey Moctezuma, que escogió el conquistador Hernán Cortés para construir el palacio que le fué enajenado más tarde para residencia de los virreyes y que hoy es Palacio Nacional.

El terreno ya dicho se dividió en dos partes en la época colonial, una para edificar la Universidad demolida en 1908 y la otra para mercado público, dejando en medio un espacio para calle. Un largo litigio se inició entre la Administración de la Ciudad y los herederos de Hernán Cortés, hasta que la primera triunfó al fin. Al llegar el Visitador Gálvez se mandó reunir en aquel lugar a los vendedores ambulantes que se instalaban en la Plaza Principal. Así duró hasta la época del Virrey Revillagigedo, quien hizo construir un mercado de madera, el cual en 1792 era un mercado en toda forma con calles interiores, puertas, banquetas y una fuente central; había cajones y puestos para cada clase de mercancías. Por lo expuesto, el solar del Volador perteneció sucesivamente a Moctezuma, a Hernán Cortés, a su hijo el Marqués del Valle, a los Duques de Monteleone y de Terranova, hasta llegar a ser propiedad del Ayuntamiento, que lo adquirió en setenta mil pesos en 1837, habiéndolo ocupado antes la ciudad desde 1789 por renta anual de dos mil quinientos pesos.

A esta época de 1837 se refiere Fidel en la regocijada descripción que sigue: "La Plaza del Volador, situada a orillas de la Calle Real o Flamencos, en el grande espacio que dejan el costado sur de Palacio, la Universidad y Porta-coeli, era un cuadrado de cajones o jacaes de tabla y tejamanil ennegrecido por las lluvias y los años, sucio, cenagoso y en el interior, de callejuelas estrechas y de difícil tránsito.

"Del lado de Flamencos, llamaban la atención las celosías o cortinillas encarnadas de los barberos, instalados con todos los adminículos del arte: es decir, la olla de sanguijuelas a la puerta, la piedra de amolar y el gallo a su pie; la guitarra con su moño de listón, colgada o en ejercicio; a la vista el escalafador, el yelmo de Mambrino, los frascos y el cepillo que se ponía, al concluirse la raspa, en manos del marchante para que depositase sobre él la propina.

"En la esquina del Volador que ve a la Plaza de Armas, había un rumboso estanquillo, con unos soldados de infantería colosales, pintados en las puertas, considerados cosa digna de honrar el arte de Apeles.

"La plaza en su parte interior, y a pesar de marcarse de trecho en trecho con los jacaes, divisiones y subdivisiones regulares, presentaba sistemático desorden, abandonándose la venta de verduras, frutas, patos, metlapiques, huevos, gallinas, quesos, etc., al sexo bello, y sirviendo carnicerías y tiendas al sexo poderoso.

"A la espalda de las barberías y tiendas de la parte exterior, había cajones en que se vendía jarcia, sombreros de petate y trastos de loza, barro y cristal ordinario, como quien dice, mercancías de uso más generalizado entre gente que rayaba con la gente pulcra.

"Algunos puestos de fruta poseían mostradores o canastos en que se exponían los artículos de venta, y éstos aparecían con la verdulera ancha de cuadriles, bullebulle y verbosa, con la camisa descotados el cuello y el pecho, casadera, pareciendo entre gargantillas de corales, relicarios, escapularios y medallas, el refajo en desván y las manos llenas de anillos, listas para el despacho y para soltarle una cachetada al pinto de la paloma.

"Pero ésta era la parte escogida y aristocrática del mercado; el común de traficantes hacían su negocio a raíz del suelo, rodando frecuentemente, a la vez, manzanas, lechugas y rábanos. Pero cuando llovía, la estrechez de las callejuelas, la multitud de transeúntes y la propensión de la gente de bronce a las aperturas, codazos, empujones y manoteos, hacían que se traficase en el fango, entre cáscaras y plumas, despojos de aves y toda especie de desechos. La suciedad y pestilencia eran más notables en los puestos de frutas, metlapiques, ranas, ajolotes, etc., y montalayos, tripa gorda, pancita, carnititas y otras carnes indecentes.

“En medio de aquellos remolinos de cabezas, canastos, muchachos y canes, flotaban los vendedores de pasteles y empanadas, *chuchulucos* y quesadillas, indios vendedores de fajas y monteras, manta de Texcoco, listones, medallas y voceadores de papeles, sin faltar el recaudador tiránico del impuesto, ni el *logrero* que cobraba veinticinco por ciento semanario, con abonos diarios, ni el lego glotón y chancista que cautivaba corazones y asgaba al descuido cristianas beldades, con el auxilio de la Purísima Concepción o de las benditas almas del Purgatorio. Ese cuadro se iba a desvanecer, o por lo menos a modificarse notablemente.

“Aquel lugar que presencié espantado el auto de fe de la época del Obispo Rueda, con la media naranja y la cruz verde; el mismo que retiraba sus jacaes con ruedas para algunas corridas de toros ejecutadas para agasajar a los Virreyes, iba a desaparecer para sustituirlo con un gran cuadrado de calicanto, según el plano presentado por el empresario Oropeza y aprobado por el General Santa Anna, quien colocó la primera piedra y en cuyo honor se erigió una placa que se colocó en una columna en medio de la nueva plaza y que derribó el pueblo, el famoso 6 de diciembre”.

Antes de la demolición del mercado, había 28 puestos en cada uno de los costados del norte y sur, y 24 en cada uno de los de oriente y poniente con tres grandes rejas de hierro por cada lado y llamósele Mercado del Volador en recuerdo del juego de los antiguos mexicanos. Concluída la obra el Ayuntamiento decidió erigir allí una estatua al General don Antonio López de Santa Anna, que se inauguró el 13 de junio de 1844, cumpleaños del dictador, y presidió la inauguración el General don Valentín Canalizo, Presidente interino de la República, quien la descubrió descorriendo un velo azul pálido de seda, ante un concurso numeroso de mexicanos distinguidos, a los acordes de la banda de los Supremos Poderes que tocaba una marcha militar mientras las fuerzas presentaban las armas, la artillería hacía tres salvas y las campanas eran echadas a vuelo en loor del héroe que se hallaba en su hacienda de Manga de Clavo.

Muy poco tiempo duró la estatua en su pedestal, pues el pueblo se amotinó y la derribó sin dejar rastro de la columna que la sostenía, antes de que se cumpliera un año de la inauguración, y fué puesta en el mismo lugar una estatua de la Libertad que había en la fuente principal de la alameda. La estatua de Santa Anna estaba no obstante guardada en la Obrería Mayor, y cuando una revolución lo elevó de nuevo al poder, a petición de un regidor fué colocada otra vez la estatua en su antiguo puesto; pero el astuto Santa Anna la hizo quitar de noche para aparecer ante el pueblo como un demócrata; y derrocado otra vez Santa Anna, otro regidor pidió que fuera erigido un monumento a la

Independencia de la República utilizando el bronce de la estatua del tirano, y se colocara en la Plaza del Volador.

Durante muchos años el solar del Volador sirvió de mercado a los vendedores de fierros viejos y multitud de artefactos populares, y se le llamó "el baratillo", y además de las tiendas que circundaban el antiguo mercado, instaláronse en la esquina de la Corregidora y Flamencos las oficinas del Registro Civil, hasta que todo fué demolido y los vendedores de fierros viejos pasaron a la Plazuela de Mixcalco, quedando el inmueble convertido en un jardín provisional, que desapareció para construir el Palacio de Justicia.

COMO EDUCABAN A LAS MEXICANAS EN 1830

La educación moderna que se da a las señoritas mexicanas es completamente diversa de la que se les daba hace un siglo. Podrá decirse que hoy esa educación es esencialmente mundana y que las mexicanas gozan de todas las libertades que han conquistado las europeas y las norteamericanas, aunque sin la excesiva facultad de gobernar sus acciones por sí mismas que aquéllas tienen, sino con las restricciones de los juicios que se hacen de esa educación que veda la libertad excesiva y que han sido aceptadas para disciplinar y poner una barrera a la libertad de las jóvenes mexicanas.

Hace un siglo que los jefes de familia se preocupaban poco ciertamente por la educación de las jóvenes, y dejaban a sus esposas esa educación, que era de tal modo deficiente que hasta a las señoritas acaudaladas se les dejaba desarrollarse en un medio de ignorancia y de futilidades, puesto que les bastaba saber de memoria el catecismo de la doctrina cristiana, leer y escribir, bordar con chaquiras, no enseñándoseles a coser porque esto lo juzgaban degradante, ya que las señoritas bien nacidas no habrían de vivir de coser ropa ajena. Se les enseñaba a comer correctamente, vestir a la moda, andar de una manera airosa, bailar los bailes de la época, boleros, contradanzas, valeses, y a tocar y cantar acompañándose en el piano o en la guitarra seguidillas y tonadillas, que era lo que se cantaba en los salones antes de que surgiera la canción mexicana y de que se cantaran romanzas italianas. Las señoritas encopetadas aprendían a alisarse el cabello y a pintarse al estilo de entonces, a tocar el pianoforte, danzar acompasadamente los bailes campestres y bailar las contradanzas con gracia. Las damas de la alta sociedad, como coronamiento de la educación que daban a sus hijas, les ofrecían el ejemplo de levantarse muy tarde, emplear mucho tiempo en acicalarse y vestirse para salir a pasear en coche por la alameda, al

paso lento de sus caballos, detenerse a hacer compras en la tiendas de ropa del Parián; para volver a sus casas al mediodía y almorzar a las once, recibir visitas hasta las dos y media, luego comer con toda comodidad y dormir una siesta de la que se levantaban a las seis a tomar chocolate, salir nuevamente a pasear y volver a ataviarse hasta las ocho, hora en que salían para ir al coliseo o algún baile del que volvían ya muy avanzada la noche para cenar y acostarse. Esta vida muelle no variaba sino cuando las señoras se enfermaban o daban tertulias en su propia casa; de suerte que ocupadas siempre en comer, vestirse y distraerse, no podían dedicarse a otra cosa y las hijas tenían que seguir el ejemplo de las madres.

En cuanto a las señoritas pobres de la clase media social, había escuelas o colegios como el de San Ignacio, que aun existe con el nombre de Colegio de las Vizcaínas, cuya educación consistía en enseñar a las colegialas la humildad, un recogimiento y un silencio constantes, prohibiéndoseles salir de sus viviendas, y en las aulas no inquietar a sus compañeras ni hacer ningún ruido; se levantaban diariamente a las cinco y media para oír misa a las seis y ocuparse en aprendizajes de lectura y escritura, y especialmente de costura y bordado; y mientras hacían estas labores, una colegiala expedita leía en voz alta lecturas espirituales. Se comía en silencio y después de comer se daban gracias a Dios y se dormía una pequeña siesta, tras de la cual, ya avanzada la tarde, se volvía a las labores de la mañana y se descansaba un momento para ir a los coros al sonar la oración, y hacer disciplina con las puertas cerradas y a oscuras, los lunes, miércoles y viernes; y los martes, jueves y sábados rezar rosarios, coronas, letanías y novenas hasta las siete y media en invierno y hasta las ocho en verano, y después ir a dormir.

LOS DIAMANTES HALLADOS POR EL GENERAL GUERRERO

La tradición ha guardado la noticia vaga de que en el Estado de Guerrero hay yacimientos de diamantes, pero sin precisar nunca en qué lugar se encuentran; y si no fuera por esta narración escrita en 1833, no podríamos tener un testimonio de un caso concreto del hallazgo de diamantes en esa región de la República. La narración es de un amigo del General don Vicente Guerrero, héroe de la Independencia, y el transcriptor de la narración conservó ésta casi literal, que es como ha llegado hasta nosotros.

“El General me dijo: “que buscando acompañado de algunos soldados un lugar a propósito para acampar, llegó donde había un texcale; que lo estuvo registrando y le pareció que había una rica veta de plata; pero que como las

circunstancias no eran para andarse en busca de minas, siguió adelante y llegó a otro sitio a la orilla de un arroyo; que el terreno era barro colorado desnudo, sin siquiera un zacatito, pero que había muchas piedras sueltas chicas y grandes, y todas más o menos redondas. Que lo que más le llamó la atención fué el color, pues se parecía al pedernal castellano, y que faltándoles piedra de chispa para los fusiles, creyó que allí podía habilitarse. Que se pusieron a esta manobra él y los soldados, golpeando las grandes contra las chicas para romperlas, y que la primera que abrieron tenía una oquedad y unos vidritos; que los estuvieron mirando, pero que como lo que les interesaba era la piedra, rompían los vidrios para aprovecharlas. Que en esto se partió una piedra grande que contenía vidrios más gruesos, que él los separó con cuidado, y los metió en una bolsa de cuero que llevaba, haciendo lo mismo con todos los grandes que salieron. Que al cabo del tiempo se encontró en el sur de Valladolid con una comadre suya muy insurgente, y que no teniendo qué darle, le regaló dos vidritos de los menos desiguales para que le hiciesen unos aretes: Que su comadre, en efecto, cuando fué a Valladolid, se dirigió a un platero para que pusiera en plata las piedrecitas; que éste las tomó en la mano, las estuvo reconociendo y le dijo, que si quería venderlas, a lo que contestó negándose, porque se las había regalado un compadre suyo; el platero insistió en que se las vendiera, que se las pagaría muy bien, pero que ella volvió a negarse; que le hicieron sus aretes y se fué. Que pasados meses se encontró con el Sr. Guerrero y le contó lo que había pasado, con lo que ya éste supo que valían algo los "vidritos". Diciéndole yo que por qué no iba a recoger aquella riqueza, me contestó con una especie de frialdad: "que tenía que hacer aquí, que estaba muy lejos el lugar, que no se podía ir en coche, y que él estaba muy enfermo". Le repliqué entonces que por qué no se valía de algunos de los soldados que lo habían acompañado en aquella ocasión, y me dijo, "que todos habían muerto en la guerra de Independencia, y que sólo había quedado uno que no sabía dónde paraba". El Sr. Guerrero me trató con tal franqueza en la materia, que sin preguntárselo yo (porque me pareció que no debía hacerlo), me comunicó el nombre del pueblo más inmediato al paraje; pero el nombre es mexicano y del todo lo he olvidado.

El grande interés que yo tenía era averiguar cómo se había descubierto que los vidritos eran diamantes, y llegué a saber por personas fidedignas, que en la primera entrevista de los señores Iturbide y Guerrero, éste le había regalado a aquél dos de las mejores piedras; que el Sr. Iturbide las hizo reconocer, que se llevaron al colegio de Minería, que las examinaron el Sr. D. Andrés del Río, Profesor de Mineralogía, y el Sr. Coter, Profesor de Química, hallándose también presente en el acto del reconocimiento el Sr. Moral, catedrático en el

día de Delineación, y que el Sr. del Río los calificó de diamantes finísimos octaedros, tan buenos como los de la India y los del Brasil.

Supe después otra especie y es, que el Sr. Guillow, diamantista enfrente de la Profesa, había comprado unos cuantos de estos diamantes en bruto; persona respetable de quien me he valido para que preguntase al Sr. Guillow, me ha traído la razón siguiente: "Que el citado Sr. Guillow compró unos diamantes en bruto que le llevaron, peso de 18 kilates; que el mayor del peso de tres, fué regalado a nuestro Museo, y otro que después de labrado se regaló al Sr. Guerrero pesaba en bruto 2 kilates. Que los compró a un correo que hacía el viaje a Veracruz, aunque no sabe cómo se llama. Hablando yo una vez con la misma persona que también había tenido bastante confianza con el Sr. Guerrero, y citándole la especie de indiferencia que yo le había notado, me dijo que el había hecho la misma observación, y que deseando saber el motivo, se lo preguntó al mismo Sr. Guerrero quien le había dado ciertas razones poderosas, pero que no son muy susceptibles de publicarse".

LAS FIESTAS DE NAVIDAD EN QUERETARO

El paseo de carros alegóricos que año por año ha venido celebrándose en Querétaro desde lejanos tiempos, es sin duda la fiesta de mayor esplendor que han tenido nuestras ciudades. Hace medio siglo que tenía toda vía otro carácter esa fiesta que después ha sido esencialmente profana, pues se dan cita ricos empresarios de juego con sus séquitos de jugadores, galleros, cantadoras, la truhanería trashumante que va de feria en feria en una vida de disipación. Pero antes era una fiesta típica de Querétaro por su carácter místico.

A las ocho de la noche los esquilones del convento de San Francisco, hoy Catedral, anunciaban la salida del "Rosario de Navidad," como se le llamaba entonces al paseo de carros alegóricos. Abría el desfile un convoy de enanos que representaban los espíritus malos y las supersticiones que reinaban antes de la venida de Cristo, precedidos por los tradicionales tamborcillos que ritmaban sonecitos pastoriles y alegres, y aparecía el carro alegórico de la Creación, en que se veía al Padre Eterno sacando de la nada lo creado, reducido al mundo que habitamos; se oía graznar los cuervos, cantar los pájaros, cuchichear los patos y las aves acuáticas, ulular los animales nocturnos y otros rumores producidos por la muchedumbre; seguía el carro del Paraíso, con un oasis en que según la leyenda bíblica nuestros primeros padres vivieron regaladamente; luego iba el carro del Pecado, en que Adán y Eva eran arrojados del Paraíso por

haber comido la fruta prohibida. Los carros estaban montados a todo lujo y familias distinguidas se disputaban el honor de ataviarlos. Luego venía la Peña de Horeb con una cascada cristalina y los israelitas apagando su sed en el precioso líquido y bendiciendo a Jehová. Continuaban los carros de la Cena de Baltasar, de Judith y Holofernes, de Josué deteniendo el sol, de Esther ante el rey Asuero, de la Adoración del Becerro de Oro, de José favorito del Faraón ante sus hermanos, de las siete plagas de Egipto, y multitud de carros que representaban los pasajes culminantes de la Historia Sagrada hasta que llegaba el carro de la Anunciación, y por último el del Nacimiento de Cristo. El carro de la Anunciación era titulado La Fuente de la Gracia, que conducían en hombros personas distinguidas, en elegantes andas circundadas de querubines. El carro de las jornadas seguía al anterior con los peregrinos, que eran imágenes llevadas del templo a la veneración pública, y recordaban las penalidades de María y José. Cuando aparecía La Cabaña, que era el carro del Nacimiento de Cristo, el regocijo llegaba al colmo; los niños eran despertados por las madres, para que no estuvieran dormidos en aquel solemne momento, y era un regocijo popular cuando se aproximaba la pesada mole del carro con su continuo golpear de trastes, con una confusión de gritos y cantos de animales domésticos, patos, grullas, guajolotes, perros, al mismo tiempo que dulces notas de instrumentos invisibles acompañaban al compás de panderetas a multitud de ángeles y pastorcillos que cantaban alegremente villancicos de Navidad. De pronto un movimiento agitado interrumpía las manifestaciones de júbilo, y de todas las bocas salía esta frase llena de emoción: ¡Ahí viene el Misterio! Era que una estrella de cristales llevada en lo alto, se acercaba para anunciar que venía el centro de la fiesta, lo más venerado, hacia donde se dirigían todas las miradas: el Misterio de los Leandros, llamados así dos indígenas, Aniceto e Isidro Martínez, del barrio de Santa Rosa, insignes escultores que tallaron un famoso Misterio, esto es Jesús, María y José, de madera, y que causaba la admiración de cuantos veían las esculturas por la perfección con que estaban talladas, y que existen aún en poder de las últimas religiosas clarisas exclaustradas que viven en Querétaro. La multitud caía de hinojos y en un profundo silencio sólo se oían suspiros fervientes y plegarias murmuradas en voz baja, y el ríntintín de los cristales de que estaban cuajadas las andas. Tras el Misterio seguían los Reyes Magos con sus trajes típicos bordados de oro y montados a caballo, que marchaban con la espada en la mano al son de clarines y seguidos de un brillante séquito.

Seguía una recua que llevaba los presentes que los Reyes Magos ofrecían al Niño, cajas y barricas de buenos vinos y otras muchas cosas. Y aquí era lo cómico de la procesión, porque los arrieros que conducían la recua iban vesti-

dos con los trajes típicos de antaño de los conductores de recuas, y llevaban sus mujeres tocadas con ancho sombrero con quitasol blanco, montadas en burros o en caballos; y la plebe unía sus gritos y sus silbidos a la algarabía de los arrieros, y participaba de su festín, pues iban comiendo sabrosas gordas y bebiendo en grandes guajes de agua, aunque se aseguraba que era mezcal lo que bebían, o fumando gruesos puros y empinando botellas, lo que causaba la hilaridad de la muchedumbre. Acabado el paseo de los carros, ya estaban iluminados los templos para la misa de gallo, que todo Querétaro iba a oír.

LAS MOJIGANGAS TRADICIONALES DE SEMANA SANTA

Las fiestas por excelencia de todas las ciudades de nuestra República eran las de la Semana Santa, pues aunque las prácticas religiosas eran hechas por la parte femenina de los moradores de las ciudades, una multitud de gentes de todas las clases sociales veía la celebración de la Semana Mayor como un pretexto para toda clase de fiestas y pasatiempos. Entre éstos se contaban las mojigangas que salían en paseos públicos, ya fuese de día o de noche, por las calles y las plazas, cuando todavía no existía el antagonismo entre clericales y liberales que dió al traste con las exhibiciones de las fiestas religiosas, al triunfar los últimos y desposeer al Clero de su poder que había conservado por espacio de muchos años.

De esas mojigangas la más famosa que se exhibe todavía es la quemazón de los Judas el Sábado de Gloria. Desde el Viernes Santo se veían colgados en una cuerda, de acera a acera en muchos lugares de la ciudad, personajes que imitaban a Judas Iscariote y que simbolizaban evidentemente un castigo ejemplar de la justicia popular al apóstol traidor. Pero el personaje fué degenerando hasta aparecer con todas las deformidades imaginables. En un tiempo servía la quemazón de los Judas como un escarnio para exhibir a personajes políticos que habían caído bajo el estigma del dominio público por sus hechos vituperables bajo todos aspectos; pero después fué reprimida esta difamación pública y los Judas han sido simplemente personajes grotescos a quienes se da las formas más absurdas. En torno de cada Judas se congrega una muchedumbre ávida de presenciar las volteretas que va a dar el Judas, el cual está provisto de una pequeña armazón de ruedas giratorias, y al dar el repique de Gloria en las iglesias, se le prende fuego a la mecha de pólvora que va al pequeño engranaje pirotécnico, y el júbilo popular estalla al ver al Judas debatiéndose entre la explosión y el estallido de cohetes que lo hacen pedazos para que suelte montones de

pambazos, frutas y dulces sobre los que se abalanzan los chamacos para disputárselos, mientras el Judas queda convertido en un harapo informe y humeante, ante las risas y la chacota del pueblo.

Otra mojiganga que duró muchos años fué la de los Gigantes, que eran unos monigotes enormes de carrizo forrado de papel, con la cara vuelta al cielo y los brazos colgantes; y desde la cintura al suelo estaba metido un hombre debajo de la armazón, con dos agujeros para ver hacia fuera, mientras bailaba y hacía evoluciones persiguiendo a los muchachos para quienes era una fiesta tal persecución. Había gigantes de los dos sexos; unos traían disfraces de moros, otros de corsarios, otros de judíos, y se dispersaban por los barrios para llevar su humoresca banda por todos los lugares donde hubiera un campo amplio para bailar y correr entre una muchedumbre feliz. Otra mojiganga que también duró muchos años fué la de Juan Panadero, expensada por los panaderos, y consistía en llevar un horno portátil muy vistoso, del que uno de ellos, Juan Panadero, sacaba bailando, con una larga pala, charolas copeteadas de "fruta de horno", así llamadas las rosquillas, puchas, mamones y bizcochos para regalo, que son de un sabor delicioso y se hacen al horno todavía hoy. Todo el mundo tenía derecho a alargar la mano y coger lo que quisiese de la charola que iba pasando hasta que quedaba vacía, lo que causaba gran regocijo entre la multitud. El vestido de Juan Panadero era el de la plebe de las ciudades: camisa y calzón blanquísimos, muy bien planchados, y en la cintura una faja azul que daba varias vueltas; la cabeza descubierta y los largos cabellos peinados con la raya a un lado; al cuello una mascarada roja y en los pies huaraches trenzados como los antiguos catles de los aztecas.

Otra mojiganga procedente de los antiguos tarascos era la Tarasca, un monstruo enorme en forma de saurio, formado por secciones de madera que se doblaban haciendo ondular el armatoste. Un hombre metido bajo la enorme cabeza hacía funcionar dos tapas que se abrían y se cerraban simulando la boca de la Tarasca, que también corría tras de los chicuelos simulando querer atraparlos para engullirlos, lo cuál causaba mucha hilaridad entre la muchedumbre que seguía la pantomima.

Las mojigangas de Semana Santa eran grupos de sayones y de judíos que recorrían las calles antes de agruparse para representar el *Vía crucis* y la Crucifixión; y eran mojigangas por la desastrosa indumentaria que portaban, con unos trajes mal copiados de las estampas del *Vía crucis* que se ven en las iglesias. Solamente las figuras de los principales personajes de la tragedia del Calvario inspiraban respeto, porque eran esculturas de los templos llevadas sobre una tarima en que se veían las imágenes de Cristo, la Virgen, Magdalena, Cirineo, los principales personajes bien vestidos. Pero los sayones y los judíos

eran la hez del pueblo, que se embriagaban para seguir los pasos de la pro cesión principal de Semana Santa.

Actualmente quedan pocas de esas mojigangas, y en las fiestas populares se ve aún el torito de carrizo echando chispas de la red pirotécnica que lo cubre y que va encendiéndose y arrojando buscapiés entre la multitud que lo torea. También se ven los huehuenches, nombre dado a los carboneros danzantes que en cierto día del año dejan sus labores para venir a los barrios a danzar en rueda, y que se distinguen de los demás grupos de danzantes por su aspecto pintarrajeado que delata su oficio de carboneros. Tales son las que propiamente pueden llamarse mojigangas, pues los grupos de danzantes de distintas regiones de la República son de un aspecto pulcro y pintoresco y causan una agradable impresión, aunque estén pobremente vestidos.

COMO ERAN "LAS POSADAS" EN 1856

El poeta y folklorista Marcos Arróniz describe fielmente cómo se celebraba a mediados del siglo XIX la tradicional costumbre de dar posada a los santos peregrinos María y José, las nueve noches de jornada que hicieron antes de llegar a Belén; costumbre que data del siglo XVI en que los frailes agustinos la instituyeron, por lo cual es una tradición netamente mexicana que se conserva viva hasta hoy.

“Las posadas es una de las costumbres más originales y curiosas del país, y derivan su nombre de las creencias cristianas. La Virgen tardó ocho días de Nazaret a Belén, donde debía dar a luz al Niño Redentor, y rendía su jornada en alguna choza en que con trabajo le cedían un rincón, que era su posada hasta llegar al término de su viaje. De aquí el origen de esta fiesta mundano-religiosa: ocho días antes de la Natividad del Señor, se reúnen a las nueve de la noche las personas de la casa, con el aumento superlativo de las convidadas, todas adornadas con lujo y delante de una especie de altar, donde están la Virgen y San José, se ponen a rezar las devociones para conmemorar aquel acontecimiento de nuestra fe; después se forman en procesión; los hombres cargan a aquellas dos imágenes, que están sobre unas andas; las señoras van con luces y cantando dulcemente al son de la música por toda la casa, que está brillantemente iluminada y regada de flores, mientras que en el aire estallan mil cohetes. Después llega la comitiva a una puerta que está cerrada, y en verso y música se pide posada para las imágenes; desde adentro contestan negativamente, pero en el mismo idioma; después de algún tiempo se abre la puerta, como

accediendo con disgusto, cual acontecía a la Virgen allá en la Tierra Santa, y es colocada en su altar; nadie se vuelve a acordar en toda la noche ni de su santa bondad ni del rezo ferviente. Allí, donde ha poco se oía el canto religioso y devoto, se pronuncian juramentos de amor por labios húmedos de champaña; en el lugar que atravesó la procesión, se rozan voluptuosamente los pies y las manos de los jóvenes de ambos sexos, y en vez de ideas de religión, todo lo anima el placer. Las músicas, las danzas, las hermosas, los vinos, los dulces, las viandas, son la continuación de aquel acto que comenzó invocando recuerdos dolorosos; nada menos que la proximidad del nacimiento de la víctima santa del Calvario. "El noveno día ya aparece el Niño nacido y se nombra entre las señoras cuál ha de ser la madrina para colocarlo en el altar, después de la procesión: esta noche es el baile más concurrido, espléndido, bullicioso, seductor. Los gastos crecidos a veces, tocan a distintas familias, una diferente cada noche, que se esmeran en aventajar a la anterior en el buen gusto de los adornos, en la magnificencia de la cena y en los regalos, pues que a las señoritas que concurren se le dan a la salida elegantes canastillas con dulces. No deja de haber rivalidades y emulación en estas fiestas, que algunas veces tienen lugar también todas las noches en distinta casa, cambiando toda aquella numerosa concurrencia de alojamiento, ávida de placeres y de posada para divertirse. Como consecuencia de estas fiestas, en la casa donde se reunieron la última vez, tratan de hacer la rifa de compadres. En esta afortunada tierra donde todos lo son, principalmente fuera de la Capital, y en donde vale a menudo más este título que el de hermano o padre, no es extraño haya afición a esta clase de vínculos. La mencionada rifa se reduce a echar en ánforas distintas los nombres femeninos y masculinos y se van sacando alternativamente de una y otra pregonando estos nuevos lazos dados, no por la naturaleza, sino por la suerte. Como es de esperarse, hay también sus intriguillas para sacar al amante con el objeto de su cariño, o para reírse con el grotesco compadrazgo de algún joven con alguna vieja verde, o entre dos personas antipáticas. El compadre está obligado a dar sus regalos a su comadre y después por subscripción se celebra el acontecimiento con un baile, en que es de ordenanza se rompa con las parejas de unos y otras".

LAS FIESTAS DE TLALPAN EN TIEMPO DE SANTA ANNA

Las fiestas de San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan, fueron famosas durante muchos años, especialmente bajo las administraciones del Presidente Santa Anna, que con su presencia les daba más animación, en una época en

que se habían relajado el orden y la moralidad. Don Guillermo Prieto pinta de mano maestra la época y las fiestas.

“Las condiciones peculiares en que se encontraba nuestra sociedad, unidas a la tradición colonial, hacían que siempre que se centraba el poder, la vida entera se refugiaba en México, fuente de empleos y favores, manantial de negocios, lugar de diversiones y de modas, punto de cita de los ricos de todas partes y repertorio en que la civilización exponía sus adelantos y tesoros.

La corte de Santa Anna tenía ese brillo, y aunque en los departamentos reinaban el descontento y la miseria, alrededor del dictador se multiplicaban los bailes; eran cotidianos los banquetes, y las reuniones en San Angel, casa de la Sra. Vallejos, podían figurar entre lo mejor y más escogido que había visto México. Por supuesto, que todo se calculaba y amoldaba a los gustos del árbitro de los destinos del país. Donde podía presentar un cuadro, en que en una rápida ojeada se diera a conocer México, era en la Pascua de Espíritu Santo, en que se verificaban las fiestas de San Agustín de las Cuevas. Grandes funciones de iglesia con repiques, cohetes, chirimías y cámaras.

Fondas, neverías, hospedajes y tiendas por todas partes; carcamanes y ruletas, bisbís y bolitas de colores. juegos en todas sus multiplicadas combinaciones y trampas. Banderas en las pulquerías y cantinas; tiras de heno de azotea a azotea, con anuncios de todas clases. En las afueras de la población, y bajo los árboles o entre los jacales, asnos, caballos, coches bombé y carretones con toldo, conductores de gente retozona y de la vida airada.

Y todo lo que se percibe en las banquetas y en medio de la calle, está cercado, inundado y como nadando en un mar de gente vestida de todos los colores; calzoneras, levitones, sombreros tendidos, sombreros acanalados de clérigos, redondos de algunos frailes y de petate del pópulo bárbaro. Había partidas o montes como el del Hospicio, que ostentaba como una gran plancha de oro los montones de onzas, y tenía un fondo de cien mil pesos.

El salón de la partida daba a un verjel delicioso, lleno de frondosos árboles frutales y flores exquisitas, circundando de fuentes de aguas cristalinas y juegos hidráulicos encantadores. Bajo los árboles se veían mesas con licores y refrescos, y en el senador del fondo se servían constantemente almuerzos y comidas magníficas, chocolates, café, dulces y cuanto se antojaba al apetito de los opulentos tahures. La gala consistía en arriesgar sumas enormes a un albur, viendo la pérdida con marcada indiferencia.

Así se contaba de Manuelito Rodríguez, (?) que con el producto de la venta de unas tijeras, ganó en una pascua doscientos mil pesos, jugando a la dobla; de D. Matías Royuela, se decía que una vez, conversando, puso un albur de veinte mil pesos, y cuando se le anunció la pérdida no interrumpió un mo-

mento la relación interesante con que entretenía a sus amigos. Lo más granado de la sociedad, lo eminente en el foro y en la Iglesia, en los destinos públicos y en el comercio, se entregaba al culto de Birján.

Los curas de almas, con todo y prole, rodeaban la carpeta verde, lo mismo que el padre de familia y el comerciante celoso de su crédito. Había hacendado que se condenaba a privaciones todo el año para darse el gusto de perder cuarenta o cincuenta mil pesos en la Pascua de San Agustín. El centro de esta orgía era la plaza, en que el grande edificio contenía nevería, fonda, partidas públicas y reservadas, y en el fondo la gran plaza de gallos, en cuyas peleas se aventuraban cuantiosas sumas. Santa Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licenciatura.

Era de verle en la partida, rodeado de los potentados del agio, *dibujando el albur*, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun de oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba a Birján en sus torerías.

En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desaforados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque. Allí presidía Santa Anna, diciendo que proclamasen la chica o la grande, cuidando que estuvieran listos los mochilleros y de que saliera vistosa la campaña de moros y cristianos.

Conocía al gallo tlacotalpeño y al de San Antonio el Pelón o Tequixquípam, daba reglas para la pelea de pico, y revisaba la *botana* para que estuviesen en orden las navajas de pelea. Había momentos en que cantar de gallos, músicas, palmadas y desvergüenzas se cruzaban, en que los borrachines con el gallo bajo el brazo, acudían al Jefe supremo, y éste reía y estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia.

A la caída de la tarde, en caudalósimas corrientes se desprendía la gente, brotando del centro de callejones y vericuetos llenos de árboles y flores, y se dirigía al Calvario o las Fuentes, a pie, a caballo, en carros o carruajes elegantes. El Calvario es una cuenca de verdura, dominada por una pequeña colina, con su capilla pintoresca.

Las Fuentes las forman la gradería de las extensas lomas de sur y occidente que forman casi anfiteatro magnífico que ciñe un prado extenso y risueño rodeado de huertas, de chozas de labradores y de casitas que blanquean entre las enredaderas, las *uñas de gato* y los cortinajes de *manto de la Virgen*. En la gradería se instalaba el pueblo alegre, que amenizaban muchachos y vendimias en son campestre.

A la orilla de la llanura tendíase elegante sillería con lugares de distinción. En una altura conveniente estaba la música. Las grandes damas, los jóvenes garridos, los heraldos del buen tono y la moda, rompían el baile sobre el verde césped.... y aquello era delicioso.... Mientras cuadrillas, galopas, etc., formaban remolinos de seda y encajes, a la orilla del llano se convenían carreras, saltan y travesan los muchachos y se ajustan partidos que nada tienen que ver con las partidas. En la noche era el gran baile en la plaza de gallos. Las sombras comunicaban proporciones colosales a la orgía y servían de disfraz a la desvergüenza y al desenfreno.

Rimas, cantos, amor callejero, embriaguez repugnante.... y más en la sombra el dependiente de la casa de comercio que había jugado el dinero del amo, el padre de familia que había perdido el pan y la honra de su familia, y gente *non sancta* que esperaban de la estafa y el robo la reparación de sus fortunas.

Mientras el pueblo se solazaba, y en torno del héroe todo era holgorio, aunque muy en voz baja la maledicencia llamaba *quince uñas* al César, aludiendo a su amor al dinero; en las Cámaras se organizaba como desapercibida una oposición decidida y concienzuda, reivindicadora del derecho y del honor que al fin sirvió de mucho a los buenos patriotas hasta producir la revolución gloriosa del 6 de diciembre”.

UN GOBERNADOR ENTRA A CABALLO EN CATEDRAL

La Semana Santa del año 1857 fué memorable en México, porque en ella se registró un hecho insólito que puso en alarma a toda la ciudad, que no sabía hasta dónde llegarían los acontecimientos, y porque exhibió a la luz del día el antagonismo sordo que existía entre la Iglesia y el Estado, no obstante la diplomacia que hasta entonces se había empleado para disimular la tensión de las relaciones entre el gobierno civil y el eclesiástico.

Era costumbre establecida que la primera autoridad, durante la sucesión de gobiernos reaccionarios que hubo hasta entonces, asistiera a las culminantes ceremonias eclesiásticas de la Semana Santa, para manifestar las cordiales relaciones que ligaban a la Iglesia y al Estado, unión que quedó rota por la Constitución de 1857 que proclamó la independencia de los dos poderes y por las Leyes de Reforma que hicieron efectiva la Constitución. La exaltación política y religiosa se hizo patente en discusiones públicas y en distintivos con que cada quien proclamaba sus ideas, un lazo rojo en la solapa los liberales, y un lazo verde los conservadores. El Estado exigía a sus servidores el juramento de la Constitución como se exige hasta hoy, para deslindar lealtades e infidencias,

bajo la pena de destitución; y la Iglesia ordenaba la abstención completa del juramento a la Constitución, amenazando a los desobedientes con la pena de excomunión. En tal virtud los que juraban conservaban sus empleos y los que no juraban veíanse en el caso de quedar en la miseria.

Las decisiones originadas por este estado de cosas eran perentorias. El escritor García Cubas relata que en las oficinas públicas se obligaba a los empleados a cumplir ceremoniosamente con lo mandado, ante un crucifijo colocado en una mesa con dos velas de cera encendidas y el evangelio abierto; en otras oficinas la ceremonia era ante el crucifijo, pero sin velas encendidas y con el evangelio cerrado; en aquéllas el juramento era individual y en éstas colectivo, lo que ocasionaba que no fueran percibidas las omisiones de unos ni las reservas de otros, y cita la escena que presencié en la Secretaría de Fomento. “Preguntando el Ministro a los empleados, conforme a la fórmula establecida, si juraban la Constitución, unos cuantos contestaron *sí juramos*, pero los más permanecieron en silencio, y al terminar el secretario con la frase de costumbre *si así lo hicieréis*, etc., un empleado de categoría se adelantó hacia aquél y le dijo: “Advierta usted, señor Ministro, que yo he contestado negativamente”. “En ese caso, replicó aquel funcionario señalando la puerta con la mano, por allí puede usted retirarse de la Secretaría”. Esta escena pone de manifiesto la intransigencia que reinaba entre el poder civil y el eclesiástico, y explica el conflicto que vamos a consignar extractándolo del escritor citado. Al llegar el Jueves Santo, en cumplimiento de la costumbre establecida, el Presidente Comonfort consideró un acto de prudencia abstenerse de asistir a la ceremonia; pero el Gobernador don Juan José Baz, hombre de carácter enérgico, decidió concurrir a la Catedral en representación del Presidente, y al oír el rumor público de que no sería recibido en la Catedral, quiso explorar previamente qué actitud asumiría la autoridad eclesiástica, dirigiendo al Arzobispo un oficio en que le manifestaba que no podía asistir el señor Presidente de la República a los oficios que se celebraban en la Catedral el jueves y viernes de aquella semana, y que él concurriría en lugar del Presidente a dichos actos. El Arzobispo contestó al Gobernador que con nadie había tratado sobre el asunto, pero que el Gobernador *haría bien en omitir su asistencia*, en vista del escándalo que su presencia ocasionaría a los fieles. El Gobernador, no obstante esta respuesta, acompañado del Ayuntamiento, “bajo sus mazas,” se presentó a las puertas de la Catedral el Jueves Santo a las nueve de la mañana, y mandó dar el correspondiente aviso al Arzobispo, primero por medio de un comandante de escuadrón y después por medio del Jefe de la Policía, recibiendo por respuesta al primer aviso por medio de un capellán de coro y al segundo por un canónigo, que no se le recibía porque esa era la orden que había dado el señor Arzobispo. El Gobernador

regresó con el Ayuntamiento al Palacio Municipal para informar por escrito al Presidente de la República, por conducto de la Secretaría de Justicia, y terminaba diciendo en su nota:

“La conducta del Clero en esta vez es sobremanera insultante y despreciativa a las autoridades, y creo perdería el tiempo en inculcar a usted la necesidad de un castigo tan pronto, tan público y tan grande como ha sido la ofensa. Llamo la atención de V. E. sobre los términos de las comunicaciones del señor Arzobispo, en las que desacatando a la Autoridad se atreve a decir que sería un escándalo para los fieles mi concurrencia al templo. Si la conducta del Clero se dejara sin castigo, sería necesario perder la esperanza de ser obedecido y respetado en lo de adelante”.

Sin esperar respuesta el Gobernador montó a caballo y seguido del Jefe de la Policía y de un piquete de fuerza armada se dirigió a la Catedral cuyas puertas estaban cerradas y vió una multitud de gente amotinada que henchía la plaza, y la tropa distribuída en puntos estratégicos y con las armas preparadas. El Gobernador recorrió el atrio principal y ascendió por la pequeña escalinata, penetró por el atrio de los canónigos en el patio del Colegio de Infantes y detuvo su caballo frente a la puerta de la antesacristía, en la que entró a pie para exigir a los canónigos, que permanecían encerrados en el coro, que le entregasen la llave del sagrario que según la costumbre establecida, se ponía al cuello del Presidente de la República o de la persona que lo representara. No habiéndosele entregado la llave, volvióse al atrio donde uno de los ediles sostenía una disputa con el portero que se rehusaba a entregar las llaves de la gran reja de hierro; pero las entregó al fin en virtud de la orden que recibió de un canónigo que representaba al Arzobispo, y el Gobernador seguido del Ayuntamiento abandonó el atrio y dispersó al pueblo con frases duras, e hizo retirar a los seminaristas que revestidos de manto y beca observaban atónitos la escena desde las rejas. Las puertas quedaron cerradas por orden del Gobernador, quien prestamente se apartó del lugar para estar en aptitud de combatir el motín con que amenazaba el pueblo y dejar que las fuerzas obraran en caso necesario. Algunas piezas de artillería fueron rodadas de Palacio; las torres de la Catedral y las bóvedas del sagrario fueron coronadas de soldados, y algunos tiros al aire calmaron a la multitud haciendo que se dispersara.

El motín crecía en el interior de la Catedral, adonde llegó el Obispo Madrid, que oficiaba en el templo de San Fernando y se trasladó a la Catedral adonde entró por la puerta de las Escalerillas, infundiendo con su presencia nuevo ardor a los que llenaban el templo y que prorrumpieron en gritos injuriosos contra los liberales, sin respetar el recinto donde se hallaban; pero una reprimenda severa del Obispo por aquella profanación puso fin al desorden; los

canónigos permanecieron todo el día en el coro, y hasta las seis de la tarde en que se cercioraron de que no corrían ningún peligro, salieron y la Catedral abrió sus puertas para que el público pudiera visitar el "monumento", como se llamaba al altar mayor paramentado y lleno de luces de cera que se exhibe ese día.

El Ministerio de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública comunicó al Arzobispo las penas con que se castigaba su desobediencia escandalosa que pudo dar lugar a hechos sangrientos en la ciudad de México, y aún en la República; y en atención a la ancianidad y precaria salud del Arzobispo se le ordenó que permaneciera preso en su palacio arzobispal hasta nueva orden, y todos los canónigos que ultrajaron al representante de la Autoridad Suprema y toleraron además los gritos sediciosos con que se profanó escandalosamente el interior del templo, fueron aprehendidos y presos hasta nueva orden del Gobierno, en la sala capitular del Ayuntamiento, para que aun el local en que se hizo efectivo el castigo sirviera de reparación del ultraje.

LA EXCLAUSTRACION DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Es interesante recordar el florecimiento y la extinción de una institución tan útil como fué la de las Hermanas de la Caridad, cuya fundación se debió en México a doña María Ana Gómez de la Cortina, Condesa de la Cortina, quien obtuvo del Gobierno mexicano la autorización correspondiente para fundar esa benéfica institución, con un capital de 141 000 pesos en fincas de su propiedad ubicadas en la ciudad de México, que daban con sus rentas y con las de otras donaciones ulteriores, lo necesario para sostener en 1874 a 410 hermanas de las cuales 355 eran mexicanas, al extinguirse la Hermandad.

La institución de las Hermanas de la Caridad, fundada en París en 1634 por San Vicente de Paul, tuvo por primera Superiora a María Luisa de Marillac, viuda de Gras, que fué secretaria de la Reina María de Médicis; y desde su origen no era una orden monástica sino una asociación religiosa para servir a los pobres y especialmente a los enfermos. En 1831 el Cónsul de México en Burdeos trasladó al Gobierno mexicano una solicitud de la Superiora del hospital de enfermos incurables de París, para fundar en México una institución análoga; pero el estado de revolución no permitió que se tomara en consideración la solicitud; y hasta 1843 se aprobó el establecimiento de la congregación de señoras llamadas Hermanas de la Caridad, tanto en la ciudad de México

como en otras ciudades de la República. La Condesa de la Cortina dió poder a su agente en Madrid para que gestionara el nombramiento de las hermanas que habían de venir a México en calidad de fundadoras, y llegadas a Veracruz en 1844 arribaron a la Capital el 15 de noviembre de ese año y se instalaron, después del *Tedéum* y la bendición arzobispal dada en el templo de Santa Teresa, en una casa del Puente de Monzón, de donde con la Superiora Sor Agustina Inza pasaron a una casa de campo en Tacubaya las ocho hermanas fundadoras; después a la hacienda de Clavería, luego a la Casa de la Mariscal y por último al Colegio de las Bonitas, donde establecieron su casa matriz. Ese nombre le fué dado porque se acogían allí cuantas hijas naturales estuviesen expuestas a la deshonra por su belleza.

Las obligaciones de las Hermanas de la Caridad, además de sus disciplinas monásticas, eran asistir a los enfermos, principalmente en los hospitales y en las cárceles, sin retroceder ante el aspecto repulsivo que presentaran seres desgraciados y miserables, aun cuando sus enfermedades fueran contagiosas, absteniéndose solamente de atender a individuos cuyos males ofendieran el pudor. Véaseles cruzar las calles acompañadas de dos en dos con su hábito azul, un rosario al cinto y una toca blanca aderezada, pidiendo caridad para los afligidos y necesitados, penetrando en las habitaciones y en los hospitales para dar consuelos, alimentos y medicinas a los enfermos y ayudar a bien morir a los moribundos, sin que temiesen los contagios ni las intimidase el frío del invierno ni el calor del estío. Tuvieron el control de todos los hospitales de la Capital y de sus alrededores; y si acaso atendían a personas ricas recibían las retribuciones voluntarias para entregarlas a la Superiora de su institución.

Pero el año 1858 la República, al poner en vigor las Leyes de Reforma, trató de hacer efectiva la exclaustración de los frailes y monjas que vivían en sus conventos; y aunque no fueran molestadas las Hermanas de la Caridad, el ministro francés Vizconde de Cabriac, dirigió una nota al Gobierno exponiendo que eran de nacionalidad francesa y se hallaban por tanto bajo la protección del Gobierno Imperial, por lo cual había hecho izar la bandera francesa en el edificio de las Bonitas para preservarlas de los males que pudieran resentir; y la Secretaría de Relaciones contestó que el Gobierno protegería con todo su poder no solamente a dicha institución sino a todas las que existiesen en la Capital; pero que en las Hermanas de la Caridad no reconocía otra nacionalidad que la mexicana en virtud de que su existencia de asociación civil se debía a una autorización del Gobierno y su sostenimiento a la piedad de los mexicanos. Durante el gobierno del Presidente Comonfort quedaron tranquilas las Hermanas de la Caridad a pesar de las revueltas políticas y militares de aquella época, y las buenas mujeres continuaron impartiendo sus cuidados a los

enfermos; pero en enero de 1861, vencedor el Partido Liberal después de la batalla de Calpulalpan, hizo efectivas las Leyes de Reforma, y aunque el Colegio de las Bonitas había quedado hasta entonces neutral en las exclaustaciones, una denuncia reveló al Gobierno que en el edificio había oculta una fuerte suma de dinero y alhajas depositadas por las monjas de la Concepción. Se mandó catear el edificio y se descubrieron en un sepulcro del panteón 41 000 pesos y algunos objetos de valor ocultos bajo una capa de estiércol; y durante una diligencia judicial el nuevo Ministro de Francia, M. de Saligny, se presentó en el edificio y se opuso a que la diligencia se efectuara, dirigiendo una altanera nota al Ministro de Relaciones en la que amenazaba con "renunciar a renovar toda clase de relaciones con el Gobierno para el cual no había nada sagrado." Y como el Juez civil fuera a recoger los objetos encontrados la noche anterior para depositarlos conforme a la ley, M. de Saligny se opuso a que entrara el Juez cubriendo con su cuerpo la entrada de la pieza en que se hallaban los objetos expresados, y el Juez prudentemente se retiró para evitar un conflicto internacional. El Ministro francés no solamente impidió la acción judicial, sino que rompiendo los sellos que amparaban el depósito se lo llevó a su casa. El Gobierno ordenó a la Secretaría de Relaciones pidiera por conducto de la Legación en París al Gobierno francés la remoción de su representante en México, "quien con su conducta había demostrado ser el menos a propósito no sólo para reanudar las relaciones, pero ni para conservarlas entre los dos gobiernos." De esta manera, los ministros franceses M. de Gabriac y M. de Saligny fueron la causa de que ya no fueran gratas las Hermanas de la Caridad, a las que se había excluído de hacer efectiva en ellas la exclaustación de religiosas. No obstante esto, la Secretaría de Justicia, a cargo de don Ignacio Ramírez, hizo saber por circular que el Gobierno estaba resuelto a conservar y proteger entre los establecimientos de beneficencia el de las Hermanas de la Caridad, para que continuaran en sus importantes servicios bajo la inspección gubernamental, sin que la institución pudiera quedar bajo la protección de ningún gobierno extranjero, sino bajo la legítima acción del Gobierno mexicano. Del informe rendido por el Juez y la declaración de la Superiora y de las hermanas, quedó claro que éstas no habían recibido ninguna ofensa al practicarse las diligencias judiciales, conclusión que se hizo saber a M. de Saligny como resultado de la investigación.

Esta fué una de las causas, o más bien de los pretextos, que trajeron la intervención francesa en México, pues en 1861 se dirigió un oficio a la Superiora Sor Agustina Inza para comunicarle que las Hermanas de la Caridad dependían solamente del Gobierno de la República, hallándose éstas, por tanto, obligadas a renunciar toda protección extranjera; y la Superiora contestó que

no asistiéndole el derecho de obrar como se le ordenaba, remitía la nota a quien correspondía la decisión. No fué sino hasta después de retirado el ejército francés y caído el Imperio al triunfo de la República, cuando en 1874, elevadas ya al rango de constitucionales las Leyes de Reforma, las Hermanas de la Caridad, a quienes se les hacía el cargo de secuestrar centenares de jóvenes educandas para arrancarlas de su patria, manifestaron su voluntad de abandonar el país, por su libre albedrío; y a fines de enero de 1875 embarcáronse en Veracruz como hemos dicho al principio, tanto las extranjeras como las mexicanas que quisieron seguir su destino.

“YO ME QUIEBRO, PERO NO ME DOBLO”

Esta frase que la tradición atribuye a don Melchor Ocampo cuando se le intimó para que se arrodillara al ir a ser fusilado, pinta ella sola al hombre, uno de los más conspicuos hombres de la Reforma, cuya vida sin mancha debe ser conocida por todos los mexicanos como un magnífico ejemplo de rectitud y de sencillez. La juventud pintoresca de Ocampo es digna de ser contada. Recogido por una rica señora michoacana dueña de la hacienda de Pateo, lo hizo educar como se educaba hace un siglo y al morir le dejó todos sus bienes. Su tutor se lo trajo a México donde cursó en la Universidad lo necesario para ser bachiller y después licenciado; pero la independencia de carácter de Ocampo lo hizo renunciar a todo y con un puñado de dinero se fué para Veracruz y se embarcó en un buque que lo llevó a París, de donde escribió a su tutor diciéndole que había ido a conocer el mundo y a hacerse hombre por sí mismo; trabajó en lo que pudo para ganarse la vida cuando tenía diez y siete años, y además de trabajar concurría a la Sorbona y siguió los cursos de Trigonometría, Agrimensura y Agricultura Práctica en el Jardín de Plantas, para lo cual hizo amistad con el Director del Museo de Historia Natural. En las noches escribía un “Viaje de un mexicano a París” y un “Suplemento al Diccionario de la Lengua Castellana por las voces que se usan en la República de México.” Viajó por Suiza y por Italia sin dinero casi, andando a pie y comiendo pan y manzanas, siempre escribiendo sus notas en las horas de descanso.

Vuelto a México pronto llamó la atención por su posición social en la que su talento fué reconocido, y electo diputado al Congreso General de 1842, Ocampo al frente de un grupo de liberales pidió que se expidiera una Carta Fundamental de acuerdo con las nuevas ideas, con las cuales ya no estaba de acuerdo la Constitución de 1824, y en armonía con la verdadera forma de Go-

bierno Representativo Popular; y en sus discursos proclamó la libertad de cultos y la enseñanza laica, bases sobre las que se formuló después la Constitución de 1857. En 1844 el Presidente Pedraza encargó a Ocampo del gobierno de Michoacán, donde tenía mucho prestigio y partidarios, y dió principio a su labor equilibrando la hacienda pública, haciendo economías después de pagar con exactitud a los empleados; abrió caminos, fundó escuelas, instituyó una guardia nacional, y como visitara las cárceles y viera en la miseria y en la vejez a presos que tenían treinta años de cárcel, decidió fundar una penitenciaría y dió libertad a muchos por estar compurgados sus delitos con las miserias sufridas durante tantos años. Reflexionando sobre los presidios tal como los vió, dijo Ocampo: "La gente mala no mejora su condición en la cárcel, porque viviendo en el ocio y en mala compañía, exasperada por el mal trato que se le da, tiene necesariamente que empeorarse; pues que a semejanza de las manzanas pútridas, al contacto de unos y otros, tiene que venir la fermentación de las pasiones y la putrefacción moral".

En la invasión norteamericana de 1847, siendo Gobernador de Michoacán organizó tropas bien disciplinadas para defender a la Patria; y al ser llamado a Querétaro por el Gobierno general a una junta de gobernadores, al firmarse los tratados de paz pidió que se asentara en el acta su protesta y dijo: "Puesto que nos llaman salvajes, tengamos al menos las virtudes de éstos, que mueren defendiendo su suelo." Electo senador Ocampo, el Presidente Herrera lo nombró Ministro de Hacienda en 1850, y vuelto a su hacienda de Pateo tuvo una polémica ruidosa con el Obispo Munguía, en la que sus ideas de reformador causaron sensación, y desde entonces quedó pactada por el Clero su sentencia de muerte. Unido a Juárez en la lucha por la Reforma, tomó parte activa en la revolución de Ayutla y fué aprehendido y llevado preso al castillo de San Juan de Ulúa, de donde fué desterrado a Cuba y pasó a Nueva Orleans, donde vivió con Juárez bajo el mismo techo. Vuelto a México y victoriosa la revolución de Ayutla se unió al gobierno de Comonfort en Cuernavaca; pero viendo su actitud ambigua y su política de transacciones, dimitió y se retiró a su hacienda de Pomoca, donde se dedicó al estudio de las ciencias naturales y publicó eruditos estudios sobre idiomas indígenas mexicanos comparados; hizo un estudio sobre el cacao y otro sobre la vainilla, escribió un ensayo de Carpológia y clasificó la nueva especie de encina *quercus melífera* y dió una idea del *edizaro girador*, cuyas dos hojuelas naturales se mueven a toda hora del día y de la noche; emprendió estudios sobre Derecho Natural y sobre la necesidad de las relaciones como origen del derecho y del deber; instaló un museo en su casa originado por el hallazgo de unos restos de mastodonte cuyas costillas medían siete varas. Celebraba su natalicio vaciando sus bolsillos en las manos de los pobres, y socorría a cuantos necesitados le pedían y a los que por referen-

cia sabía que lo necesitaban. Fué un precursor del comunismo. "Cuatro veces, decía en 1851, perdoné la deuda a todos mis peones, y puedo jactarme de haber dulcificado mucho sus costumbres, de haberlos vuelto más hábiles para los trabajos y ser hoy bien querido aún de los que dejé en Pateo".

Volvió a la vida agitada de la política y acompañó a Juárez encargándose de los ministerios de Gobernación y de Relaciones, de Guerra y de Hacienda. En marzo de 1858 estuvo a punto de ser fusilado con Juárez y los otros ministros por el Coronel Filomeno Bravo, y se salvaron cuando Guillermo Prieto al oír la voz "preparen armas" y ver tendidos los fusiles hacia ellos, abrió los brazos y se puso entre los fusiles y las víctimas diciendo: "Aquí estamos: somos inocentes. Los valientes no se manchan con un crimen". Y los soldados bajaron las armas. Ocampo fué quien hizo efectiva la Ley de Desamortización. Cuando le preguntaron por qué no era millonario ya que tantos se habían hecho ricos de la noche a la mañana, dijo: "Nosotros creímos que era indispensable la desamortización de los bienes del Clero; pero no creímos justo tomarnos un palmo de tierra".

Al quedar triunfante el Gobierno de la Reforma, Ocampo aconsejó a Juárez que cambiara de Ministerio porque la causa no lo necesitaba ya y el pueblo pedía otros hombres, y para dar el ejemplo dimitió y se fué a su hacienda de Pomoca, donde vivía entregado al cultivo de sus tierras y de sus estudios favoritos, cuando un día se presentó en Pomoca el jefe español Lindoro Cagigal al servicio de la reacción derrotada cuyos restos aun andaban levantados, acompañado de cien hombres, e intimó a Ocampo que se diera preso. Ocampo lo invitó a comer poniéndose desde luego a sus órdenes, y después de la comida fué llevado a Maravatío y a Tepeji del Río, donde pretextando una equivocación al mandar fusilar al bandido León Ugalde, fué fusilado don Melchor Ocampo el 3 de junio de 1861, infamia tan manifiesta que los jefes reaccionarios Félix Zuloaga, Leonardo Márquez y Antonio Tacada se echaban recíprocamente la culpa de tan inicuo fusilamiento. Ocampo murió con entereza, sin inmutarse ni afligirse, y solamente pidió una hoja de papel para hacer su testamento que escribió sobre la rodilla. Como viera que se le hacía andar demasiado preguntó si faltaba mucho para llegar, y al oír que sí faltaba, se detuvo diciendo que era inútil caminar tanto, pues aquel lugar era bueno para la ejecución. Un historiador moderno dice que al ordenársele que se hincara dijo: "¿Para qué? Estoy bien al nivel de los fusiles". Pero la tradición cuenta que sublevado ante el mandato de que se hincara para recibir una muerte que no mereció por ningún motivo, más que por el antiguo odio clerical que al fin venía a cebarse en su víctima, dijo simplemente: "Yo me quiebro, pero no me doblo".

LOS ACUEDUCTOS Y LAS FUENTES DE LA CIUDAD DE MEXICO

Una nota decorativa que hermoseaba a la ciudad de México por dondequiera, hace unos cuarenta años, era la de las fuentes en que se depositaba el agua potable para dar de beber a los habitantes capitalinos. Sesenta y una fuentes había a mediados del siglo pasado, distribuídas en una pequeña área que por cuatrocientos años limitó a la ciudad de México, la cual estaba reducida a un perímetro imaginario desde la iglesia de Santa Ana hasta la de San Antonio Abad, y desde la iglesia de la Soledad hasta la de San Cosme, pues todo lo demás eran llanos, sin que existieran todavía los barrios de Santa María, de San Rafael, de Cuauhtémoc, de la Reforma, de la Indianilla, ni menos las colonias nuevas que han surgido en torno de la ciudad.

El agua potable de la Capital era conducida por dos acueductos, uno que partía de una fuente ubicada junto a una de las albercas de Chapultepec, desintegrada y reconstruída unos cuantos metros hacia el oriente para dejarla como un recuerdo histórico; este acueducto venía en línea recta a la Capital por la calzada de Belén que hoy es Avenida Chapultepec, hasta penetrar en las calles y llegar a la fuente del Salto del Agua, en el crucero del Niño Perdido, fuente que aun queda en pie; el otro acueducto partía de otra alberca de Chapultepec, recorría la calzada de la Verónica hasta llegar a la fuente de la Tlaxpana, y su caja de agua estaba en la calle de la Mariscalá, que hoy es Avenida Hidalgo. Las fuentes de México eran monumentales construcciones coloniales cuyo estilo puede estudiarse en las fuentes de Chapultepec y del Salto del Agua, que todavía existen, como hemos dicho. Las fuentes de Roma, construídas unas desde la antigua Roma y otras en la época del Renacimiento, algunas de éstas por arquitectos tan ilustres como Bernini, quedan en la imaginación como un bello recuerdo en quienes han visitado la Ciudad Eterna. De la misma manera, las fuentes de México eran recordadas con agrado por quienes venían a conocer la ciudad que fué Tenochtitlán y que después fuera el México colonial: eran bellas arquitecturalmente y muy útiles porque derramaban el precioso líquido entre todos los habitantes, que se surtían en ellas por medio de los aguadores, los típicos "tortugos" que cruzaban ágilmente en todas direcciones llevando un cántaro de agua colgado al pecho y una jarra de barro en la mano, cubiertos con un mandil y espaldera de cuero de venado, con una cachucha también de cuero, y llevando al cinto una bolsa de colorines para apuntar un colorín por cada cántaro de agua, que depositaba el aguador en

una bolsita de cuero crudo clavada en la pared, para rayar el sábado lo que le correspondía por los viajes de agua que había hecho durante la semana. Esta cuenta del aguador era sagrada, pues ni él echaba un colorín de más ni nadie le quitaba un colorín de la bolsita. Los aguadores eran los *nazarenos* en las procesiones de la Semana Santa.

El primero de los acueductos citados fué hecho construir por los reyes aztecas, y durante el sitio de Tenochtitlán lo cortaron los españoles para dejar sin agua a los sitiados, que sólo tenían el agua salada del lago de Texcoco, calamidad que unida a otras muchas determinó la caída de la capital del Imperio Azteca. Ochenta y dos años más tarde, en 1603, el Virrey Marqués de Montes Claros, mandó reconstruir el otro acueducto, el de la Tlaxpana, hecho de mampostería en la arquería y de ladrillo para el caño del agua, y que fué terminado en 1620 por el Virrey Marqués de Guadalcázar. Establecido el virreinato se procedió, después de casi dos siglos, a reinstalar el primitivo acueducto de los aztecas, y fué el Virrey Bucareli quien lo concluyó en 1779 hasta llegar al Salto del Agua. Tenía más de 900 arcos y 5 metros de altura, y todavía hoy, en 1935, se ve un tramo en pie. Ambos acueductos fueron destruídos desde la introducción del agua potable de Xochimilco a la Capital, pues los veneros de las fuentes de Chapultepec ya no bastaban a dar el agua necesaria que exigía el crecimiento de la gran ciudad.

Las fuentes de México, como hemos dicho, eran verdaderamente hermosas, y de ellas solamente han quedado reproducidas en litografía la fuente de Bucareli, que era verdaderamente monumental; la fuente de la glorieta central de la Alameda, que todavía se conserva íntegra aunque un poco modificada: la fuente de Santo Domingo, que desapareció al ser cambiada la decoración de la plaza por la que ahora tiene; la fuente de la Tlaxpana, también monumental aunque derruída en sus detalles ornamentales y la fuente de la Mariscalá, que desapareció definitivamente cuando fueron demolidas las manzanas de Santa Isabel y del puente de San Francisco para construir en ese inmueble el Palacio de Bellas Artes. La fuente de Zuleta se hallaba en la calle que hoy es primera de Venustiano Carranza y estaba embutida en uno de los muros, con un techo abovedado y el brocal a lo largo de la acera que mira al sur y próxima a la esquina de San Juan de Letrán. La fuente del Paseo de Bucareli fué destruída para colocar en su lugar la estatua de Carlos IV; la fuente del Colegio de Niñas tenía un brocal rectangular frente al muro de la casa que fué demolida para construir el edificio del Banco Hipotecario; la fuente de Corpus Christi era circular y ocupaba la avenida frente al templo de Corpus Christi. De la fuente de San José de Gracia, la fuente de San Miguel, la fuente de Regina, la fuen-

te de San Fernando, la fuente de San Sebastián y muchas otras, no queda más que el recuerdo de que existieron.

En el Paseo de Bucareli, que hoy es Avenida Bucareli, había tres fuentes, de las cuales la principal era de grandes dimensiones, y en el centro se levantaba un templo circular con cuatro pórticos separados por columnas gemelas de orden jónico que sostenían el entablamento de orden dórico, del que arrancaba una construcción piramidal coronada por una estatua alegórica que simbolizaba la Independencia; en el entablamento y sobre cada par de las columnas gemelas había cuatro estatuas yacentes con la cabeza reclinada en la cornisa; en los ángulos había cuatro tritones que arrojaban el agua por sus bocas; y ocho macetones de piedra, equidistantes en el vaso circular de la fuente, vertían el agua en pabellón por sus coronamientos. En la Alameda no solamente queda la fuente de la glorieta central, sino que hay otras dos fuentes coronadas por estatuas, que datan de lejanas épocas, y una de época más reciente que está decorada por una hermosa estatua de Venus vaciada en bronce, y que es la más popular de las estatuas de la Alameda.

POR QUE SE LLAMA EL ZOCALO A LA PLAZA MAYOR DE MEXICO

Las personas que no residen en la capital mexicana oirán que todos los capitalinos llaman "el Zócalo" al centro de la Plaza Mayor; y verán ese nombre escrito en muchos vehículos, indicando una carrera del centro de la ciudad a cualquier otro punto de ella o a cualesquiera de sus alrededores. Nadie sabe hoy de qué se origina tal nombre, y será curioso recordarlo fundándonos en la autoridad de don Manuel Rivera Cambas, quien publicó en 1880 su preciosa obra *México Pintoresco*, que es la historia de la ciudad y en la que están consignadas valiosas tradiciones que no habían sido compiladas antes por ningún historiador.

En 1843 los profesores de la Academia de San Carlos reuniéronse para convocar a los arquitectos a fin de que presentaran proyectos para un monumento a la Independencia que debería levantarse en el centro de la plaza principal. Presentáronse doce proyectos y la Academia aprobó el de Mr. Griffon, mas el Presidente Santa Anna desaprobo la elección y escogió el del arquitecto Hidalgo, a quien se dió la dirección de las obras. La ceremonia de la colocación de la primera piedra hecha por el Ministro de Relaciones en nombre del Presidente enfermo fué curiosa: el funcionario tomó una cuchara de plata con man-

go de caoba pulidamente labrada, el Ministro de Justicia la piedra y el de Hacienda una vasija de plata con agua para verterla en la mezcla que portaba el Oficial Mayor de Guerra; acabada de poner la piedra el Ministro de Relaciones don José María Bocanegra pronunció una alocución enaltecendo la elevación del monumento destinado a recordar grandes hechos de nuestra historia. La excavación para los cimientos no pudo ir más allá de tres varas, pues era tal la cantidad de agua que brotaba, que no bastaban tres bombas poderosas que trabajaban día y noche para limpiar el plano en que debían clavarse las estacas, y hasta que hubo quedado libre el centro de la excavación, de algunos cimientos y estacadas antiguas que aparecieron, dió principio la obra de clavar las estacas de cedro, que eran árboles traídos del monte de Río Frío, pues cada estaca tenía siete varas castellanas de largo y media vara de diámetro en la parte más gruesa, con la disminución natural del extremo que entraba en la tierra y que se quemaba un poco antes de clavarlo para que no se pudriera. Es curioso saber que para clavar las estacas se empleaba un gran cubo de madera de tepehuaje de vara y media cúbica que formaba un sólido con peso de veinticuatro arrobas, pendiente de fuertes cuerdas que corrían por dos poleas de una vara de diámetro; diez y seis hombres tiraban de las cuerdas y suspendiendo el enorme bloque a la altura de un metro sobre la parte superior de la estaca lo dejaban caer de golpe, y así la estaca se hundía hasta quedar enterrada. El número de estacas empleadas fué de mil novecientas setenta y cuatro, que a diez y ocho reales cada una, importaron cuatro mil cuatrocientos cuarenta y un pesos cuatro reales, según dice el acucioso historiógrafo, y fueron colocadas en líneas paralelas de oriente a poniente y a distancia de tres cuartos de vara cada una; y en el perímetro de la figura que se dió al Zócalo se clavaron tantas estacas cuantas fueron necesarias para que quedaran unidas unas a otras. Después se relleno de cal y canto la distancia entre las paralelas formadas por las estacas, y encima de cada hilera de estacas se pusieron planchas de cedro de una tercia de grueso y media vara de ancho, para cubrir las cabezas de las estacas hundidas en la tierra; estas planchas de cedro quedaron alineadas de oriente a poniente, y todos los huecos formados entre las planchas fueron también rellenos hasta dejar todo enrasado; luego fueron puestas nuevas planchas sobre las primeras formando con ellas ángulos rectos y se volvieron a enrasar los huecos. Las planchas empleadas fueron trescientas y cada una costó cincuenta pesos.

Como se ve, la construcción para la que se había puesto tan sólido cimiento, iba a ser monumental, y se sabe que sería una pirámide truncada de la que arrancarí una columna de cincuenta varas de altura, todo revestido de mármol con adornos de bronce dorado y coronado el monumento por una estatua de bronce; en el interior de la columna debería ir una escalera en espiral hasta

la estatua; y en las caras del pedestal debería ostentar bajorrelieves con páginas de nuestra historia e inscripciones para ensalzar las glorias de la Patria. De este proyecto solamente pudo levantarse la base de la pirámide con grandes bloques de pórfido y a dos varas sobre el nivel de la plaza, construcción que ha desaparecido después de haber sido la base de una gran farola colocada en 1859, y que fué reemplazada por un quiosco para las músicas militares que daban serenatas los jueves y los domingos, costumbre que subsistió hasta 1910. La construcción de este poderoso cimiento es indestructible, hasta el punto de que cuando se trató de elevar allí un monumento a la Revolución, se quiso volar con dinamita el famoso cimiento, mas a esto último se opusieron los propietarios y moradores de los almacenes y de las casas que circundan la plaza, por el justo temor de que fueran destruídos los edificios o cuando menos sufrirían graves daños.

La Plaza Mayor de México ha sido teatro de muchos acontecimientos y ha sufrido varias transformaciones. El Marqués de Branciforte, Virrey de Nueva España, hizo elevar frente a Palacio un monumento rodeado de una balaustrada de piedra en forma elíptica, con cuatro puertas de rejas de hierro y cuatro fuentes en la parte exterior; y en el centro erigió la estatua ecuestre de Carlos IV que está hoy en la Plaza de la República, pues México la conserva como un monumento de arte debido al escultor y arquitecto don Manuel Tolsa. En 1822 se cubrió la estatua con un globo de papel y el recinto se transformó en una plaza de toros para celebrar la coronación del Emperador Iturbide; y después de las fiestas la estatua fué llevada al patio de la Universidad que después fué Conservatorio Nacional, y las rejas de fierro son las que hay ahora en Chapultepec: En 1840 se plantaron los fresnos que había en el frente de la Catedral hasta hace pocos años y en el atrio se instaló el paseo de las Cadenas, nombre popular dado a ese lugar que se veía todas las noches concurrido por muchas personas y donde se instalaban pequeñas vendimias de pasteleros y dulceros. En 1866 se formó el jardín del Zócalo a iniciativa del Regidor don Ignacio Trigueros; se plantaron muchos árboles que crecieron hasta formar una pequeña selva y los prados se poblaron de flores; por las amplias banquetas enlosadas que circundaban el amplio cuadrilátero transitaban muchos paseantes, que descansaban en sesenta y dos bancas de fierro con asientos dobles, distribuídas en las caras exteriores y en las banquetas que conducían de los ángulos al centro, donde se elevó el quiosco y daban serenatas los jueves y domingos las músicas de la Guarnición de la Plaza. La caja acústica de fierro que techaba el quiosco recogía los sonidos para que no se perdieran y desde muy lejos podían oírse claramente las notas musicales. El Zócalo ha sido por muchos años el lugar en que se celebran las verbenas populares del Carna-

val, la Pascua, Todos Santos, Noche Buena y las fiestas cívicas del 15 y 16 de Septiembre. A principios del siglo XIX estuvo ocupada una parte de la plaza con el Parián, que era una manzana de establecimientos mercantiles que permaneció formando una calle frente al Palacio Municipal, hasta que fué demolido, como decimos en otra parte. La costumbre que duró algunos años de instalar en el Zócalo durante las fiestas teatros provisionales, panoramas de vistas, tablados de títeres y multitud de vendimias, desapareció al través de los años, así como la de adornar el centro del Zócalo con salones provisionales de manta adornados de espejos, cuadros, plantas floridas en macetas, farolillos venecianos y otros adornos vistosos.

Después de la Revolución de 1914 fueron arrasados los jardines, quitado el quiosco y repartidas las bancas de fierro en otros parques públicos, sin que quedaran en el Zócalo más que cuatro fuentes sencillas de piedra en torno de una glorieta central, que justamente está en el lugar en que hace un siglo se proyectó elevar el monumento de la Independencia que después se elevó en el Paseo de la Reforma.

D. JAIME NUNO AUTOR DEL HIMNO NACIONAL MEXICANO

En varias etapas del siglo XIX la ciudad de México tuvo la fortuna de hospedar a distinguidos artistas europeos y americanos. Una de esas etapas felices fué la década de 1850 a 1860, en la que vinieron al país el violinista Henry Wieuxtemps, famoso compositor y virtuoso cuyas obras tocan aún los grandes violinistas en sus conciertos; el pianista Henry Herz, uno de los más eminentes concertistas de su época; el violinista Franz Coenen, que con el pianista Herz, después de ser muy aplaudido en la Capital, hizo la primera jira artística por el interior de la República; el violoncellista Max Bohrer; el pianista Ernesto Lubeck, que reveló la música pianística de Liszt y de Thalberg, y que presentó en un concierto al pianista mexicano Tomás León, quien tocó por primera vez en México música de Chopín y fué consagrado como ejecutante de primer orden; la primadonna Enriqueta Sontag, que dejó una grata memoria en México donde murió en plena gloria; la primadonna Balbina Steffenone que dió a conocer en México muchas óperas del repertorio italiano; el contrabajista Giovanni Bottesini, de fama universal, que sólo ha sido igualado por el contrabajista Sergio Kousewitzky, contemporáneo nuestro, al tocar conciertos de los grandes maestros en tan difícil instrumento. El arte americano estuvo representado en

esa época por los insignes violinistas cubanos Eusebio Delgado y José White, que podía parangonarse con los artistas citados.

No fueron estos los únicos excelentes músicos que vinieron a México en esa época, pues en las compañías de ópera que venían año por año, o a veces dos compañías de ópera, como en 1854 en que trabajaban simultáneamente dos cuadros operísticos cuyas figuras culminantes eran las primadonnas citadas, venían cantantes de primer orden e insignes músicos de orquesta, entre ellos el contrabajista Bottesini. Uno de los músicos distinguidos entonces, cuyo nombre debía perpetuarse entre nosotros, fué el pianista, compositor y director de orquesta don Jaime Nunó, español nacido en Gerona, cuyo nombre aparece en un concierto dado el 26 de julio de 1852 en que tocó al piano una gran fantasía de la ópera *Straniera*, muy gustada entonces, pues hay que recordar que las fantasías de óperas fueron tocadas en conciertos durante medio siglo. La estancia de don Jaime Nunó en México se prolongó por algunos años, como la de muchos artistas extranjeros que vinieron a residir entre nosotros, pues el 6 de junio de 1864 aparece como director de orquesta de la Compañía de Opera Italiana Ronzini, que debutó con *Trovatore* y puso en escena muchas óperas del repertorio italiano.

No vino el compositor Jaime Nunó en su juventud a nuestro país por una eventualidad, sino que hallándose en La Habana, a donde había sido enviado por el gobierno español para fundar la primera banda militar introduciendo en ella los instrumentos de latón, fué presentado al General don Antonio López de Santa Anna, quien venía a México llamado por sus compatriotas para ser elevado a la Presidencia de la República. El General Santa Anna invitó a Nunó a venir a México con el nombramiento de Inspector General de Bandas Militares; el joven músico español aceptó, y poco tiempo después embarcóse para venir con ese cargo que se dió a reconocer oficialmente por la orden de la Plaza de México. A la sazón el Gobierno mexicano convocaba a un concurso para un canto patriótico que reuniera las condiciones necesarias para ser nuestro Himno Nacional, y lanzada la convocatoria para el poema que debía ser muscado, obtuvo el primer premio el joven poeta don Francisco González Bocanegra, que triunfó sobre todos los poetas de su tiempo con el hermoso poema en diez estrofas que tiene una curiosa historia en su origen, pues cuenta la tradición que no quería el poeta entrar al concurso y que su novia, que después fué su esposa, para obligarlo cariñosamente a que escribiera el poema, lo encerró con llave en una habitación donde lo tuvo guardado todo un día hasta que terminó el poema. Aprobado por el jurado que integraron distinguidas personalidades literarias, don José Bernardo Couto, don Manuel Carpio y don José Joaquín Pesado, lanzóse la convocatoria para la composición musical, y el Mi-

nisterio de Fomento nombró en comisión a los maestros don José Antonio Gómez, don Agustín Balderas y don Tomás León, eminentes músicos de la época, para que examinaran las quince composiciones recibidas en el concurso; y la comisión calificó en primer lugar, como digna de adjudicársele el primer premio, a la que iba amparada con el lema *Dios y Libertad* y que roto el lema que amparaba el nombre, resultó ser de don Jaime Nunó. “En dicha composición —decía el fallo de la comisión calificadora— hemos encontrado más originalidad y energía, mejor gusto, y, por decirlo así, la creemos más popular, reuniendo a estas circunstancias la de su sencillez y buen efecto”. Han pasado más de ochenta años, y la composición de Nunó sigue reuniendo las mismas condiciones anotadas por el jurado calificador; y cuando se escuchan los himnos de todas las naciones, como en la reciente Fiesta de la Primavera celebrada en el Palacio de Bellas Artes, el Himno Nacional Mexicano es ciertamente uno de los más bellos, y al oírlo sigue electrizando de amor patrio a todos los mexicanos.

La noche del sábado 16 de Septiembre de 1854 fué cantado en el gran Teatro Santa Anna de la ciudad de México, que después fué el Teatro Nacional hoy demolido, el *Himno Nacional Mexicano* compuesto por don Jaime Nunó con letra de don Francisco González Bocanegra. Las estrofas fueron cantadas por la primadonna Balbina Steffenone y por el tenor Lorenzo Salvi, alternados, y los coros de la Opera Italiana y la Gran Orquesta coréaron y ejecutaron el Himno que fué cantado al llegar al teatro el Presidente de la República, General don Antonio López de Santa Anna. El entusiasmo delirante que produjo el canto patrio blasonado por un decreto, fué inmenso. Al mismo tiempo que en la ciudad de México, el Himno Nacional era cantado en todas las ciudades mexicanas guarnecidas por el Ejército Federal, a cuyas bandas militares habían sido enviados ejemplares de la instrumentación del canto patrio.

La vida novelesca de don Jaime Nunó bien merece ser recordada, aunque sea a grandes rasgos. Cuando la revolución de Ayutla derrocó al Presidente Santa Anna, todos sus partidarios tuvieron que emigrar, y el compositor Nunó creyóse en el deber de emigrar también, previendo que el nuevo orden político no tuviera para él las mismas consideraciones, ya que el General Santa Anna lo había invitado a venir a nuestro país. Otros hombres habían surgido; otros ideales habían hecho virar la nave de nuestros destinos; pero el Himno Nacional seguía siendo el canto de guerra, el canto de victoria al arribar a las playas de las preciosas conquistas de la libertad y del derecho, en la vida pública de un país que jamás se estanca ni se detiene al surcar el mar turbulento de nuestras luchas por alcanzar el premio a que aspira todo pueblo libre. Pasaron cincuenta años, y de los acontecimientos que hemos bosquejado nadie se acordaba

ya al oír el glorioso Himno Nacional, hasta que un día de abril de 1901, al recorrer el periodista mexicano Antonio Rivera de la Torre la Avenida Delaware en la ciudad de Búffalo, llamóle la atención un rótulo en que se leía "Women's Union Building", y curioso por ver una de las grandes instituciones de mujeres que existen en los Estados Unidos para dar protección a la mujer, entró, y al subir leyó en una placa: *Jaime Nunó.—Estudio*. Detúvose asombrado y de pronto creyó que era algún descendiente del compositor a quien se creía muerto desde hacía muchos años; pero al comunicar su asombro a otros mexicanos residentes allá, fueron a cerciorarse de que efectivamente era don Jaime Nunó, un anciano de 76 años con su barba y sus cabellos blancos, el mismo que había vivido en México y había compuesto nuestro Himno Nacional.

Entonces los honores tributados al anciano compositor comenzaron en Búffalo, donde don Jaime Nunó, en un banquete dado al Embajador Azpíroz por la Delegación Mexicana a la Exposición Internacional, sentóse en la mesa de honor, y todos los comensales lo aclamaron al oír el Himno que le había dado fama. Se organizó una manifestación en su honor y celebróse en el Women's Union Building, a la que concurrieron familias de Búffalo, periodistas y los mexicanos huéspedes de la Exposición; la Banda de Artillería de México se instaló frente al edificio y tocó música mexicana, y al tocar nuestro Himno Nacional repitióse la ovación al anciano maestro que apareció conmovido en un balcón para dar las gracias y saludar a la numerosa concurrencia. El jefe de la Delegación Mexicana a la Exposición Internacional le ofreció en nombre de México una preciosa corona de flores naturales y lazos tricolores, y la ovación de aplausos y nuevos vivas se repitió estruendosamente, y el señor Nunó para corresponder ofreció un lunch en su estudio. Desde entonces empezaron a tributarse nuevos honores al maestro, quien fué invitado por el Gobierno de México para venir a dirigir el Himno Nacional al ser puesta la Campana de la Independencia sobre la portada del Palacio Nacional; y al aparecer en la tribuna de la orquesta, su presencia fué saludada con indescriptible entusiasmo, y los agasajos y fiestas dados en su honor se multiplicaron durante su permanencia en la ciudad de México. Todos querían tener el placer de contemplar vivo al ilustre anciano, quien permaneció entre nosotros algún tiempo para volver a Búffalo cargado de honores y gratos recuerdos. Todavía más tarde, en 1905, retornó a nuestra capital por última vez, y después de recibir nuestras reiteradas manifestaciones de cariño, fué a morir en Bay Syde, New Jersey, el 18 de julio de 1908, y por tanto no pudo complacer el deseo de los mexicanos de que viniera a dirigir nuestro Himno Nacional en las fiestas del Centenario de la Independencia.

LA NAVIDAD EN MEXICO EN 1840

La Marquesa Calderón de la Barca, esposa del primer Embajador de España en México, describe así en su libro *Life in Mexico* la fiesta mística y profana con que se celebró la Navidad en 1840, en el sagrario de la Catedral y en la casa de la Marquesa de Vivanco, distinguida dama mexicana de aquella época.

“A las nueve todo el mundo estaba reunido en el coro. D. B. . . de uniforme azul oscuro y oro, nosotras con mantillas. La iglesia estaba espléndidamente adornada y según es de rigor en estas ocasiones, no se permitió la entrada a los léperos, de manera que la multitud era muy elegante y selecta. La ceremonia salió muy brillante. Cuatro o cinco de las muchachas y varias de las señoras casadas tienen voces soberbias, y de los que cantaron en el coro ninguno tiene mala voz. La más hermosa, podía decir casi que he oído nunca, es la de la Sra. . . .; si ella fuera a estudiar a Italia, me atrevería a profetizar que podría rivalizar con Grisi. Rara vez se ven unidos tal profundidad, tanto poder, tanta extensión y tal dulzura, con tanta riqueza de tono en las notas superiores. Cantó un solo por tal manera, que pensé que las personas que estaban en la iglesia se sentirían inclinadas a aplaudir. Hay otras cuyas voces están mucho más cultivadas y que tienen infinitamente más ciencia. Ahora hablo sólo de aptitudes naturales. La orquesta estuvo realmente buena, dirigida por un músico de primera clase. Dí gracias cuando terminó mi parte de la fiesta y pude prestar atención individual a los otros. La celebración duró cuatro horas, pero formó parte de ella un largo sermón. Pronto recibiréis una narración detallada del conjunto, que se publicará en el Anuario mexicano llamado “La Guía de las Señoras”.

“En la noche fuimos a la casa de la Marquesa de Vivanco, para pasar con ella la víspera de Navidad. En esta ocasión todos los parientes y amigos íntimos de cada familia se juntan en la casa del jefe de la misma y en esta que visitamos nosotros había unas cincuenta o sesenta personas.

“Esta es la última noche de lo que llaman *Las Posadas*, curiosa mezcla de religión y diversión, cosa extremadamente bella. Su interpretación es ésta: En la época en que salió el decreto de César Augusto para que “se exigiera contribución a todo el mundo”, la Virgen y San José, habiendo salido de Galilea para Judea a fin de inscribirse en los padrones, encontraron Belén tan llena de gente llegada de todas partes del mundo, que hubieron de vagar por las calles durante nueve días sin lograr alojamiento estable en alguna casa o fonda,

y el día noveno se guarecieron en un pesebre, en el cual nació nuestro Salvador. Durante ocho días se representa esta vagancia de la Santa Familia a través de las diferentes *posadas*, y más parece ello cosa para divertir niños, que algo serio. Fuimos a la casa de la Marquesa a las ocho, y la ceremonia comenzó a eso de las nueve. En manos de cada señora ponen un cirio encendido y luego se forma una procesión de dos en dos, que marcha por toda la casa; los corredores y paredes están decorados con cipreses y lámparas, y todo el mundo canta la letanía. K. . . . acompañó a la Marquesa viuda y un grupo de niñitos vestidos de ángeles, que se unieron a la procesión, llevaban trajecitos de papel dorado y plateado, penachos de blancas plumas y profusión de finos diamantes y perlas en bandeau, prendedores y collares, alas blancas de gasa y zapatos blancos de raso bordados de oro. Por último, la procesión se detuvo delante de una puerta y pasó un aguacero de fuegos artificiales sobre nuestras cabezas, a lo que imagino, para representar el descenso de los ángeles, porque a la sazón apareció un grupo de señoras vestidas de modo tal, que parecían representar a los pastores de Belén. Se oyeron entonces las voces de María y José entonando un himno, en el que solicitaban se les diera posada, y decían cuán fría estaba la noche, y cuán oscura, y cuán fuerte soplaba el viento, por lo que pedían albergue por esa noche.

“En el interior se oyó un coro de voces que negaban la posada. De nuevo los de afuera suplicaron pidiéndola, y al fin declararon que la señora que estaba en la puerta y que de esa manera vagaba por la noche, sin tener donde reposar su cabeza, era la Reina de los Cielos. Al oír este nombre se abrieron de par en par las puertas y la santa familia entró cantando. Ocupaban lo largo del cuarto plataformas cubiertas de musgo, sobre las cuales se veían dispuestos grupos de figuras de cera que representaban por lo general pasajes de diferentes partes del Nuevo Testamento y aun a veces a Adán y Eva en el Paraíso. Se veía allí la Anunciación, la Salutación de María a Isabel, los Sabios del Oriente, los pastores, la huída a Egipto. Había árboles verdes y frutales y fuentejillas que arrojaban lindas columnas de agua, y rebaños de ovejas y una cunita que esperaba al Niño Jesús. Uno de los niños tenía en sus brazos un nene de cera. Todo estaba muy brillantemente iluminado y adornado con flores y guirnaldas. Un padre retiró al nene de los brazos del ángel y lo depositó en la cuna, con lo cual quedó completa la posada.

“Regresamos a la sala, ángeles, pastores y demás, y bailamos hasta la hora de la cena, que fué una perfecta exposición de dulces y pasteles”.

LA FIESTA DE CUAUHEMOC

El 29 de agosto, desde hace muchos años, viene celebrándose en la glorieta de Cuauhtémoc, en el Paseo de la Reforma, una fiesta exclusiva de indios para conmemorar el aniversario de la caída de Tenochtitlán, la capital del Imperio Azteca, y la captura del Emperador Cuauhtémoc en el lago de Tezcoco.

Los indios vienen de los pueblos comarcanos del antiguo Anáhuac, hoy Distrito Federal de tierra firme, pero entonces laguna circundante del islote cubierto por la pequeña ciudad de Tenochtitlán. Vienen con su moderna indumentaria de camisa chispada sobre el calzón blanco y estrecho arriba del cactli de correa y suela crudia; y en lugar de la tilma de algodón anudada al hombro, como la traen multitud de indios todavía en regiones distantes, portan un pequeño sarape abierto en medio para sacar la cabeza, y en las manos traen palmas enfloradas para dejarlas al pie del monumento del héroe. Las indias vienen como antaño, coronadas de flores y con las trenzas entretreídas con cintas de colores y anudadas a la espalda; las camisas bordadas y abiertas dejando ver los hombros y combadas por los pechos erectos; los techomites que son enaguas azul negras, plegadas en la cintura por multitud de cíngulos vistosos, angostos y tejidos con primor, y los pequeños pies descalzos. Traen en las manos ramilletes de flores que dejan en los peldaños del monumento, y braseros encendidos con copal que queman en actitud reverencial, para sahumar con el humo odorífero los espíritus de los antepasados.

Hecho el holocausto, izan un largo morillo del que penden listones de todos colores; coge un color cada uno, procurando ir mezclados hombre y mujer, y da principio una danza en torno de la percha clavada en el suelo, primero para destejer los listones y después para tejerlos al ritmo de una música de huéhuetl, teponaztli y chililitli, que toca una danza de pluma, danza guiadora de los pasos de los danzantes que forman un conjunto pintoresco, girando lentamente y cruzándose al girar para entretrejer los listones que van formando un petatillo de colores mezclados.

Durante muchos años el Padre Sandoval, cura de Ixtacalco, decía una arenga en idioma mexicano antes de la danza de pluma; pero desaparecido el sacerdote que recordaba en su traje talar negro a los antiguos teopixques, para conmemorar al héroe y su epopeya, pues Cuauhtémoc, apresado en su barca por Cristóbal de Olid, dejó su ciudad en ruinas ardiendo, apestada y hambrienta para que la ocuparan los españoles después de un sitio de 80 días por agua y tierra, la tradicional arenga está a cargo de un orador oficial, mientras

una banda militar de la guarnición toca marchas fúnebres y triunfales, y una inmensa multitud con la cabeza descubierta, rinde tributo a la memoria del último emperador azteca.

LA ANTIGUA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Un edificio venerable de la capital mexicana, fué la antigua Universidad de México, demolida a principios del siglo XX por el temor pueril de que se fuera a derrumbar, haciendo desaparecer así uno de los centros más ilustres, que hoy sería testigo superviviente de la cultura mexicana cimentada en la metrópoli colonial a la vera del Palacio Nacional. El primer Virrey de México don Antonio de Mendoza solicitó del Emperador Carlos V el permiso para la fundación de una Universidad, con su dotación correspondiente, en la capital de la Nueva España; pero trasladado al Virreinato del Perú, tocó al segundo Virrey don Luis de Velasco cumplir las cédulas, acordadas en 1551 por Carlos V y firmadas por el Príncipe Felipe II, que ordenaban la fundación de la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas cada año, además de los productos de estancias cedidas por el Virrey Mendoza, con los privilegios y franquicias de la Universidad de Salamanca. La fundación y los privilegios quedaron confirmados por el Papa en 1555, ratificando que la nueva Universidad gozaría de los mismos privilegios que la de Salamanca, la más antigua de España, por cuyos estatutos debía regirse, concediendo a los reyes de España el patronato como fundadores y dándole después el título de Pontificia.

Para fundar la Universidad eligiéronse las casas de doña Catalina Montejó situadas en la esquina de las calles del Arzobispado y del Seminario, y el 25 de enero de 1553 para fundar la Universidad reuniéronse en la iglesia de San Pablo el Virrey, la Audiencia, tribunales y religiones, y después de la misa solemne una procesión compuesta de las autoridades citadas y de todas las personas letradas de la ciudad, dirigióse a las casas elegidas para fundar la Universidad y concluyó la ceremonia al llegar a ellas. El 3 de junio de 1553 fundáronse las cátedras con una oración latina de don Francisco Cervantes Salazar, y fueron inaugurándose sucesivamente porque el Virrey y la Audiencia quisieron asistir a la clase inaugural de cada una de ellas. Uno de los diez religiosos agustinos que se inscribieron fué Fray Pedro de Agurto, mexicano, que después fué Obispo de Zebú en Filipinas. En junio de 1574 el Virrey cedió a la Universidad el solar de las casas del conspirador Alonso de Avila que estaban en la esquina de las calles del Reloj y Santa Teresa; pero no teniendo la extensión necesaria el solar para las reuniones de los claustros plenos que se

celebraron provisionalmente en el Real Palacio, en la sala capitular de la Catedral y en las salas de Cabildo, el 29 de junio de 1584 el Arzobispo Pedro Moya de Contreras puso la primera piedra de la definitiva Universidad, en los cuatro solares que el Marqués del Valle poseía en la plaza del Volador, donde dió principio la construcción que tuvo que interrumpirse cuatro años a causa del litigio promovido por el Marqués del Valle, a quien su apoderado había vendido los cuatro solares en quinientos pesos cada uno, y después de que los expertos los valoraron en ocho mil pesos continuó la obra, para la cual el Ayuntamiento dió doce mil pesos primero y después once mil y cedió además grandes cantidades de cal, y el Virrey Villamanrique cedió a la institución siete caballerías de tierra ubicadas en Tepeaca.

En 1589 se trasladó la Universidad a su nueva casa y se abrieron desde luego las cátedras, mientras el edificio iba decorándose hasta que quedó terminado bajo el reinado de Carlos III. La Universidad era uno de los más bellos edificios coloniales que ostentaba la ciudad; su fachada principal daba a la plaza del Volador y otra fachada a la calle de la Corregidora; la entrada principal era muy vasta, toda de cantería bien labrada y con dos portones, el de la calle de cedro claveteado y el interior de hierro calado; el patio de los dos pisos era verdaderamente monumental, con columnas apareadas y artísticamente esculpidas; los pedestales, arquivoltas, capiteles, frisos y cornisas, estaban coronadas por estatuas alegóricas, y en el lugar de honor un escudo oval mostraba al Rey Carlos III en relieve, con sus antecesores Carlos I y Carlos II a ambos lados.

Veintiocho columnas de cantería que arrancaban del gran patio enlosado con losas de Tenayuca sostenían treinta y seis arcos de la misma piedra y daban un aspecto majestuoso a los claustros espaciosos que rodeaban el inmenso cuadrilátero, tan vasto, que a mediados del siglo XIX dió asilo en el centro a la estatua de Carlos IV que fué quitada de la Plaza Mayor. Al poniente ostentaba anexa una capilla tan amplia que se adaptó más tarde para teatro de conciertos precedido de un vestíbulo. En esa capilla estuvo muchos años el estandarte con que entró Hernán Cortés a México y que hoy se encuentra en el Museo Nacional. La Real Universidad puso el estandarte dentro de una vidriera para preservarlo de la acción del tiempo que lo había deteriorado; la tela es de seda roja con una imagen de la Virgen María coronada y rodeada de doce estrellas, y con las armas reales de Castilla y León. El salón llamado *General* era muy espacioso, pues tenía cuarenta y tres varas castellanas de longitud por diez de latitud, con dos órdenes de asientos; estaba decorado con estatuas de mármol de los santos patronos del establecimiento; y sus puertas, artesonado, balaustrado, plafón y lumbreras eran muy bien trabajadas; los muros ostentaban

cuadros y pinturas de mérito. La escalera de la Universidad era una verdadera obra maestra de arte colonial; estaba al fondo y se ascendía por ambos lados; formaban su entrada dos arcos cuyos extremos cargaban sobre columnas de cantería labrada y de orden compuesto, al que pertenecía todo el edificio, uniéndose en el medio sin columna alguna, como se unían los arcos en los ángulos, que quedaban al aire sin columnas angulares; los pasamanos de hierro estaban artísticamente repujados; las gradas de cantería eran muy cómodas y conducían en las dos ramas a los claustros; en el muro había un gran cuadro de diez varas de alto por siete de ancho en el que estaban representados todos los doctores de la iglesia; los corredores altos estaban defendidos por balcones de fierro repujados como los enrejados de las escaleras; sobre el aula mayor estaba la biblioteca que tenía doce ventanas para recibir la luz: allí se guardaban infinidad de documentos relacionados con la historia antigua de México, mandados depositar por el Virrey Bucareli, quien los hizo trasladar del Real Palacio.

La Universidad tenía 23 cátedras adquiridas por oposición: 6 de teología, 5 de cánones, 2 de leyes, 4 de medicina, 1 de retórica, 1 de matemáticas, 2 de filosofía, 1 de idioma mexicano y 1 de otomí. En el salón *General* se celebraban los actos literarios de todas las facultades, y en ese salón se veían los retratos de los hombres más notables que había producido la Universidad. La institución estaba regida por un rector, dos conciliarios, dos bachilleres, un notario y los bedeles, que formaban el claustro menor para distinguirlo del claustro mayor que integraban todos los profesores y doctores; el tribunal del protomedicato compuesto de tres doctores, tenía jurisdicción sobre las causas de oficio y exámenes de médicos, cirujanos y flebotomianos. Recién fundada la Universidad los estudiantes usaban capas largas y bonetes cuadrados; los profesores gozaban de inmunidades y privilegios; los que estaban más versados en la enseñanza recibían setecientos pesos anuales, otros recibían seiscientos y otros quinientos como remuneración de sus clases, a las que entraban los estudiantes en tropel; había gran número de clérigos y religiosos que acudían a oír disertar en los claustros a polemistas famosos como Fray Alonso de la Veracruz; sustentábanse actos dedicados a los reyes, y las réplicas eran en latín para que en ellas lucieran su estilo oratorio los estudiantes; la borla de doctor era dada solemnemente y costaba mucho dinero; y por cada diez grados de bachiller en cualquiera facultad se daba uno sin cobrar derechos. Al finalizar el siglo XVIII los anales de la Universidad registraban 29 882 bachilleres de todas las facultades y se habían graduado 1 162 doctores y maestros, no obstante lo caro que costaba el título. Durante 300 años la Universidad fué un emporio de las ciencias y las artes que competía con las dos o tres universidades fundadas por los españoles en el Nuevo Mundo. Tenía de rentas la Universidad por la Real Caja

4 000 pesos oro de minas, equivalentes a 6 600 pesos 5 tomines y 2 granos de tepuzque; 699 pesos en los tributarios de Tututepec, Nopala y Tuquilla; 496 pesos en los pueblos de Mixtitlán, 300 pesos sobre dos haciendas, 172 pesos anuales que pagaban los herederos de doña Ana Carrillo por renta del solar del Padrón de Alonso de Avila y 150 pesos por el solar en que se construyeron unas casas a espaldas de la Universidad, y además las rentas de las tiendas situadas en la propia manzana.

La Universidad Pontificia siguió los vaivenes de la fortuna al triunfo de la Independencia; en 1833 fué suprimida, por el Presidente Gómez Farías, pero el Presidente Santa Anna la restableció con otros estatutos, y en 1843 se dispensó a los estudiantes de los colegios de asistir a las cátedras de la Universidad; así continuó perdiendo atribuciones hasta que un decreto del Presidente Comonfort dado el 14 de septiembre de 1857 clausuró la Universidad, y aunque otro decreto del Presidente Zuloaga pretendió revivirla, el Presidente Juárez la suprimió el 23 de enero de 1861. Todavía en 1863 se pretendió restablecer la Universidad; pero Maximiliano la suprimió también, declarando vigente el decreto del 14 de septiembre de 1857. La biblioteca de la Universidad fué trasladada y refundida en la Biblioteca Nacional, y el magnífico edificio, que fué cedido al Conservatorio Nacional de Música en 1868, permaneció dando alojamiento al nuevo plantel durante 40 años, hasta que fué demolido en 1909 con el propósito de reconstruirlo, para lo cual se numeraron las piedras inútilmente, pues todo el material desapareció y de la antigua Universidad no quedó ni piedra sobre piedra.

EL MONUMENTO IPSOGRAFICO A ENRICO MARTINEZ

Al costado oeste de la Catedral, frente a la avenida Cinco de Mayo, se levanta un monumento que consiste en una pilastra rectangular sobre un zócalo de mármol, coronado por una estatua de bronce, obra del escultor don Miguel Noreña, que representa a la ciudad de México simbolizada en una matrona vestida de un peplo, con una guirnalda de flores cruzada al pecho, tocada doctoralmente y con la diestra apoyada en una piedra votiva orlada de plantas acuáticas, sobre la que deposita una corona de laurel. Este monumento de ocho metros de altura fué elevado en honor del cosmógrafo Enrico Martínez, de origen portugués según unos o mexicano educado en España según otros, a quien el Virrey don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, propuso a la Real Audiencia en 1604 para dirigir las obras del desagüe, obras que dieron principio hasta fines de 1607, porque antes se había pretendido librar a la ciudad

de las inundaciones constantes por medio de albarradas y calzadas que fracasaron, hasta que Enrico Martínez hizo que las obras del desagüe consistieran en socavar tan profundamente como fuese necesario para desaguar la laguna que rodeaba la ciudad de México. Hasta entonces solamente se había desagüado la laguna de Zumpango, cuyo nivel estaba sobre el de la laguna de Texcoco; y en 1608, en menos de un año, con gran asombro de todos, el agua corrió trece meses, lo que sin embargo no bastó, porque el dique abierto comenzó a derrumbarse y a obstruir el canal que no tenía toda la capacidad necesaria. El director de la obra dictaminó que como en la ciudad se reunían las vertientes de las montañas que venían desde una distancia de 60 leguas, acabarían por llenar el dique con los azolves que esas aguas arrastraban, por lo cual era necesario buscar el desagüe directo de la laguna para librar a la capital, con un remedio radical, de las inundaciones que se repetían en cada época de lluvias, fortificando los tramos en que el azolve era más rápido, con un revestimiento de mampostería para que el desagüe fuera constante.

Las nuevas obras comenzaron en octubre de 1609 y en ellas trabajaron 700 indios hasta 1611 en que el Virrey regresó a España, pues sin su apoyo los émulos del director le hicieron gran daño disminuyendo el número de trabajadores, no obstante lo cual las obras continuaron, y cuando tocaban ya a su fin viéronse detenidas por otro incidente. Un ingeniero holandés, Adrián Boot, enviado por el Rey para colaborar en las obras del desagüe, después de visitarlas se excusó ante el Virrey Marqués de Guadalcázar, diciendo que no entendía la utilidad de dichas obras y que lo que México necesitaba era cierto número de diques y albarradas, y de molinos de viento para extraer el agua de la laguna de Texcoco. El Ayuntamiento de México acogió la idea y en abril de 1615 trató de paralizar las obras; pero el fiscal Galdós de Valencia se opuso enviando a la Corte todo el expediente de las obras, y una real cédula ordenó que se continuaran los trabajos, aunque sólo para el desagüe de la laguna de Zumpango. Sin embargo, el canal dejó correr un volumen de agua de 16 varas castellanas cúbicas, lo que impidió que entrara el agua de la laguna de San Cristóbal a la laguna de Texcoco, la cual bajó tanto que en 1622 se pasaba a pie hasta el Peñón de los Baños, y por tanto bajó el agua de las acequias y quedaron libres de ella los alrededores y las entradas de la ciudad. Los émulos de Enrico Martínez conspiraban siempre, y el Virrey Marqués de Gelves, influenciado por ellos, mandó que se paralizaran las obras, por lo cual dejaron de correr las aguas por el canal y volvieron a entrar a la laguna de Zumpango y a la de Texcoco. Durante cinco años volvió a azolverse otra vez el canal construido a tajo abierto, y volvió a cubrirse de agua el ejido de San Lázaro, por lo que fué cerrada la compuerta de Mexicalcingo para represar las aguas del lago

de Chalco, que llegó a amenazar con romper el dique que la contenía por el crecimiento de sus aguas. Alarmados los habitantes hicieron reunir en 1627 en una junta a los maestros alarifes de la ciudad, para que propusieran un remedio, y fué llamado especialmente Enrico Martínez, quien demostró que el remedio consistía en que se arrojara el río de Cuauhtitlán por el canal del desagüe, por ser el que ocasionaba principalmente las inundaciones de la Capital, y probó que lo demás eran medios eventuales de poca duración y que no daban ninguna seguridad; Adrián Boot rebatió a Enrico Martínez y los alarifes apoyaron al holandés, pero la inundación de 1628 probó que Enrico Martínez era quien tenía razón. En previsión del daño que sufriría la Capital si las aguas eran copiosas en 1629, el Virrey Marqués de Cerralvo hizo alzar y fortalecer las calzadas que represaban las aguas de las lagunas de Zumpango, San Cristóbal y Chalco, y las albarradas que defendían las entradas de esta capital en Tacuba, San Antonio Abad y Tepeyac; hizo fortalecer la albarrada que circundaba la Capital, y desviar el río de Cuauhtitlán para continuar la obra del desagüe según el proyecto de Enrico Martínez; y durante cuatro meses trabajaron diariamente 400 indios en las lagunas y 300 en las calzadas y en la albarrada, y como se les pagó cumplidamente, quedó libre la ciudad de las aguas del río de Cuauhtitlán y de las avenidas por el camino de Pachuca, con lo que al fin pudo librarse a la ciudad que había estado inundada cuatro años, hasta 1632, año en que murió Enrico Martínez.

Veinticinco años, aunque con interrupciones, duró la lucha de Enrico Martínez, quien murió dejando incompleta su obra que tan benéfica había sido para la Capital. El canal de Enrico Martínez tenía 15 830 varas castellanas, de ellas 8 130 de socavón y el resto a tajo abierto; construyó además una albarrada de más de dos leguas para desviar el curso del río de Cuauhtitlán que va a unirse con el río de Tula para descender al Golfo. La mayor profundidad del socavón era de 68 varas, profundidad bastante para el desagüe directo del lago de Texcoco; el cañón del desagüe tenía, como hemos dicho, varios muros y bóvedas de mampostería, y como en varias partes del socavón eran muy movedizas las tierras, fué necesario construir las bóvedas antes que los muros, al revés de como se construye un edificio. Enrico Martínez tuvo muchos enemigos, tanto entre los que lo impugnaban conociendo su valer como entre los propietarios rurales, porque los indios abandonaban sus tierras de labor para trabajar en las obras del desagüe. Acerca del famoso cosmógrafo algunos historiadores dicen que poseía vasta instrucción en matemáticas, geografía, hidráulica, a la que debió el título de Cosmógrafo de Cámara, y otros dicen que erró al medir la profundidad de los pozos, porque perforándolos más abajo de la zona del agua, no pudo continuar y tuvo que variar el nivel calculado para

el fondo del canal, por encontrarse infinidad de veneros de agua; pero lo que es innegable es que Enrico Martínez principió con tal tino y actividad su obra, que en once meses abrió una galería subterránea de cuatro leguas; aunque al morir viejo y enfermo tuvo el desengaño de ver a México inundado cuatro años seguidos, de 1628 a 1632.

En 1877 el General Vicente Riva Palacio, Ministro de Fomento, quiso que se fijara la altura de los diversos planos de comparación en los estudios hidrográficos de la ciudad y valle de México, erigiendo en la intersección del meridiano que pasa por la esquina norte del Palacio Nacional y del paralelo que corresponde a la esquina de la calle del Seminario, hoy de la República Argentina, un monumento sólido para impedir que al hundirse alterara los niveles que en dicho monumento iban a quedar marcados. A esto obedecen las inscripciones que todavía ostenta, a pesar de haber sido cambiado del lado oriente al lado oeste de Catedral, y que son las siguientes:

“Al sur: A la memoria del ilustre cosmógrafo Enrico Martínez. El Ministerio de Fomento. 1878. Al oriente: Indicador del lago de Texcoco.

(Una aguja marca el nivel del lago; los números de la escala de referencia indican los metros bajo el plano de comparación).

Al norte: Posición geográfica, latitud, $19^{\circ} 26' 94''$, 5 Norte. Longitud: $6^{\text{h}} 36^{\text{m}} 26^{\text{s}}$, $86 = 99^{\circ} 06' 42''$ 6 Oeste de Greenwich.—Declinación magnética: Abril de 1878— $8^{\circ} 42' 52''$ Este.—Plano de comparación: 1 metro sobre la tangente inferior al Calendario Azteca (1). Al poniente: Siendo Presidente de la República el General Porfirio Díaz y Secretario de Fomento el General Vicente Palacio, se erigió este Monumento: Año de 1878.—Plano de comparación: 2 metros 595 sobre la banqueta de la esquina N. O. del Palacio Nacional, “1878”.

Dando vuelta a la regla metálica se lee la siguiente inscripción: “Lago de Xochimilco, nivel medio verdaderamente determinado en 1862 por la comisión del Valle”. En el zócalo de la base están marcados los niveles de los lagos de San Cristóbal y Xaltocan, con inscripciones análogas y arriba de los tableros está otra línea que marca el nivel del lago de Zumpango.

El monumento está guardado por un enverjado de fierro separado por pilastras de cantería, y adornado con cuatro candelabros de bronce sobre pedestales de piedra de Chiluca.

(1) El Calendario Azteca o Piedra del Sol, que hoy está en el Museo Nacional, estuvo muchos años adosado a la base de la torre S. O. de la Catedral de México.

LOS JUEGOS DE AZAR EN MEXICO EN 1850

Los juegos de apuesta, que durante la segunda mitad del siglo XIX estuvieron en su apogeo en nuestro país, y que poco a poco han ido desapareciendo por la forma escandalosa con que las autoridades permitían que el público fuera estafado de su dinero por medio de los jugadores de oficio, que eran habilísimos para engañar haciendo que se vieran limpios los que eran sucios manejos para hacer perder a los que se dejaban embaucar, tenían una parte pintoresca porque se efectuaban durante las ferias, así llamadas las aglomeraciones de gentes que acudían de todas partes al llamado de grandes anuncios que se pegaban en los muros de lugares públicos, única manera de anunciar en aquel tiempo, y venían a traficar, a comprar y vender mercancías y valores, pero sobre todo a jugar. Los juegos más concurridos y más populares entonces eran los que vamos a enumerar, de los cuales unos habían sido importados de países extranjeros y otros probablemente habían surgido inventados por la plebe de nuestras ciudades, como el carcamán y las tres cartitas.

LAS PELEAS DE GALLOS

La Plaza de Gallos era un inmenso jacalón circular con techo forrado de palma o de zacate o de tejas en declive para que escurriera el agua de las lluvias, y tan grande que podía alojar dentro unas dos o tres mil personas para que presenciaran las "tapadas de gallos" como se anunciaba en los carteles. La concurrencia más disímbola henchía aquel lugar: jugadores de todas las regiones, vestidos con los trajes típicos que se usaban entonces, pues no había la uniformidad de la americana y el pantalón de hoy, sino que había chamarras de gamuza orladas de flecos también de gamuza, chaquetas de paño negro recortadas en la cintura para dejar libre el uso de las víboras de cuero llenas de onzas de oro, que eran cinturones que se traían fajados al cinto, guardados por una gran pistola que colgaba hacia adelante o hacia atrás, en su funda de cuero bordada con hilo de oro o de plata; pantalones de paño negro con aletones bajo los que se asomaban botonaduras de plata formadas por conchas engarzadas y que bajaban hasta los pies, o pantalonerías de gamuza abiertas a los lados y sostenidas por una doble botonadura unida entre sí por cadenillas de plata que engarzaban la doble botonadura formada por conchuelas o campanillas o boto-

nes también de plata; y pantalonerías llamadas de tapalabazo, que eran amplios pantalones doblados hacia arriba y abotonados en torno de la cintura, cachirulados en la parte posterior para darles mayor consistencia y dejar libres los calzados de manta blanquísima y resistente. El calzado consistía en botas de vaqueta que guardaban las pantorrillas, o botines ajustados bajo los cuales se sostenía el pantalón con una pialera que se abrochaba junto al tacón. Los sombreros eran charros de amplias alas bordadas de oro o de plata, con una toquilla de los mismos hilos de metal, y a ambos lados del cono puntiagudo que coronaba el sombrero, dos águilas bordadas. El uso era llevar el sombrero ancho arriscado atrás para lucir el galón de que iba forrado, y vuelta hacia abajo la parte delantera, toda el ala cubierta por una cinta galoneada. Si llovía, todo el sombrero era cubierto por un forro de hule para que el agua no echara a perder tan rico sombrero.

Además de la indumentaria masculina que era vistosa y espléndida, numerosos charros asistían a caballo ricamente enjaezados con las gualdrapas y los fustes también bordados de oro y de plata, vaquerillos que colgaban en la grupa y a ambos lados bajo los estribos de acero sostenidos por anchas tiras de vaquetas pulidas, y los frenos de plata con adornos de rosetones de plata. Las cabalgaduras se dejaban afuera en mano de los mozos de estribo, mientras el charro entraba a la Plaza de Gallos llevando en la boca un puro y en la mano izquierda, contra el pecho, una bolsa henchida de monedas de oro y de plata para entrar en campaña. Los vestidos de las mujeres, pues rara vez las damas se aventuraban a ir a presenciar una pelea de gallos, eran pintorescos y confeccionados de telas ricas, de gro de seda y de finas blondas, escotados al uso de la época para que la portadora luciera la camisola bordada, ceñidos a la cintura bajo el corsé que les daba un talle de avispa, y con faldas amplias que se pliegaban en mil pliegues en la cintura para descender sobre la crinolina hasta los pies calzados con botines de raso, de los que arrancaban medias blancas o listadas verticalmente, de seda acordonada o de hilo de Escocia. Muchas eran lugareñas que venían de los alrededores o de lejanas tierras a gastar su dinero y a divertirse; pero el grupo que llamaba la atención era el de las cantadoras, que traían canciones de todos los rumbos y las dejaban en el lugar de la feria para que fueran cantadas por todas las muchachas, y así se paseaba la música popular de uno a otro confín de la República.

En un momento se llenaba de gente el redondel improvisado con vigas y tablones sólidamente atados para evitar un derrumbamiento; y en el redondel se destacaba un hombre, el gritón, que era como el bastonero en un baile de corte; él era quien daba el tono con sus voces de mando, y con un vocerrón de bajo o de barítono, vibrante y autoritario, ordenaba lo que mandaba el juez,

que estaba sentado en el lugar de honor del palenque, y cuyo fallo era inapelable y aceptado por todos, para evitar disputas de las que pudieran resultar escenas violentas de balazos entre toda aquella gente de pelea y de pelo en pecho. Los mismos jugadores hacían la elección de su juez, y junto a él estaba el depositario de las apuestas, que recorría el redondel para atender a los incidentes del juego e informar al juez de si un gallo estaba bien muerto o si estaba realmente inutilizado para reanudar la pelea. Antes de la pelea, la barahunda era ensordecedora, pues las apuestas se cruzaban a grandes voces y los corredores anunciaban la cotización de las apuestas, corriendo enloquecidos para buscar entre la concurrencia una mano que se levantaba en signo de aceptación de la oferta. De pronto gritaba el gritón:

—¡Sileeeencio!

Y daba detalles de la primera pelea concertada, pues el *mochiller* era el primer gallo que se jugaba con 50 y 50, es decir 50 pesos de apuesta y 50 reales para la empresa, reales que tenía que pagar el que perdiera la pelea. Llamábanse *careados* los lances concertados por los galleros entre gallos de igual peso; *tapados* a los gallos que no se conocen y no se sabe el peso que tengan; y *libres* o a la *balanza* los gallos que se quieran confrontar de igual peso.

Una vez arreglados los pormenores de la pelea, el gritón volvía a pedir silencio y anunciaba: “Primer *careado*: 4 libras 10 onzas. Navaja libre. Vengan los gallos.” como por encanto cesaba la algarabía de los corredores, y el gritón, una vez hecho el resumen de la pelea, ordenaba en una gran voz estentórea: — “¡Cierren la puerta!” A la vez los dos soltadores de los gallos que ya tenían la navaja puesta y sólidamente amarrada, avanzaban uno hacia el otro y sin soltar sus gallos los ponían frente a frente, arrancándoles plumas de la golilla para encolerizarlos; desfundaban las navajas quitándoles la vaina, y después de haberlos probado haciéndoles ver a su enemigo mutuamente, los soltaban, y los gallos se iban el uno contra el otro para darse el primer encuentro, del cual muchas veces uno de ellos quedaba herido de muerte, pues tal era el ímpetu del golpe, y la navaja estaba colocada justamente para herir en el corazón a su adversario. El combate solía prolongarse si los primeros golpes no habían sido mortales, y si habían lesionado algún órgano de menor importancia vital, surgían incidentes como el coger un gallo muy mal herido y rociarle la cabeza con un buche de alcohol, lo cual daba nuevo ímpetu al noble animal ya casi moribundo, y solía suceder que en ese estado ganara la pelea logrando asestar un golpe de muerte a su rival. En toda la plaza reinaba un silencio profundo durante la pelea, y millares de ojos seguían sin perder un detalle la lucha de los gallos; pero al ver la puñalada mortal y oír que el soltador proclamaba que su gallo había ganado, una explosión de voces contenidas inundaba el aire, las

apuestas eran pagadas religiosamente por los que habían perdido, irrumpía la música y las voces de las cantadoras lanzaban las primeras notas de una canción, al mismo tiempo que el gritón decía con una gran voz:

—“¿Todos están pagados? ¿No hay quién reclame?— ¡Abran la puerta!” Y el jaleo y el estruendo se renovaban con más ardor que nunca en toda la Plaza de Gallos.

LOS CARCAMANEROS

El personaje popular por excelencia en las ferias populares era el carcamanero. Se instalaba en cualquier rincón que dejaran libre las instalaciones de los grandes jugadores, entre los fruteros, junto a los vendedores de birria o las vendedoras de buñuelos: dondequiera barría un pequeño lote de cuatro metros cuadrados, colocaba sobre el suelo su frazada, y sobre ella ponía las cartas de la baraja del as al seis, siete, sota, caballo y rey, en alineación correcta a lo largo de la frazada; junto a él, un montón de monedas de plata y de cobre que era el pequeño “monte”, y en el centro, en el lugar de honor, el carcamán, que era un cubilete de cuero, y los tres dados; el cubilete boca arriba, para que todos vieran que no tenía doble fondo y se jugaba limpio. Atraía a toda la gente la inagotable verbosidad del carcamanero, que era un perfecto pelado de cabellera lacia que le colgaba sobre la cara y arrojaba hacia atrás de una cabezada; de camisa blanca abierta en el pecho, calzones embarrados en las piernas y un patío, que era un mandil de tela blanca triangular, fajado a la cintura por una faja roja de muchas vueltas; estaba sentado en cuclillas sobre el suelo con una pierna replegada contra el pecho, para manejar el carcamán revoloteando los dados dentro y dando tres golpes con el fondo del carcamán en la mano izquierda antes de soltar los dados que se regaban sobre la frazada, a fin de que el pequeño círculo de jugadores pudiera ver cuáles cartas eran las más propicias y poder jugarlas. El carcamanero siempre tenía a su lado, disimulado entre el corrillo de las gentes que le rodeaban, “un palero”, individuo que mientras el carcamanero se fingía distraído volviendo el rostro a otra parte, levantaba un poquito el carcamán para que las gentes vieran la jugada en los dados, por lo cual todos se apresuraban a apostar a las cartas que habían visto, y cuando el carcamanero, una vez hecho el juego, levantaba pulcramente el cubilete para que todos vieran que no tocaba los dados, aparecían otros números y todos perdían, naturalmente, y entonces el estafador con el antebrazo barría todas las monedas regadas sobre el tapete. El carcamanero, indiferente, volvía a agitar entre sus dos manos el cubilete de cuero a veces orlado con cascabeles,

echando dentro los tres dados de los cuales uno tenía los colores rojo y negro, otro tenía marcados puntitos negros del uno al seis y el otro los correspondientes al siete, sota, caballo y rey. Algunas veces el carcamanero, para no desalentar a los jugadores, les dejaba ganar un juego, pagaba las apuestas de las tres cartas favorecidas y recogía las de las otras siete; y como había también los colores rojo y negro, pagaba la apuesta correspondiente al color que salía y recogía las apuestas al otro color.

Pero lo que sostenía la popularidad del carcamanero eran las coplas que decía incesantemente, sin dejar de hablar un momento, pues ya hemos dicho que su verbosidad era incomparable. Los versos más soeces, las coplas más procaces que nadie podía impedir y que eran saludadas con grandes carcajadas por la gente de trueno que circundaba al carcamanero, eran la delicia de la plebe, que se dejaba desplumar con tal de seguir las coplas del pelado que giraba en torno los ojos inquietos y escudriñadores, para ver si entre el público había algún policía disfrazado, y si no lo había, lanzaba coplas de verdadero lépero, y si maliciaba que alguien le pudiera delatar cambiaba las coplas por otras que aunque picantes eran menos indecentes, como las que copiamos aquí para dar una idea de la literatura del carcamanero.

Entren y vayan entrando,
vayan todos apostando,
con cinco se sacan seis
y con seis se sacan diez.

Entren, niñas bonitas, vayan entrando,
al ir ganando se va pagando
y al ir perdiendo se va recogiendo.

En los cerros se dan tunas
y en las barrancas pitayas,
y en las bocas de las viejas
anidan las guacamayas.

Vengan y vayan poniendo
que estoy, preciosas, perdiendo.

Marcela de los infiernos:
el que vive con Inés
no es naranjo y tiene cuernos:
dime, Marcela, ¿quién es?

Entre el as, el dos, y el tres,
pongan al as, sin cautela,

mientras me dice Marcela
si no es naranjo, lo que es.

Del cielo cayó una palma
rodeada de campanitas,
para coronar las madres
que tienen hijas bonitas.

Vamos, niñas bonitas, vamos entrando;
ya que fuimos perdiendo, vamos ganando....

En el mar está una palma
verde, verde hasta la punta;
si usted se llama no quiero
yo me llamo masque nunca.

Se va y se tira y no hay reclamo,
si usted gana yo el dedo me mamo.

Adiós, me despido ingratas
porque no quiero su trato.
¡Ah qué indinas son las ratas
que quieren comerse al gato!

El carcamanero era un vagabundo que recorría todas las ciudades e iba de feria en feria, recogiendo centavos y llevando una vida mísera en un libertinaje perpetuo, sin rey ni roque, con la circunstancia de que nunca lo metían a la cárcel porque era habilísimo para defenderse en un trance apurado, y cuando se veía en grave peligro soltaba una copla que hacía reír a la autoridad y quedaba libre, pues era un improvisador y un humorista con facilidad sorprendente para improvisar coplas populares. Este tipo ha desaparecido de las grandes ciudades y solamente se le ve en los pequeños pueblos, siempre rodeado de gentes del pueblo a las que embauca, estafa y divierte.

LA LOTERIA O RIFA DE CARTONES

La lotería popular, todavía hoy, se instala en un amplio jacalón cuadrangular improvisado con vigas y tablas, y circundado por un largo tablón que sirve para colocar encima el cartón del jugador, al que se provee de granos de maíz para que apunte las cartas o figuras que le toque en suerte anotar, y de una viga para que se siente, incomodidad que no impide que acuda un centenar de jugadores a disputarse las piezas de cristal o de porcelana que se exhiben en el

centro del jacalón y de las cuales toma una el dueño de la lotería para mostrarla a los jugadores a fin de que vean lo que se rifa. El jacalón está techado por un doble techo de zacate, a fin de que corra el agua cuando llueve y la concurrencia no se moje y siga jugando. En los intermedios tocaba antes una minúscula orquesta de arpa, bandolón y bajo, que desde la aparición del radio ha desaparecido, excepto en las poblaciones donde no hay radio. Las tablillas o cartones de la lotería son curiosas, porque están divididas en nueve casillas alineadas que se van llenando a medida que la ficha soltada por el globo de la lotería toca en suerte al cartón que se va llenando al acaso, y cuando ya falta una sola ficha para llenar tres casillas en hilera, otro jugador golpea sobre el tablón gritando: ¡lotería! y es que él fué más afortunado para alinear las tres fichas con que ha ganado. Una costumbre curiosa es que en la lotería no se menciona el número o la figura que ha salido del globo, sino por imágenes, como por ejemplo al 22 se le dice *las palomitas*, al 77 *las alcayatas*, al 8 *los anteojos de Pilatos*, al gallo *el que le cantó a San Pedro*, al sol *la cobija de los pobres*, a una mujer *la perdición de los hombres*, a un fifí *Don Ferruco en la Alameda*, a una china que pasea con un militar *Mariquita y Juan soldado*, al machete *el arma de un valiente*, a la muerte *la pelona*, al perro *el amigo de los hombres*, y así sucesivamente, pues para cada figura tenían una imagen grotesca que evocar con mayor o menor fortuna a fin de entretener a las gentes que rodeaban la lotería, y que generalmente eran muchachos del pueblo o niños llevados por sus niñeras, que eran las que ganaban y recogían muy contentas la pieza de cristal o de porcelana que les había tocado en suerte. El valor de cada tabla o cartón que se jugaba era de un centavo, y continúa siendo ese el precio de cada juego en las loterías populares.

EL JUEGO DE LAS TRES CARTITAS

Ese juego ha desaparecido, porque fué muy perseguido por las autoridades en vista de que era el que más se prestaba para estafar a las gentes cándidas que creían ganar, también estafando al montero. He aquí cómo describe ese juego el folklorista García Cubas.

“Entre todos los juegos el que más llamaba la atención por constituir una estafa descarada, era el de las tres cartitas. El fullero extendía en el suelo su sarape y se sentaba sobre él con las piernas abiertas, ponía a su frente un montón de monedas de plata y cobre y empezaba el susodicho juego atrayendo a la gente por medio de sus chascarrillos, muy semejantes a los del carcamán. Reunidos ya los jugadores, enseñábales tres cartas: el as, la sota y el rey, por ejem-

plo, y barajándolas con destreza colocábalas repetidamente y en lugares alternados sobre el sarape, enseñando y nombrando las figuras al levantar aquéllas y ocultándolas al dejarlas caer, de suerte que, conociendo los circunstantes el lugar de determinada carta, ponían a ésta sus apuestas con la seguridad de ganar. El fullero, al cabo de un rato de viva manipulación, y ya en reposo las cartas sobre el sarape, preguntaba: *¿dónde está el rey?* y todos los puntos ponían sus paradas sobre la carta de en medio por ser el lugar en que ésta había sido colocada, según observaron; y cuando ya nadie apostaba, el fullero alzaba la carta, mostraba que era el as y recogiendo el dinero se conformaba con decir muy tranquilamente: *perdieron.*”

LA PLANTA EMBRIAGADORA DEL PEYOTE

Antes de que fueran inventadas las drogas heroicas que son un azote de la humanidad moderna, los antiguos mexicanos ya conocían una cáctea maravillosa, el peyote, que se cría en varias regiones de nuestro país, tanto en Sonora o Nayarit como en Querétaro o San Luis Potosí, o en Coahuila donde crece un peyote rico en jugos venenosos que dan la embriaguez. Tal es la influencia del peyote en los organismos, que los intoxicados ven visiones y sueñan cosas fantásticas más o menos hermosas, según su poder imaginativo. Hay lugares tan poblados de peyote que uno de ellos lleva el nombre de Peyotlán, que quiere decir lugar de peyotes. En el Estado de Jalisco los naturales comen el peyote crudo o fermentado, y cada año van a buscarlo a comarcas distantes; al regresar son recibidos con danzas de júbilo, y las mulas que han cargado el preciado tubérculo son adornadas con collares de flores. Don Rosendo Corona cuenta que tuvo oportunidad de presenciar la Fiesta del Peyote que se celebra el 9 de diciembre en esa región; en ella vió encender una hoguera en torno de la cual los indios se sentaron en equipales dando la espalda al peyote, que habían puesto en el suelo. Contra la pared de un templo estaban las armas de guerra, y frente a las cuevas las frutas y la carne seca de venado que iban a comer, adornadas de flores y listones; después de platicar un buen rato voltearon los equipales dando la espalda al suelo; uno de los indios se puso a cantar y los demás coreaban el canto; las mujeres, que esperaban la señal de entrada al recinto, penetraron y se reunieron con los hombres, y así pasaron toda la noche iluminando los peyotes hacinados con la hoguera de rajas de ocote.

Entre los tarahumaras las fiestas son más salvajes, pues hay lugares de los indios donde todos se embriagan con peyote en determinados días del año, y

entonces la fiesta es general, pues todos danzan, se abrazan fraternalmente aun cuando sean hombre y mujer, ya que el peyote tiene la virtud de adormecer los deseos venéreos; una felicidad tranquila y dulce invade al bebedor de peyote, y no como creen algunos, que el peyote enciende la sangre y despierta ideas de pelea y de muerte. Parece que entre los antiguos mexicanos existía el rito del peyote, pues en Rosales, región de Coahuila donde se cosecha el mejor cactus de peyote, se rinde hasta hoy culto a una imagen del Niño Dios, al que los naturales llaman "El milagroso Niño Jesús de Peyotes". En las sierras de los tarahumaras el rito del peyote es público y solemne; los indios vienen de lejanas tierras un día fijado para asistir a la embriaguez general, no provocada por el bacanora o el sotol, aguardientes extraídos de los agaves, sino por la infusión hervida del peyote, que es una biznaga de la que no se ve a flor de tierra más que la coronilla sin espinas en la forma de un clavo de ancha cabeza, sin hojas, sino con un diseño de corola de la que no pudieron brotar las hojas; pero de esa corola crece hacia abajo una enorme raíz cónica que es un tubérculo henchido de savia, del que brotan radículas que sostienen la vida de tan extraña planta, que aparentemente es una biznaga como otra cualquiera.

El culto del peyote está vivo, no sólo en la región norte de México, sino que se extiende por los pueblos de indios del oeste norteamericano hasta las fronteras del Canadá, donde los indios han fundado una iglesia registrada en Oklahoma con el título de Native American Church, en la que los indios aparentemente van a rendir culto cristiano, pero bebiendo peyote como base ritual, tal como lo hacen los indios de Rosales.

El hecho es que esta milagrosa cáctea, ya conocida por los antiguos mexicanos, es para los indios de ciertas regiones un amuleto que los preserva de todos los males, pues bebiéndola no sienten ni hambre ni sed, son insensibles a las fatigas y ven la vida a través de un prisma de inefables delicias; por lo cual han elevado el peyote al rango de una deidad a la que rinden adoración porque los libra de muchos males, y con un poder como el de las modernas drogas heroicas, la heroína, la morfina, el opio, el éter y tantas otras, hace que sueñen un porvenir risueño, aun cuando al día siguiente despierten a la triste realidad.

Además de la infusión hervida del peyote y de que en algunos lugares comen la raíz cruda, en otras partes, durante las fiestas que se celebran en su honor para alejar las epidemias o por cualquier otro motivo, ponen el peyote debajo de una jícara y sobre una figura mística que dibujan en el suelo, y danzan en torno de ella al ritmo de dos maderos sonoros que frotan uno contra otro. En otras partes comen el peyote con mucha devoción mientras agitan las sonajas rápidamente, y repiten esta ceremonia ritual tras breve pausa, mientras

permanecen sentados con los ojos fijos sobre el peyote sagrado y pronuncian una oración en la que el más viejo de los indios es coreado por los demás.

Algunos hombres de ciencia han estudiado las propiedades del peyote, y han extraído de esta planta cuatro alcaloides que en pequeñas dosis disminuyen las contracciones cardíacas, pero aumentan la energía del corazón y elevan la presión arterial; y su acción sobre el cerebro consiste en un estado de excitación y locuacidad seguido de un estado de embriaguez, al mismo tiempo que produce hiperestesia olfativa y auditiva, que es lo que hace la delicia de los intoxicados. Las dosis mortales del peyote producen parálisis completa y a veces la asfixia.

No solamente en nuestro país es conocida y usada la planta mexicana del peyote. En 1928 don Augusto Genin, francés que residió muchos años entre nosotros, escribió para el diario *Excelsior* que en una tabaquería muy popular que existe detrás del teatro de la Gran Opera de París, se anunciaban los bombones de peyote, diciendo que era "la planta mexicana que maravilla los ojos, alivia los dolores y calma los insomnios y las neurosis". El profesor A. Pouthier escribió un estudio al que tituló "La planta que hace maravillillar los ojos, el peyotl" y negaba que la cactácea mexicana fué un nuevo veneno de la inteligencia y agregaba: "el peyotl, medicamento nuevo en nuestra medicina europea, nos parece susceptible de ser aplicado con éxito en el tratamiento de algunas formas del ansia, para entrar más tarde con más amplitud en nuestra terapéutica".

EL CALENDARIO AZTECA O LA PIEDRA DEL SOL DEL MUSEO NACIONAL

El monolito monumental que más llama la atención de los observadores mexicanos y extranjeros que visitan diariamente el Museo Nacional de Arqueología, es sin duda la Piedra del Sol o Calendario Azteca, que se halla en el salón de monolitos arqueológicos, al fondo, frente a la entrada del edificio. Tiene la primacía indiscutible este monolito famoso en todo el mundo, y como testimonio más representativo de la civilización de los aztecas, ha sido, desde que fué encontrado, el documento en que han estudiado ilustres arqueólogos el problema que encierra la síntesis del cómputo del tiempo hecho por los antiguos mexicanos, legado a la posteridad como un documento de sus investigaciones astronómicas fijadas en esa piedra con signos simbólicos cuya representación ha guardado la tradición.

En 1790 fué encontrado el enorme monolito que acaso tenía una forma regular hoy rota, pero que conserva intacto el disco esculpido en alto relieve que mide cuatro varas castellanas y media de diámetro y cuyo peso actual es aproximadamente de 482 quintales. Fué encontrado al rebajar el piso de la Plaza Mayor para empedrarla por orden del Virrey Revillagigedo, frente al antiguo Portal de las Flores, y pedido al Virrey por el Comisario de la fábrica de Catedral y el Penitenciario, les fué cedido a condición de que se colocara al aire libre para ser exhibido públicamente, y fué adosado a la torre de Catedral, en la cara occidental frente a la avenida Cinco de Mayo, donde permaneció hasta 1885, en que fué llevado al Museo Nacional. El arqueólogo don Antonio León y Gama emprendió desde luego la descifración de la piedra simbólica, y otros arqueólogos continuaron las investigaciones, por las cuales sabemos que la máscara central esculpida en alto relieve representa al Sol, la principal deidad adorada por los aztecas, del que seguían acuciosamente los movimientos en todas las estaciones del año y en todas las horas del día, de los cuales movimientos se sirvieron para dividir su año en dieciocho meses de veinte días cada uno, y su mes en cuatro semanas de cinco días. Al fin de cada semana tenían un día que llamaban *Tianquiztli*. Como el año tenía 360 días útiles, añadían cinco días más al último mes y les llamaban *Nemonteni*, que quiere decir inútiles, y en ellos no se trabajaba porque tenían la superstición de que en uno de esos días se acabaría el mundo, y el que nacía en esos cinco días debía ser desgraciado. El día natural se dividía en cuatro partes: *Iquiza Tonatiuh* la aurora, *Nepantla Tonatiuh* el meridiano, *Onaqui Tonatiuh* el ocaso y *Yohualnepantla* la media noche. Cada uno de estos intervalos se dividía en dos partes iguales que correspondían poco más o menos a las 9 y a las 3 de la mañana, horas en que suponían estaba el Sol a media distancia entre los cuatro puntos cardinales, cuyas horas no tenían nombre ni las demás del día; y de noche calculaban la hora por las estrellas. Los teopixques del templo que atendían este cuidado hacían conocer al pueblo por medio de caracoles sonoros que servían de magnavoz, las horas en que debían de concurrir a las fiestas nocturnas.

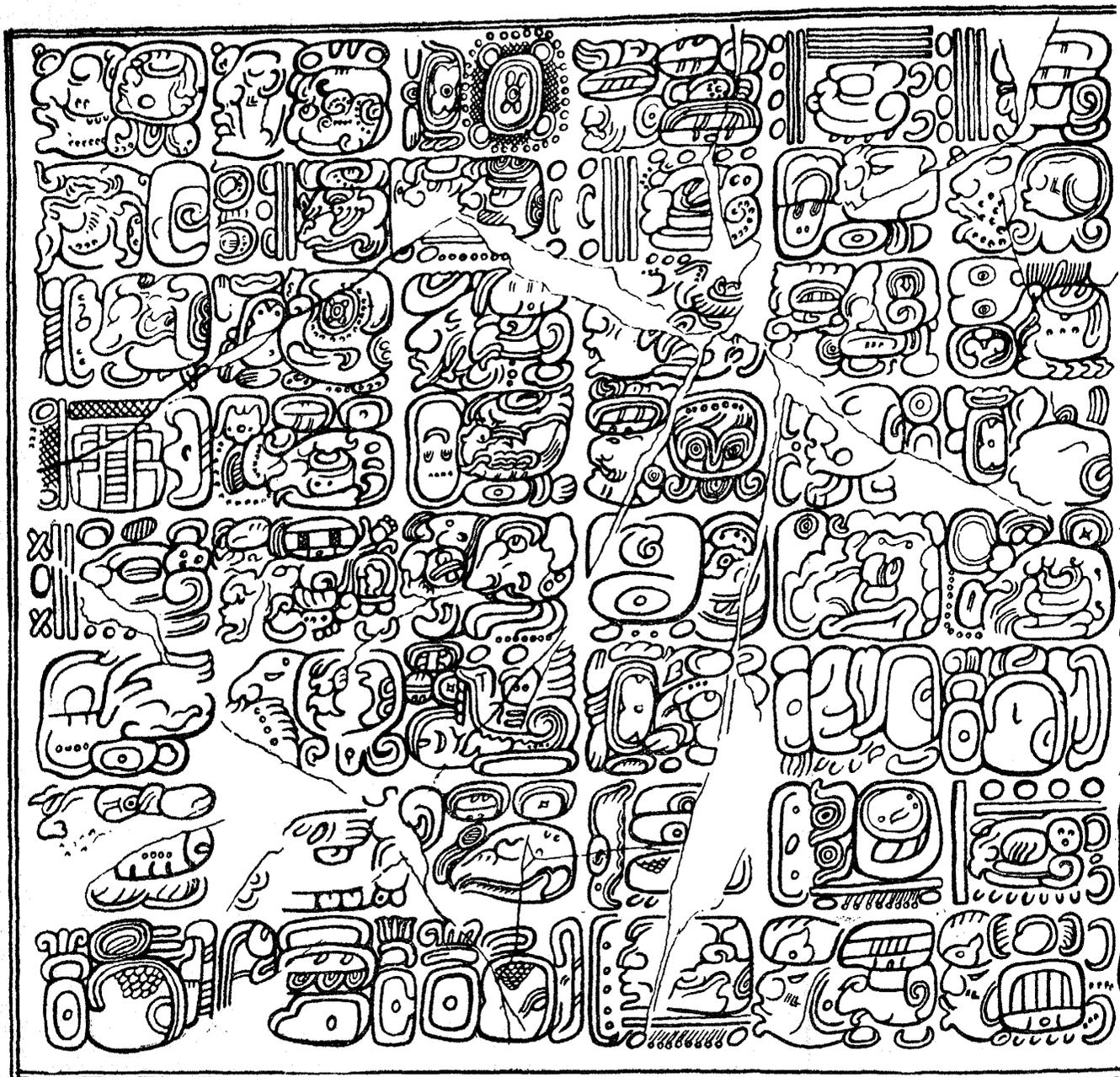
Los toltecas fijaron la división del tiempo en períodos constantes que no variaban en su esencia, aunque discreparan un poco en su ordenación; y los mexicanos, que cronológicamente vinieron los últimos a estas tierras, se aprovecharon de esas observaciones, aunque variaron el principio de su ciclo de cincuenta y dos años. Ese ciclo estaba representado en sus códices en forma circular, con signos simbólicos marcados en otras tantas divisiones que señalaban cada uno de los dieciocho meses del año. Llamaban a la rueda *Xiuhlapehualli* o cuenta del año y en el centro veíase la imagen del Sol. Los cincuenta y dos años del ciclo estaban representados por cuatro signos repetidos trece

veces y que eran: *Técpatl*, pedernal; *Calli*, casa; *Tochtli*, conejo, y *Acatl*, caña, dispuestos de tal manera que aunque se repitieran “no podía equivocarse un año con otro del mismo símbolo en el curso de los cincuenta y dos años, porque se distinguían con los caracteres numéricos que correspondían a cada uno de ellos en el orden de contarlos, representando esos caracteres con puntos de cinco en cinco.” Si los mexicanos principiaban a contar su ciclo por el símbolo *Tochtli*, con el número uno, seguían *Acatl* con el dos, *Técpatl* con el tres y *Calli* con el cuatro para volver *Tochtli* con el cinco, *Acatl* con el seis y así sucesivamente, siguiendo la cuenta de los cincuenta y dos años del ciclo. Aunque los aztecas abrían su ciclo con el símbolo *ce* (uno) *Tochtli*, la fiesta del fuego en honor de los dioses seculares se celebraba hasta el ciclo siguiente y duraba trece días, por lo cual en sus códices se ve sobre el signo *ome* (dos) *Acatl*, el jeroglífico de la atadura del ciclo al que llamaban *Xiuhmolpilli* o atadura de años, para indicar la sucesión de los ciclos. La diferencia entre el año tropical y el año civil estaba hecha cada cuatro años, como la corrección en el calendario gregoriano, y concordaba el calendario solar con el calendario lunar.

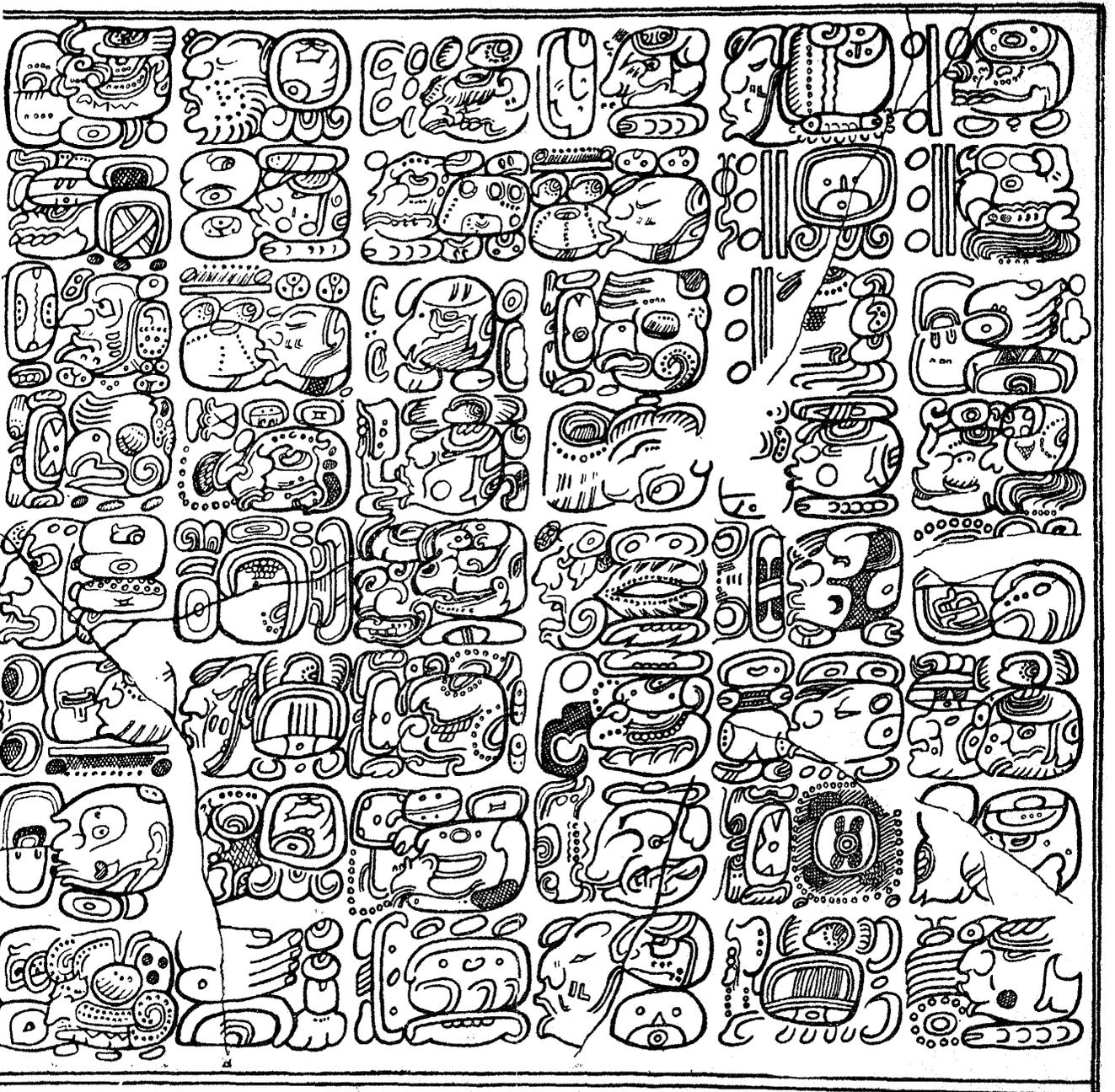
La Piedra del Sol, mandada esculpir por el Emperador Axayácatl, fué comenzada a labrar en 1474 y fué terminada en 1479, según la misma piedra lo dice en la fecha trece *Acatl* que tiene esculpida. Pertenecía a los caballeros Cuacuáhtzin o del Sol. Cuando quedó concluída fué colocada horizontalmente sobre un macizo que tenía veinte brazas de circunferencia, y que según la tradición fué construído en un día por la multitud de gentes que vinieron a Tenochtitlán a las fiestas decretadas por haber sido esculpida la Piedra del Sol; “y al tiempo de ponerla sobre el macizo los sacerdotes tocaron sus huéhuetls y caracoles, quemaron gran cantidad de incienso y hubo iluminaciones, fiestas y regocijos”. Axayácatl mandó esculpir en el disco de la Piedra del Sol, dice el historiador Durán, “los signos de los meses y los años, las semanas y los días, con tanta curiosidad que era cosa de ver, la cual piedra muchos vimos y alcanzamos en la plaza grande, junto a la acequia, la cual mandó enterrar el Arzobispo Montúfar, de feliz memoria, por los grandes delitos que sobre ella se habían cometido”. La Piedra del Sol fué estrenada solemnemente por Axayácatl en 1480. Convidó a los señores de Tlaxcalla, Huexotzinco, Cholollan y Meztitlán, que vinieron de noche a Tenochtitlán porque siendo enemigos el pueblo los odiaba, y se escondieron para presenciar desde una altura la ceremonia. Axayácatl y Cihuacoatl vistieron sus más ricos trajes y los sacerdotes las insignias de los dioses aztecas a quienes representaban. Al amanecer procedieron a sacrificar 700 prisioneros hechos en la guerra florida. El sacrificio, en que se turnaban el Rey, Cihuacoatl y los sacerdotes duró todo el día, y al terminar, Axayácatl agasajó con ricos presentes a sus huéspedes, que volvieron a sus se-

ñoríos espantados del horrendo sacrificio que habían presenciado. Axayácatl sintióse enfermo por haberle dañado las emanaciones de la sangre, su mal agravóse, y murió al año siguiente, cuando regresaba en palanquín después de haber visto su efigie grabada en una roca de Chapultepec, donde aparecía de pie, “con un penacho de plumería teñida con colores de la propia manera que el pájaro Tlahquechol, embrazando una rodela y empuñando espadarte y con margarita dorada, azul y plateada que hacía aguas y resplandecía y era muy vistosa”.

En la Piedra del Sol aparece en el centro del círculo la imagen del Sol como lo representaban los aztecas; y la primera descifración de la Piedra fué hecha por León y Gama, quien cotejó con las relaciones manuscritas en lengua mexicana, así como con las pinturas indígenas, la subdivisión que observaron los aztecas en la distribución del tiempo en ciclos, años, meses, semanas, días y partes de éstos; estudió el cómputo de tiempo para las fiestas civiles de los aztecas y dedujo que era el verdadero calendario de los antiguos mexicanos.



Lápida de los 96 jeroglíficos, final del Tun



Trece. (Dibujo de Luis Tapia Orellana).

